





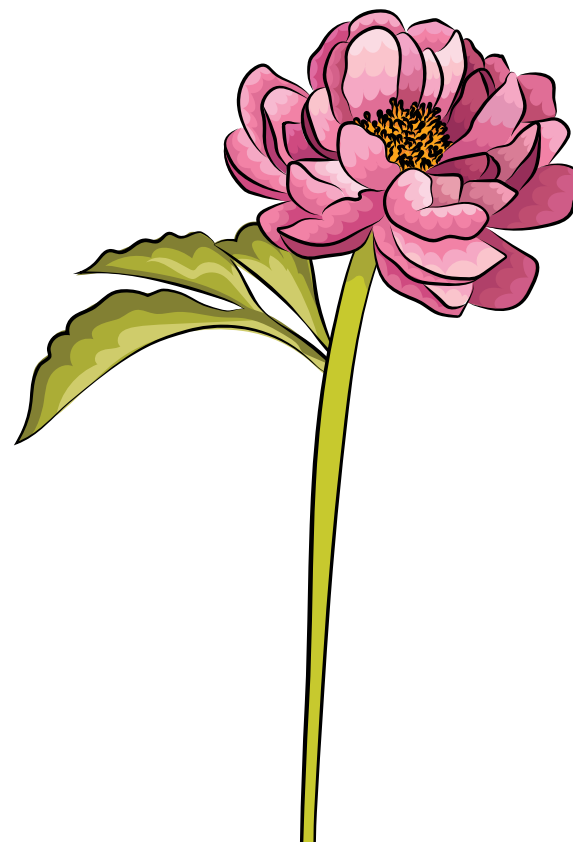
Introducción

Los Juegos Florales 2024 son un testimonio del talento, la sensibilidad y la creatividad que habitan en nuestra comunidad universitaria. A través de la palabra escrita, la imagen y la expresión audiovisual, este concurso ha convocado a estudiantes de diversas disciplinas para compartir sus miradas sobre el mundo, su imaginación y su compromiso con el arte y la reflexión.

En las siguientes páginas, se presentan las obras ganadoras y aquellas que han merecido una mención especial en las categorías de cuento, poesía, ensayo, fotoensayo, infografía

y videoensayo. Cada una de estas creaciones representa no solo un logro personal, sino también, una memoria colectiva de las inquietudes, esperanzas y búsquedas que atraviesan a esta generación y que expresan a través del arte.

Con esta publicación, celebramos la riqueza de la creación artística y literaria presente en nuestra comunidad estudiantil y renovamos nuestro compromiso con los espacios que cultivan el pensamiento crítico, la sensibilidad y la libertad de expresión.



Contenido

PRESENTACIÓN	04
--------------------	----

CREACIONES GANADORAS:

CATEGORÍA CUENTO

• Primer puesto Estudios Generales: Las Doradas.....	06
• Segundo puesto Estudios Generales: Clementine.....	08
• Primer puesto Facultad: Getsemaní.....	10
• Segundo puesto Facultad: Entre Medios.....	15
• Mención honrosa Facultad: Tierra Fértil	20

CATEGORÍA POESÍA

• Primer puesto Facultad: El arcoiris me queda chico / La B. vulgaris.....	24
• Segundo puesto Facultad: Sobre mis miedos.....	29
• Mención honrosa Facultad: Manifiesto	32
• Mención honrosa Facultad: Des-demia.....	35

CATEGORÍA ENSAYO:

• Primer puesto Estudios Generales: "Del sentimiento de lo absurdo a la alienación: una ruptura del vínculo entre el yo y el mundo".....	43
• Segundo puesto Estudios Generales: "Como una buena madre": Un manual que toda mujer debe leer".....	48
• Primer puesto Facultad: "Are you a good witch or a bad witch?: La bruja como figura de amenaza y salvación en el cuento "Tela de araña" de Mariana Enríquez".....	52

• Segundo puesto Facultad: "Wayllukuyki o amar en libertad"	56
---	----

CATEGORÍA FOTOENSAYO

• Primer puesto Estudios Generales: Ino Korin (Corazón Verde)	61
• Segundo puesto Estudios Generales: De Pucallpa a la PUCP: Un Viaje de Crecimiento	65
• Mención honrosa Estudios Generales: ¿Qué es de nosotros los vivos después de la muerte?	68
• Primer puesto Facultad: Idas y Vueltas, Más la Cámara Cargada Siempre.	72
• Segundo puesto Facultad: Floreecer	76
• Mención honrosa Facultad: Ella entre Luz y Sombra.....	80

CATEGORÍA INFOGRAFÍA:

• Primer puesto - Estudios Generales: AIDSEP.....	84
• Segundo puesto - Estudios Generales: AESTHETIC	85

CATEGORÍA VIDEOENSAYO:

• Primer puesto - Facultad: Bajo en SJL	88
---	----

GALERÍA - PREMIACIÓN	90
-----------------------------------	----



Presentación

Desde sus inicios, los Juegos Florales han sido una invitación a detenernos, observar y escuchar las múltiples formas de expresión artística que emergen desde nuestra comunidad estudiantil: La edición 2024 no fue la excepción. Las Unidades Académicas de Estudios Generales Letras, Estudios Generales Ciencias y la Facultad de Letras y Ciencias Humanas unieron esfuerzos para convocar y reconocer a las y los participantes de este concurso, que busca reafirmar la creatividad, la sensibilidad y el pensamiento crítico presentes en nuestra Universidad.

La presente publicación reúne una selección de obras que destacan por su originalidad, calidad estética, profundidad temática y capacidad de conmover. A través de relatos, versos, ensayos, imágenes y piezas audiovisuales, las y los participantes han explorado temas íntimos, sociales, históricos y existenciales,

dando vida a una propuesta diversa, creativa y profundamente humana.

Agradecemos a quienes se animaron a compartir sus creaciones y formar parte de este proceso. Crear desde la sensibilidad y compartirlo con otras personas es, sin duda, un acto valiente. Todas las obras fueron evaluadas con atención y respeto por el Jurado Calificador, quien seleccionó las ganadoras y las menciones honrosas en cada categoría, diferenciando entre las postulaciones provenientes de Estudios Generales y de Facultades.

Tras esta rigurosa etapa de evaluación, las obras seleccionadas fueron reconocidas en la Ceremonia de Premiación de los Juegos Florales 2024. Hoy, en 2025, el Comité Organizador se alegra de presentar a toda la comunidad PUCP esta publicación como una forma de celebrar, visibilizar e inspirar a seguir creando y contando nuestras propias historias.





Categoría
CUENTO

Las Doradas

Papá parecía más emocionado que yo. Iba de un lado al otro, simulando una especie de baile seductor entre los muebles de la casa, acomodando su camisa de lino y el blue-jean recién lavado. Nunca me dijo a donde íbamos hasta el momento en que vimos ese edificio azul en Pardo, el hermoso edificio azul.

- Apura Matías, estamos tarde —dijo mi padre mientras tocaba mi hombro.

No entendí en primera instancia a lo que se refinería. Un día antes cumplí dieciocho años y mi padre hizo una fiesta como nunca se había visto en la cuadra. Preparativos para mi nueva etapa, como él lo mencionaba, llenos de alegrías y dolores de cabeza. Mamá no estaba tan a gusto con el plan de mi viejo, pero no pudo oponerse, ya que era una tradición únicamente de hombres y ella no tenía la capacidad de truncar los planes de mi aún sofisticado padre.

- Viejo, ¿ya puedes decirme a donde vamos? —le dije enojado.

Volteé para ver su reacción y noté que no hacía nada más que sonreír y pisar el acelerador con más fuerza. Hasta cierto punto me encontraba con miedo. No fue después de pasar el Parque Kennedy que pude escuchar la voz de mi padre nuevamente.

- Llegamos, campeón, llegamos al paraíso de los hombres —me dijo señalando el edificio azul—. Su voz transmitía paz, esa paz que se perdía en nuestra casa.

Me agarró de la mano y me llevó a paso apresurado al edificio. Toco la puerta y un hombre de barbas negras, de gran tamaño, vestido de chaqueta de cuero y pantalones negros nos hizo pasar. Primero pasó mi viejo y yo lo seguí detrás con miedo y cautela. El hombre de gran proporción en grasa me frenó y me preguntó mi

edad. Mi papá desesperado le gritó mis años recién cumplidos y me llevó adentro con él. Ese lugar, a primera vista, era horrendo. Luces tenues, música para tíos, mesas distribuidas en todo el primer piso sin ningún sentido y una pasarela de madera en donde se posaron mis primeros amores juveniles. Esos amores que me hacían alucinar que yo era el dueño del mundo entre desequilibrios y habladurías mal pronunciadas.

- Viejo, creo que te equivocaste de lugar —dije riéndome.
- Observa bien, cachorro, mira a tu alrededor —me siguió la risa y se dirigió hacia la pasarela de madera.

Le hice caso y me di cuenta de que las mesas dispuestas en desorden apuntaban hacia la misma pasarela donde se dirigía mi padre. Eran mesas para dos personas y todos los que estaban sentados eran hombres: padre e hijo. Después de mi pequeña observación, fui corriendo detrás de mi viejo y me senté a su lado.

- Ahora sí, que comience lo bueno —dijo con una alegría incalculable.

Se apagaron las luces y la música cesó. Bastaron dos minutos para que la pasarela entera se ilumine y comenzara el desfile. Pasaban una detrás de otra, doradas y hermosas.

- Así me gustan: doraditas, con ese blanco superficial, me encantan —decía un chico de mi edad disfrutando al igual que yo ese mágico momento.

Una avalancha de manos a todo motos se acercaba sin pudor alguno a agarrar a las doradas que se encontraban en la tabla de madera. Se olvidaban de sus oficios y sus clases socio-económicas. Todos compartían el mismo deseo de probarlas. Yo aún con miedo no me atrevía a tocar a ninguna. Las vi sudorosas y con esos ojos que me pedían que las pruebe y las terminen en la primera tomada.

- Vas a agarrar una, ¿verdad? —me dijo un joven de lentes gruesos.



- Si, eso creo —le dije—. No me dirán nada si me acerco, ¿verdad?
- Nada que ver —me dijo con un tono sarcástico—. Cogete una y verás lo que es transformarse en un hombre.

Traté de buscar alguna referencia que me guiara. Algunos las agarraban con fuerza, otros eran más delicados. Varios las terminaban recién salida, gélidas, a diferencia de los mayores que las sujetaban con sus dos manos hasta calentarlas. Me sentía perdido.

No tuve más opción que agarrar a una de las doradas y comenzar. La primera fue un poco tosca, un beso burbujeante me hizo sentir raro y con un mal sabor de boca. Pero había algo en ella que me incitaba a tocar a otra. La segunda pasó fresca al punto de revitalizar mi alma. La tercera me hizo hablar con los demás chicos de mi edad y eso que yo no me comunicaba con tanta confianza. La cuarta me incitó a bailar sin preocupaciones; lo hice con tanta naturalidad que a mi cuerpo se le olvidó que tenía dos pies izquierdos. La quinta me dijo que yo era el rey. a la sexta ya no le sentía la amargura, la séptima desbalanceaba mi cuerpo, la octava no dejaba que hable con claridad, la novena me hizo sentir satisfecho. Y la decima, la decima me mando a mi casa.

Me levante con el dolor de cabeza más intenso que pude tener en mis cortos dieciocho años. No sé ni cómo llegué a mi cama. Mis huesos estaban tensos y la boca de mi estómago estaba dura, como si hubiera hecho cien abdominales. Al lado de mi cama, encima de mi mesa de noche, se encontraba una botella de suero sabor a fresa y una nota que decía:

Felicidades, campeón, aguantaste como tu viejo. ¡La próxima semana vamos por más!

- RUB



Clementine

Andaban por las calles con sus pupilas dirigidas hacia dentro de sus cuerpos, como si los ojos tuviesen libertad de movimiento y aborrecieran la luz solar y únicamente buscasen observar dentro de la carne de su portador, porque no existe mejor opción que andar examinándose a uno mismo cuando se encuentra en las calles de la ciudad. No hace falta ver afuera, alrededores, están seguros y poco deseosos de apreciar lo externo. Bien vestidos, la mayoría con trajes formales, maletines y carteras obesas de progreso. Difícilmente podrían recordar los colores circundantes a ellos o cómo la luna sigue cada uno de sus pasos por las noches. Se toman la libertad del olvido de la experiencia cotidiana y empírica, convirtiéndose conjuntamente en un mecanismo ostentoso de efectividad y cálculos perfectos. Siguiendo cada quien su trayecto a paso firme y ligeramente acelerado porque el tiempo no perdona a ninguno. De hecho, es como si este fuera más deprisa cada vez que buscaban llegar a algún lugar o concretar alguna acción en el tiempo requerido.

El día era lo bastante caluroso para el disfrute del cuerpo. Si bien los ojos se ahorran el cansancio de soportar la luz solar porque únicamente enfocaban el interior oscuro de los organismos de los transeúntes, la piel no resistiría el castigo solar. Las largas caminatas se traducían así en el derretimiento progresivo de la piel. Los menos afortunados experimentaban, aunque sin dolor, cómo la piel se desprendía de forma gelatinosa de sus huesos y estos saludaban de mala gana la luz que interceptaba ante ellos.

En una de las tantas calles transitadas de la ciudad, con sus transeúntes apurados, la carne chamusqueada y los ojos ignorantes de la realidad, se encontraba un edificio recio por el calor del sol, gris por la indiferencia de los que

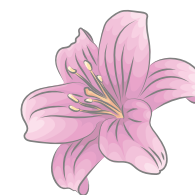
ven hacia dentro, pero lo bastante estructurado y funcional para la ciudad que todo lo piensa de forma exacta. Las escaleras, limpias y brillantes, no guardaban vida aquel día, unos pasos firmes pero lentos ascendían a través de ellas como si el tiempo estuviese en una catarsis festejándose así mismo.

La joven, eventualmente, llegó a su destino. El sol golpeaba agresivamente ante ella y sus ojos reaccionaban torpemente intentando no exaltarse tanto: estaba en la cima de aquel gris edificio. Contempló la altura entre sus pies y el concreto de la calle. Sudaba y no era por el violento golpe solar. Contemplando, silenciosamente, el limbo entre lo vivo y muerto y observando como pocos lo hacen. La particular conexión oculo podal necesaria para no ceder ante la gravedad.

Extraña la cordura de los ciudadanos, quienes de alguna forma se percataron de la borrosa presencia de la joven, miraron hacia arriba, y siguieron su presencia; solo los más interesados en lo rutinario de las aventuradas caídas a largas distancias que cometían las personas, se quedaron a ver. Esperaron, mientras la piel chamuscada caía con disimulo.

Los bomberos que pasaron envueltos en llamas se percataron del sutil acto que se presentía ya con devoción. Acostumbrados ya a lo rutinario llamaron a los encargados de limpieza pública. En seguida llegó una señora de no más de cuarenta años, pero menor que los ciento sesenta, indudablemente.

Realmente, a nadie le importaba lo que iba a suceder, solo estaban allí para tomar un descanso de un día pesado. La señora de limpieza pública refunfuñaba por la estúpida chica que le generaría más trabajo bajo el horrible sol. Además de la horrible espera, ¿por qué no lo hacía ya?



Tan pronto como el pensamiento acabó, el sonido del aire que corta un objeto en caída empezó a sonar sutilmente, apenas captado por los oídos más entrenados. El cuerpo, apenas reconocible, estrellado y la sangre esparcida a tres metros a la redonda. Rápidamente, Clementine, movió el trapo-secador al mismo tiempo que echaba aquel líquido verde que sacaría cualquier mancha roja del piso por más espesa y seca que es encuentre.

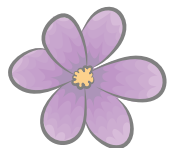
Pobres los transeúntes que ahora debían de esquivar los tres metros a la redonda, dejarían de usar la línea recta como trayectoria óptima para evitar desperdiciar cualquier segundo, ahora deberían de rodear la gran mancha con más prisa aún. Pasos rápidos, escoba y trapo desesperados, reloj asechando.

Grande tuvo que haber sido la sorpresa de Clementine, al acercarse al cuerpo ya desfigurado por la caída. El nuevo sentimiento se pegó a su piel, tan instantáneo como la caída de aquella joven, Clementine sintió reconocer aquella sangre. No era sangre desconocida, ella lo sabía perfectamente, de aquella que sale cuando se raspa la rodilla al jugar en el parque del frente de la casa, la que sale al pelearse con sus amigas por un malentendido y que ella como madre debía limpiar con un pañuelo, sangre de heridas involuntarias y otras posiblemente intencionadas. Como no reconocer la sangre de su hija.

Aquel mismo día, pero ya por la noche oscura y pesada, otro cuerpo cayó del mismo edificio gris para acompañar la despedida de la hija. Clementine, inerte en el piso, como un objeto que nunca tuvo vida propia, y con la sangre resignada a fluir porque ya hacía años que había perdido la razón. Un cuerpo con sangre muerta desde años atrás, resignado a vivir, resignado a amar: se tenía un cuerpo muerto con la sangre pudriéndose dentro del mismo. Se dice que ese día la verdadera razón de Clementine, no fue la hija, sino el calor que derritió los

coágulos de sangre e hizo que corrieran por las venas de todo el ser. Entonces, el cuerpo se percató que tenía que hacerlo, había derogado la acción a la rutina, y la rutina lo derogó a su vez al olvido, a la traición de sí mismo por persistir una batalla ya perdida. Sin embargo, tan rápido como el sol hizo que la sangre caminara, ni bien este se fue, la sangre volvió a ceder a la inmovilidad; por ello, y para bien de la ciudadanía, la calle permanecería limpia, al menos, hasta la tarde del día próximo.

Autor: S. Riven



Getsemaní

Jesús yacía en el huerto de Getsemaní, rodeado de sus discípulos, que se desmoronaban, uno tras otro, en sueños torpes, como mirlos caídos. Las sombras, largas y hueras, estiraban los brazos de los árboles bajo la luz enferma y verdosa, que cubría la tierra como un sudario. Todo el universo había frenado su marcha, el tiempo mismo dudaba, parecía que hasta Dios se hubiese olvidado de respirar.

De pronto, una voz distante rompió el silencio.

—Enmanuel —susurró, sin prisa, pero con la firmeza de quien conoce el destino de otro.

Jesús, al oírla, sintió su alma desgarrada, atrapada entre el deber y el temor. Sabía que era su tiempo, lo sabía bien, pero la tristeza lo invadía de una forma tan profunda que le costaba moverse.

— Sé que es el tiempo. Lo sé...pero no me escucho por dentro. Tengo temor. Solo un poco más de tiempo... unos minutos —susurró, mientras sus pies retrocedían, negándose a avanzar hacia la voz que lo llamaba.

Por más que su cuerpo ansiaba huir, el espacio alrededor se había suspendido en su propia náusea. La realidad lo apretaba sin tregua, impidiendo cualquier fuga. Entonces, una luz azul, feroz y definitiva, agrietó el aire ante él, y Jesús, agotado en su cansancio, comprendió que ya no quedaba más camino que la entrega.

—Aquí estoy —dijo, resignado, mientras caminaba hacia la luz, consciente de que había cruzado un umbral entre dos mundos.

De la penumbra, como un susurro hecho carne, brotó una figura femenina.

Jesús, herido por la sorpresa, la contempló, entre el asombro y el cansancio de su propia carne. La luz tenue dibujaba en su piel un reflejo casi irreal, como si emergiera de un sueño.

—¿Quién eres? —preguntó Jesús, su voz cargaba confusión.

—Depende de a quién le preguntes —respondió la mujer con una sonrisa leve, sus ojos oscuros reflejaban algo antiguo, más allá del deseo o la comprensión. Entonces, con un movimiento lento, se despojó de su túnica, dejando al descubierto su desnudez.

Jesús bajó la mirada, atrapado entre la culpa y la atracción. Las palabras luchaban por salir, pero su mente se sentía distante, ajena al momento.

—Eres muy hermosa —dijo al fin, casi como un lamento, susurrando a la sombra de su propia debilidad.

—¿Lo soy? —respondió la mujer, con una mezcla de burla y ternura, dando un paso hacia él—. ¿Qué es la belleza, sino lo que tu carne anhela?

Jesús cerró los ojos un instante, tratando de despejarse de la confusión que lo invadía. Sentía la tentación arder dentro de él, una llama pequeña pero intensa.

—¿Qué es esto? —preguntó, levantando la vista al cielo, como buscando una respuesta en el vacío que lo rodeaba.

La mujer no se inmutó, acercándose un poco más.



—Una recompensa. Un alivio momentáneo en medio del caos —susurró, sus palabras como un viento suave que acariciaba sus oídos—. Nadie nos mira ahora, y Él está complacido. El silencio encubre todo.

—¿Silencio? —repitió Jesús, sus ojos perdidos en el espacio, incapaz de creer lo que oía—. No hay alivio en el silencio, solo más dolor.

La mujer lo observó, una chispa de interés encendiendo su mirada.

—¿Y si te ofreciera una tregua? ¿Un instante en el que podrías dejar de cargar con el peso del mundo? —dijo, extendiendo una mano hacia él, con la promesa de algo que no podía nombrar.

Jesús la miró, su alma rota entre lo que deseaba y lo que debía. Dio un paso hacia ella, sus dedos casi rozando los de la mujer, pero en el último momento, apartó la mano, como si el contacto lo quemara.

—No... —murmuró—. Mi carne te llama, pero mi espíritu tiembla.

La mujer inclinó la cabeza, su expresión se tornó seria.

—No hay pecado en lo que encubre el silencio —dijo en voz baja—. Tómame, y por un momento, olvida todo lo que te consume. Él no verá, y si lo hace, estará complacido.

Jesús alzó la mirada, buscando entre las sombras algún eco de verdad, pero en lo profundo de su ser, una voz quebrada le susurraba que aquello solo era otra prueba. Retrocedió frágilmente, y miro a la mujer.

—Me observa —dijo finalmente, y con un gesto firme la apartó de su camino.

La mujer sonrió por última vez, y en un parpadeo se deshizo, evaporándose como una sombra que nunca fue completamente cierta.

Jesús quedó solo, sus ojos se mantenían fijos en el cielo, mientras su voz se alzaba con un dolor casi inhumano.

—¿Te burlas de mí! Conoces perfectamente mi dolor, y tú sumerges un hierro ardiente dentro mío —dijo, hincándose en sí.

De repente, una sombra vestida de hombre apareció entre los árboles. Su figura era casi indistinguible. Jesús levantó sus ojos cansados.

—No estás listo —le dijo la sombra con voz hueca y sombría.

—¿Eres el que está detrás de esto? —respondió Jesús, con una mezcla de ira y resignación—. Al igual que a Job, él te otorga derecho para ponerme a prueba por puro capricho.

La sombra lo observó inmóvil, antes de hablar nuevamente.

—Solo busco ayudarte.

—Lárgate —dijo Jesús.

Pero la sombra no se movió.

—Sabes cuál es la salida —insistió la figura, acercándose lentamente.

Jesús lo miró con ojos vastos y vacíos, pero la furia se le había secado en los huesos. Su cuerpo, exhausto como una tarde vieja, se hundía en sí mismo, y el dolor espiritual lo empujaba hacia atrás, lejos de toda lucha.

—Fuera... —murmuró débilmente, mientras su respiración envejecía.

La sombra se inclinó sobre él.



—¿Escuchas eso? —preguntó.

Jesús no respondió.

—Exacto —continuó la sombra—, silencio. Sólo eso.

De repente, empujó a Jesús, quien cayó de rodillas al suelo. La sombra se acercó aún más, susurrando con cruel precisión.

—“A sus ángeles mandará cerca de ti, y en sus manos te sostendrán para que no tropieces con tu pie en piedra”. Dime, ¿dónde están?

Jesús permaneció en silencio, su cuerpo se hallaba encogido por el sufrimiento. La sombra se inclinó a su lado, bajando la cabeza hasta rozar la suya, en un gesto que parecía cargar con toda la tristeza del mundo.

—“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno porque Dios estará conmigo” —recito la sombra, casi con una sonrisa—. ¿Dónde está ahora? —preguntó burlonamente.

—Aquí —resoplo con resignación, Jesús.

La sombra se enderezó y fraternalmente le tendió la mano.

—Acompáñame —le dijo, en tono neutral.

Jesús vaciló un instante, pero al final tomó la mano de la sombra, que lo arrastró hacia un sendero escondido, invisible hasta entonces. Las luces del huerto, inquietas, mudaban de piel; los colores, cada vez más lejanos, parecían deslindarse de la realidad. De pronto, llegaron a una quebrada, abierta como una herida, y ante ellos se desplegó un abismo negrísimo. Todo callaba; ni el

viento se atrevía a rozar las hojas, ni los grillos, en su mudez, osaban romper el silencio que pesaba.

—¿Qué es esto? —preguntó Jesús, sin poder evitarlo.

—La salida —respondió la sombra, con un gesto en dirección al oscuro.

—Él nos oye... —musitó Jesús.

—Casi siempre —respondió la sombra, con una leve sonrisa—. Pero no te engañes. Solo eres un actor en su obra. Un mero entretenimiento para su aburrimiento eterno.

Un río helado recorrió la carne de Cristo. Las palabras de la sombra, duras lo golpearon con una amarga certeza.

—¿Por qué? Dijo, Jesús.

La sombra contesto rápidamente.

—Contra su voluntad quizás te encuentres sometido. Pero siempre puedes salir. Esa es tu prerrogativa. El último espacio de inviolabilidad. Es fácil, ser parte de él y que tu calvario sea representando infinitas veces en un espectáculo o ser la entropía que encienda el caos en su sistema perfecto. Salta y piérdete entre los rostros que nos observan. Te ofrezco cambiar tu eternidad insufrible por un breve instante de ella. Por un instante en el que puedas ser libre. El hombre siempre aspiró a ser como Dios, pero Dios solo anhela ser hombre. —. Luego, le susurro de cerca—. ¿Logras entenderlo?

Jesús lo miró.



—Tengo el alma dislocada. Mi espíritu solo finge escenas de una vida que se acaba —dijo Jesús, mientras lagrimas rasgaban su rostro—. Tiemblo, y aunque lo deseo, no puedo salir. Soy un cuerpo inmóvil. Una anomalía. Yo ya fui Dios y dentro de poco dejaré de ser hombre.

—Esa es tu elección —respondió la sombra con suavidad maternal—. Como en su momento fue la mía.

Jesús lo miró con una tristeza divina que solo ambos compartían.

—¿Estás asustado? —preguntó la sombra.

Jesús no respondió, solo dejó caer su cabeza sobre el hombro de la sombra.

Ambos quedaron allí, callados, abrazados, suspendidos en la quietud.

—Sé valiente, muchacho de huesos fuertes —dijo la sombra—. Hay que serlo ahora, cuando tu corazón marcha a morir.

Con esas palabras, la sombra comenzó a alejarse lentamente, dejando a Jesús de rodillas, enfrentando su destino. Súbitamente, el huerto reapareció bajo el susurro del alba, como si todo hubiera sido únicamente la bruma de un sueño olvidado. Sentía cómo la vida se le escurría en silencio. El aire del huerto, lo sofocaba, y en medio de ese vacío, una voz, profunda y vacía, irrumpió potente.

—Hijo...

Jesús alzó la mirada, buscando algún rastro de familiaridad. Su cuerpo temblaba.

—¿Verdaderamente eres tú? —preguntó dudoso—. ¿O es otro engaño de estas sombras que me rodean?

Solo se oyó el silencio.

—El silencio que hay entre dos palabras. El color de las rosas que han muerto. Las palabras atoradas en mi garganta. Tres años siguiendo un camino que creí elegir, una historia que ya escribiste. Quiero saber qué pasará después del final. ¡De mi final! ¡Tú haces la historia, pero yo la padezco! ¡Al menos dime ¿Por qué?!

—No todos eligen —respondió la voz—. Hay causas por las que vale la pena morir...

—Pero ninguna por las que valga matar—respondió Jesús rápidamente.

—Palabras ya pronunciadas.

—Que se volverán a pronunciar.

—Sabes que este es tu destino, aunque no te pertenezca.

—¿Y qué sentido tiene entonces?

—El sentido es solo una ilusión, hijo mío, al igual que las palabras.

—Nada importa entonces.

—Todo importa...ten fe.

—La tengo.

El silencio último era ya irrevocable. Los segundos se escurrían, incapaces de contenerse más. Entre ellos, se erguía una muralla invisible simbolizando el presagio de un adiós inminente.



—Te has hecho demasiado humano— Dijo la voz paternalmente.

Jesús se levantó, su cuerpo estaba vigoroso y su mirada apoteósica. Había llegado a una conclusión que resguardaba dentro suyo, más allá del vientre y el corazón.

—Hágase tu voluntad— Dijo únicamente.

Unas luces distantes apagaron la sombra agónica del huerto. A lo lejos, un murmullo creciente rasgó la sagrada quietud. Un tumulto distante de voces roncas y aceros golpeándose. Al mismo tiempo los discípulos despertaban de su letargo. El aire se cargó de expectación, y en cada suspiro del viento se presagiaba el advenimiento de un nuevo capítulo en aquella historia sin sentido aparente.

—Ya es tiempo —dijo Jesús.

Karuz.



Entre Medios

A las cinco y veinticinco de la tarde lo declararon muerto. Leí la noticia cuando el bus estaba por parar frente al hospital. Sentí alivio. Escribí una respuesta forzada, no pensé mucho, y la mandé por WhatsApp. Me quedé viendo la pantalla por unos segundos, pero nadie respondió. Bajé del bus a prisa y me acerqué a la entrada. La sala de espera estaba casi vacía. Supongo que era un buen augurio. La enfermera en la recepción me saludó con una sonrisa y yo le devolví el saludo, sin mirarla a los ojos. Mascullé su nombre, esperé una confirmación y asentí a un par de preguntas. La enfermera parecía apurada. Confirmó mis datos y me indicó por donde subir. Intenté agradecerle cortésmente, pero no supe bien qué decirle. Sugerí algo entre “gracias” y “lo siento”, sin saber bien por qué me disculpaba. “Todo de frente por las escaleras”, insistió, sin reparar en lo que le decía. Parecía molesta. Me alejé arrastrando los pies, más lento de lo que debía. La enfermera siguió escribiendo en su cuaderno. Quizás notó que no había prestado atención a sus indicaciones. No tenía que hacerlo tampoco: había hecho el mismo camino muchas veces.

“Muerto, muerto no está,” fue lo primero que le oí decir a Miranda ni bien se sentó conmigo en la pequeña sala de estar junto a su habitación. No sé bien por qué me lo dijo. Quizás intentaba convencerme de no entrar y ver su cuerpo. Miranda es así. Le gusta protegerme de lo que, según ella, yo no podría tolerar. No la culpo; de todas maneras, yo no hubiese entrado por mi cuenta a verle. Ese día, al llegar a la sala de estar, la saludé en silencio y me senté a su lado. Ella me saludó con la mirada y me contó lo que había sucedido. No supe qué decirle de vuelta. Miranda no insistió en una respuesta. Esperaba que me diera un abrazo, pero se quedó fija en su asiento, atenta al teléfono. La habitación olía a café

barato y cera para pisos. El olor me daba náuseas. Miranda no parecía afectada. Al parecer, ya se había acostumbrado. Me quedé sentada en silencio, crucé las piernas e intenté respirar con calma, a ver si se pasaba el mareo.

Miranda no exageró con sus palabras. *Él* estaba muerto, pero a la vez no estaba muerto. Lo siento. No se me ocurre otra forma de escribirlo. Ese día, último viernes del mes, comenzó su no muerte. El corazón se le detuvo alrededor de las tres de la tarde, mientras una enfermera distraída le cambiaba la vía en el brazo derecho. La enfermera soltó un grito, corrió rápidamente y, entre sollozos, llamó al doctor para confirmar lo que había leído en la máquina junto a su cuerpo. Era su primer muerto, al parecer. El doctor, algo mayor, de expresión pausada y semblante serio, se acercó a mamá y a Miranda y les reveló que no había mucho por hacer, que el paro era fulminante. Mamá no lloró. Según lo que me contó Miranda, se quedó fija y erguida, con la frente en alto, todavía silente, quizás ida, y no se movió ni cuando su hija se puso a llorar. Solo reaccionó ante la insistencia del doctor. Había que firmar papeles y seguir con el protocolo del hospital.

Él estuvo muerto por menos de una hora, antes de una segunda revisión. Todavía había signos vitales marcados. Llamaron a un par de médicos para corroborarlo. Uno y otro salían y entraban de la habitación, apenas hablaban entre sí, pero pronto llegaron a un consenso. El corazón se le detuvo, pero no así su cerebro. No sé por qué suceden esas cosas. El doctor sugirió alguna explicación técnica que ni mamá ni Miranda parecieron entender, y yo no pregunté más al respecto. Creo que, en el fondo, me daba miedo la respuesta.

No fui al hospital durante los primeros días de su no-muerte. No di ninguna excusa y nadie me la pidió. Del trabajo volvía a la casa y me encerraba en mi



cuarto. Me gustaba tener la casa vacía. En la casa el ruido habitaba permanentemente. Estaba prohibido cerrar puertas y ventanas. No sé cuánto tiempo llevaba la regla, y si acaso existía en primer lugar, pero nadie estaba dispuesto a lo contrario. Mamá y Miranda parecían haberse acostumbrado desde siempre. A él también le gustaba el ruido. Solía meterse a mi alcoba mientras aprendía a tocar el violín, obligado por Mamá. Una y otra vez. Por él, la música de violín empezó a tomar la casa. No es que fuese muy bueno tampoco. Tocaba la mayoría de notas a destiempo y le costaba leer las partituras. La mala música de cuerda se esparcía por los cuartos vacíos, la terraza y la sala de visitas.

Él solía tocar cuando mamá ni Miranda estaban, recorriendo la casa con el violín, siempre pie, casi ido ante la música. Por algún motivo, le avergonzaba tocar frente a ellas. Nunca dijo por qué. Conmigo no había problema. Podía quedarse horas tocando el violín mientras yo leía. Al él le gustaba hacerme compañía con su violín. Quizás sabía que en mi cuarto casi nunca había ruido. Podía tocar lo que quisiera y yo no le diría que parase. Solía ir a mi cuarto cuando Mamá y Miranda volvían a la casa, para tocar en paz. Cuando ellas volvían, también el ruido. Yo no me quejaba. No sé si prefería el violín desatinado a sus gritos.

Tener la casa para mí fue un alivio esos días. Mientras él seguía en el hospital yo me quedaba en casa leyendo, en total silencio. Mamá y Miranda llegaban muy tarde. No me saludaban al entrar y yo no les decía mucho. Al día siguiente se acercaban a mi cuarto. Miranda forzaba una sonrisa y Mamá me hablaba sin mirarme a los ojos. Me contaban como estaba él. Que a veces le notaban cierto brillo en los ojos, algún rubor en la mejilla izquierda, algún gesto sutil, un respiro o un espasmo, en el pecho o en las manos. Que había cierta inflexión en su rostro, el atisbo de una mueca, un ligero descenso en la posición de los labios. Que a veces tenía húmedos los ojos y se le hinchaban los pómulos, como si

estuviese llorando en el mismo sueño del que no podía salir. Los doctores les decían que no tuviesen mucha esperanza. Ninguna de las dos parecía creer lo contrario. Cuando me contaban los detalles lo hacían como quien cuenta cualquier otra noticia, más por obligación que por otra cosa. Tal vez yo tampoco guardaba alguna esperanza. Quizás me hubiese roto si lo hacía.

Mamá y Miranda salían de casa siempre a la misma hora. Ambas habían pedido permiso en el trabajo, tiempo indefinido, y no se preocupaban por otra cosa que estar todo el día en el hospital. Nunca les pregunté cómo consiguieron el permiso. Ellas no parecían afectadas por haberlo hecho. Puede que se hubiesen apiadado de ellas: sé de quienes no le niegan nada a los enfermos.

Decidí verlo luego de una semana y media de su no-muerte. Recuerdo bien ese día. Cuando llegué la puerta estaba entreabierta. Podía oír el pitido de la máquina de signos vitales, que sonaba una vez cada treinta segundos. Me quedé un par de minutos junto a la entrada, acompañada por el sonido vago, arrítmico, de la máquina. Nadie se estaba quedando con él. Mamá y Miranda me confesarían que en momentos así, en las horas cálidas de media tarde, una o la otra salía de la habitación sin despedirse y deambulaba sin rumbos por los pasillos del hospital. La otra pronto le seguía los pasos. De pronto la salida se les hizo un ritual, cada día alrededor de las tres o cuatro, mientras él seguía dormido en la habitación. Regresaban a eso de las seis, cuando el sol empezaba a ocultarse. Pensaba preguntarles por qué siempre a la misma hora, si él dormía siempre. Nunca llegué a decírselo. No creo que les hubiese gustado la pregunta.

Ese día en el hospital, el primero en que lo vi, hacía frío y estaba nublado. Mamá y Miranda igual se habían ido. Decidí que valdría la pena esperarlas. Total, no



les había avisado que vendría. Abrí la puerta y me acerqué lentamente. La habitación era más grande de lo que pensaba. Su cama estaba pegada a una esquina y estaba rodeada de tubos y cables, así como la máquina de signos vitales. Él estaba cubierto por gruesas frazadas y vestido con un camisón de lino. Su piel estaba muy pálida y su vientre se había hinchado por la posición de la cama. A su lado había un sillón en el que podía quedarme, viéndole de frente.

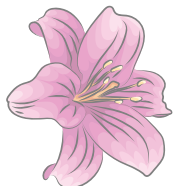
No puedo dejar de pensar en ese olor. He tratado de escribir muchas versiones del mismo párrafo, de esa primera vez en su cuarto, de la respiración entrecortada y las náuseas contenidas al sentarme junto a su cama. No sé si alguna vez podré describirlo como quisiera. De su cuerpo salía ese olor denso y penetrante, como si se hubiese pegado a las paredes: un olor rancio, a humedad y piel reseca, instantáneo y permanente, concentrado por el calor y la falta de ventanas, un olor que no parecía suyo, pero que ahora es el único con el que le recuerdo; un olor que se te impregnaba en la ropa y en el cabello, que se quedaba contigo horas después de la visita, y sin que te dices cuenta. A pesar todo, me seguía peleando con él. Sabía que luego del hospital debía correr a casa y meterme en la ducha a prisa, restregándome la piel hasta que ardiera. Tenía miedo de que alguien se acerca y me dijese que olía a muerte.

La primera vez me quedé menos de una hora. Para cuando Mamá y Miranda regresaron, yo ya me había ido. Hice lo posible por ignorar el dolor y poner la mente en blanco. No me acerqué a él y tampoco le dije nada; apenas si pude fijarme en su cuerpo entubado y pegado con firmeza a la cama. La segunda vez y la tercera me pasó lo mismo. La habitación era calurosa, el aire era pesado, y no pasaba mucho hasta que empezara a quedarme dormida en el sillón. No quería hacerlo. La idea de dormirme junto a él me daba pánico. Me iba antes de que sucediese, cerrando la puerta quitamente, como si temiese despertarlo.

No puedo decir que con el paso de los días me olvidé del olor. Siempre estuvo allí, en el aire húmedo, en la distancia entre un mundo y el siguiente. Al menos se hizo más tolerable. Conforme pasaban los días me quedaba más tiempo en la habitación, y podía verle de frente. Solía acercar al sillón junto a su cama y permanecer a su lado en silencio, mirándole. Al poco tiempo, era capaz de recrear cada parte de su rostro, cada gesto, todo detalle en la infinita quietud y en la pose en que parecía haberse quedado para siempre. Tenía los ojos arrugados, como si luchara por no dejarlos abiertos. Se le había quedado una mueca afable, un atisbo de sonrisa dibujado en la comisura de sus labios. Tenía las mejillas endurecidas y la nariz en punta, como si el corazón se le hubiese detenido mientras inhalaba intensamente. Las orejas le quedaban débilmente caídas y cabello ensortijado, ahora reseco, seguía muy pegado a ellas.

Al poco tiempo se le empezaron a caer el pelo y las uñas. Me pasaba la tarde recogiendo cada uno de sus cabellos del piso, y los juntaba en una pequeña caja de madera que Mamá me había regalado hace mucho tiempo. Podía notar que cada vez le quedaban menos mechones junto a la sien y la nuca. Primero fue el cabello, luego todo lo demás. Se endurecía el contorno de sus orejas, se abrían llagas en la frente y se hinchaban las bolsas de sus ojos. La piel de su rostro empezó a cobrar un tono amarillento y aparecían moretones en sus brazos y su pecho. Los labios se le partieron, el cuello se le torcía y sus dedos perdían color.

Cuando apareció el líquido pensamos que entonces sí se había muerto. Primero brotó por la nariz: un líquido viscoso y transparente, que discurría por las mejillas y le dejaba la piel aún más dura. Su cuerpo parecía estar siempre húmedo, como si estuviese sudando. No era sudor, por lo que nos decían, pero tampoco podían explicar muy bien lo que era. Sus brazos y piernas tenían que ser secados por un par de enfermeras cada mañana. Solían ponerle de costado y también secarle



la espalda y los glúteos, que amanecían empapados sin razón aparente. Con el tiempo se quedó sin sábanas y tuvimos que comprar un nuevo paquete, y luego otro más. Nadie en el hospital podía pasarse el día lavándolo, nos dijeron. Llegó un punto en el que teníamos que hacerlo por nuestra cuenta.

Pasaron dos semanas desde que apareció el líquido, y ya seis desde que su muerte, antes de que yo pudiera animarme a tocarlo. Se estaba saliendo de control. Había días en que *él* se mojaba muy rápido y no había ninguna enfermera disponible para cambiarlo. Yo me negaba a hacerlo. Al principio Mamá y Miranda aceptaban mis excusas. Le secaban y le lavaban sin quejarse, mientras yo me quedaba mirando. A veces ordenaba las gazas y los esparadrapos, y sostenía la pequeña batea, fingiendo que ayudaba en algo. Cuando se cansaron de mí, no tuve más que hacerlo yo sola. El líquido empezó a brotar durante las tardes, y entonces no había nadie quien pudiera ayudarme. No podía dejarlo solo.

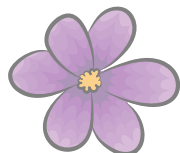
La primera vez que le tomé la mano sentí mucho frío. Hace tiempo que la sangre no parecía llegar hasta sus dedos, enflaquecidos y amoratados, todavía empapados del líquido. Con el tiempo, intenté acostumbrarme a su presencia extraña, medio marchita, hasta ida. Quería creer que seguía siendo *Él*.

Mamá no me creyó cuando le dije que le oí respirar. Miranda me sonrió mientras lo decía, pero tampoco parecía convencerse. Yo estaba segura de lo que oí. Fue un ruido seco que interrumpió la quietud de la habitación, otra vez a media tarde, cuando solo estábamos *él* y yo. Me había quedado más de la cuenta ese día: no tenía que trabajar esos días y había llegado por la mañana. Al terminar de lavarlo volví a escuchar el mismo ruido. Poco tiempo después el ruido desapareció de imprevisto. Temí que *él* ya no estuviese respirando. Ese recuerdo, por más que

no deba, me saca una sonrisa: tenía miedo de que ya no respirase solo por haber dejado de oír lo que no había oído en mucho tiempo a su lado, y solo había oído ese día. Me acerqué a su vientre y puse mi oído cerca. No podía oír nada, pero sí sentía su calor. Podía sentir más cerca su vientre y luego más lejos, pero y me di cuenta que se estaba moviendo. Pocas veces he estado más tranquila.

Por supuesto, *él* no había parado de respirar —ni siquiera cuando se le paró el corazón— pero no respiraba como yo lo hacía, o como cualquiera lo hace. Me repitieron la explicación más de tres veces, pero hasta el día de hoy no puedo decir que lo entiendo. Respiraba, y lo hacía con más frecuencia que nosotros. Su vientre se hinchaba con regularidad cuando se llenaba de aire, y se quedaba hinchado hasta que el aire se salía, sin que nadie supiese la forma exacta. La máquina capturaba la frecuencia y distancia entre una respiración y otra; emitía un leve pitido una vez que la actividad disminuía, pero se arreglaba prontamente. Era una respiración hueca, insonora y así era siempre: si yo había oído algo es porque quizás me estaba volviendo loca. Mamá así lo creía. Dejé de insistir en lo que me había pasado. Podía notar que a ella le dolían mis palabras.

Un día decidí que no lo volvería a ver. Salí a prisa del trabajo, me encerré en mi cuarto y me tomé tres pastillas en lugar de una. Intenté leer algo, pero no pude. Me ardían el pecho y la cara. Volvieron las náuseas. Mi piel estaba fría y se erizaba con facilidad. Tomé una ducha con agua helada y me metí en mi cama. La piel húmeda me ardía más al contacto con el edredón. Al poco rato me levanté por el mareo y empecé a dar círculos en mi cuarto. Quise gritar, pero no lo hice. Tomé el teléfono y puse música a todo volumen: el silencio me recordaba a *él*. Puse música fuerte y cerré los ojos. Una guitarra eléctrica y luego la batería. Ya



ni siquiera distinguía lo que decía la voz en el reproductor. Mi cabeza estaba en otra parte y quería que así fuese para siempre. No quería acordarme de él.

El berrinche me duró al menos una semana. Mamá y Miranda intentaron consolarme —cada una a su modo— pero no sirvió de mucho. Las palabras de Miranda eran un ruido de fondo en la habitación. Los pedidos de Mamá no me parecían sinceros. Me quedé sola en la casa, lejos de él y del ruido, y traté de no pensar en nada que me recordase al hospital y a mi dolor. Creí que así seguiría para siempre, pero al poco tiempo me di cuenta de que no podía hacerlo. Soñaba con música de violín. Era su música, las melodías desatinadas que había tomado mi habitación. Días después de prometerme que no volvería a verle tomé el autobús en camino al hospital. Tomé una siesta en el camino, por primera vez.

Hasta hoy suelo pensar frecuentemente en el día en que me despedí de él. Era viernes y ya no hacía frío. Creo que ya había llegado la primavera. Puede que exagere, pero recuerdo pensar que ya no lo volvería a ver. No es que los doctores nos hubiesen dado alguna suerte de advertencia. Tan solo lo presentía. El día en que me despedí fue el día en que dejó de respirar y se fue del todo, porque ese día parece que no existe: nadie —ninguna de nosotros y ningún doctor— puede decir con certeza cuando es que pasó. Se estima que fue entre el diez y el quince de abril, ahora sí en primavera, a tres meses del accidente y a dos meses de su no-muerte. Para entonces ya no quedaban mechones por recoger en el suelo ni nada que secar con los pañuelos. La herida en su costilla se había cerrado y había dado paso a una gruesa costra color carne, casi como si estuviese sanando. En algún momento el cerebro dejó de emitir señales y los órganos se fueron apagando uno a uno, así como lo había hecho su corazón.

El día en que nos lo dijeron ninguna de las tres lloró, ni hablamos entre nosotras, hasta que él estuvo protegido dentro de un cajón y la habitación del hospital se quedó vacía. Fuimos a recoger sus cosas unos días después. En la habitación, mismo aire denso, mismo olor. Creo que sí vuelvo a ir a ese lugar luego de tanto tiempo olería lo mismo, aunque el hedor se hubiese ido hace mucho tiempo.

La vez que nos llevamos sus cosas el hospital volvía a estar lleno. Esa misma tarde llegaba un nuevo paciente: trauma encéfalo-craneano severo y coma inducido, según lo que leí en el papel pegado junto a la puerta. Teníamos que irnos a prisa. Miranda recogió las pocas sábanas que quedaban y las dobló cuidadosamente. Mamá y yo revisamos los cajones por si se nos había quedado algo. Puse todo lo que encontré en un par de cajas que había llevado conmigo. Estaba por irme cuando oí su voz. "Mierda", dijo mamá, con la voz entrecortada. "Lo enterramos y nos olvidamos de ponerle la corbata". Llevaba en sus manos la corbata azul marino que le había comprado por su último cumpleaños. "Por favor mamá", respondió Miranda, "ningún chico de su edad quiere andar con corbata". Mamá la miró fijamente y luego las tres nos echamos a reír.

Reviso una y otra vez lo que he escrito o en mi laptop, mucho tiempo después desde la última vez que lo vi. Siento que, luego de tanto, cada palabra está en su lugar, las descripciones encajan, la historia por fin se siente mía. Aun así, me invade cierta desazón ahora que debo cortar con el relato. Vuelvo a leer lo que escribo, y siento que no puedo hacerlo en el silencio. Otra vez estoy pensando en él. Y otra vez, aunque menos, me sigue doliendo. Busco en mi teléfono alguna canción que me calme. Recuerdo la canción que puse el día en que decidí no volverlo a ver. *I Got Your Letter. You Got My Song*. Y tiene razón.

(Escrito por M)



Tierra Fértil

Cuando nos mudamos a la capital una tía nos alojó en su casa. Mi hermano Juano y yo salimos de nuestro pequeño pueblo con la ilusión de un nuevo mundo lleno de oportunidades. Pero al llegar la casa de la tía Elba se nos llenó el pecho de desilusión. Era una casucha miserable de ladrillos y cemento superpuestos, con pedazos de metal sobresaliendo del techo, a las afueras de la ciudad. Todo el barrio era un conjunto de construcciones igual de feas rodeadas de tierra seca, perros hambrientos y señoras tristes. El calor era insoportable y no había ninguna sola planta en varias cuadras a la redonda.

El asunto de las plantas fue lo más impactante para nosotros. Nuestro pueblo colindaba con la selva, abundaba la vegetación. También allá había temporadas de mucho calor, pero los árboles nos daban una eterna sensación de frescura. Acá no. Acá todo era seco.

Después de hacer unos estudios sencillos con lo que sabíamos de agricultura gracias a nuestra experiencia en la chacra y los cursos de jardinería que había tomado mi hermano, supimos que el problema era la tierra. El barrio entero había sido construido sobre un cerro de desmonte, invadido hace ya varios años. La tía Elba estuvo presente cuando colocaron, aún con cierta incertidumbre, los primeros ladrillos sobre esa mezcla de arenilla, rocas y desechos. Más allá del polvo y la inestabilidad del suelo, lo más deprimente era la absoluta infertilidad de este.

Mi hermano, que raramente comentaba lo que estaba pensando, instaló sus cosas en silencio y recién habló a la mañana siguiente. Me dijo que iríamos a buscar trabajo de una vez, que no había tiempo que perder. Tomamos un carro hacia el centro y, uno por uno, fuimos llamando a todos los número que aparecían en los paneles de ofertas laborales. Fue un proceso tedioso, pero al final dio resultados.

Al quinto día, cuando ya perdíamos la esperanza, me contestó una señora de cantito adinerado. Me dijo que necesitaba un jardinero, le dije que éramos dos, me respondió que sí teníamos experiencia mejor que sean dos porque el jardín es muy grande y últimamente está incontrolable.

El empleo nos sacó de la desilusión de haber encontrado una ciudad tan fea. Al menos a mí, de mi hermano no podía deducirse mucho y no dijo nada. La señora Martina vivía en un distrito vecino, pero a diferencia del nuestro el suyo olía a jazmines y rosas. Las aceras estaban cubiertas de flores de jacarandás y los picaflores pululaban entre las lavandas de los balcones. Las hojas de los cipreses, abedules y pinos se agitaban con las ráfagas de viento fresco que contrastaban con el calor primaveral. Nosotros trabajábamos tranquilos, haciendo una pausa cada media hora para tomar un poco de limonada con hielos que nos preparaba la señora. Era un sueño.

Pero cada noche, atravesando la reja rota que separaba los distritos, volvíamos a nuestro cerro de desmonte. Caminábamos a paso acelerado para no toparnos con alguna pandilla de pirañitas o alguna jauría hambrienta. Andábamos por las calles de basura conversando banalidades.

Una noche, mientras caminábamos tomando unas cervezas le dije a Juano que estaba feliz porque con nuestro sueldo actual podríamos mudarnos, en un par de años, a un distrito lleno de plantas como el de la señora Martina. El dejó de caminar, me miró y muy serio me dijo -No vamos a dejar el barrio chibolo, tengo un plan mucho más grande- En ese momento no entendí de qué hablaba, solo seguí caminando en silencio. Últimamente había estado leyendo mucho, le obsesionaba los cuentos de Ribeyro y los poemas de Vallejo. Leía teoría socialista y, sobre todo, sus viejos libros sobre jardinería y urbanismo. Algo tenía en mente.



Un par de meses después empezamos la operación. Juano explicaba el plan cada noche, con extrema paciencia, a los voluntarios de la junta vecinal recientemente fundada por él mismo. Poco a poco, siempre con alguna cerveza, el plan se fue construyendo y revisando hasta quedar perfecto.

Por fin, un domingo a las 10:45 de la mañana nos pusimos en marcha. Era el día perfecto, la ciudad entera estaba encerrada viendo la final del campeonato nacional de fútbol que empezaba en 15 minutos. Algunos de los nuestros renegaron por perderse un clásico tan importante, pero al final accedieron por el bien mayor. Las calles estaban desiertas, tal como lo habíamos previsto. Entramos al barrio de la señora Martina por el mismo hueco de siempre, todos cubiertos con pasamontañas; cargando palas, picos y costales vacíos. Fuimos de frente a los puntos que días antes Juano había marcado con cintos verdes, mientras yo conversaba con la señora Martina tomando limonada con hielo para que no sospeche nada.

Empezamos a llenar los costales de tierra fértil, recordando siempre que no era un robo porque según Juano "La tierra es de quien la trabaja" y como nosotros trabajábamos ahí, en parte, esa preciada tierra nos pertenecía. Los costales llenos pasaban de mano en mano a través de una enorme cadena humana que conectaba los dos distritos. Hasta la tía Elba, que ya estaba viejísima, ayudaba en operación. Cuando el primer saco de tierra llegó a la avenida central de nuestro cerro lo vaciaron ahí mismo para devolver el costal vacío con el mismo mecanismo. Después de ese primer costal llegaron más y más con un ritmo ininterrumpido. No sé si Juano sacó esa idea de algún libro de Marx, pero era una idea estupenda.

Mi hermano supervisaba todo siguiendo siempre su plan de urbanismo previamente acordado. Poco a poco nuestro cerro de polvo se fue cubriendo de tierra fresca, llena de lombrices y chanchitos.

A las 11:45 sonó el silbato de medio tiempo, según lo acordado cada quien

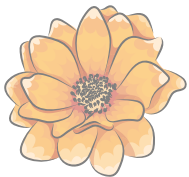
se escondió en su lugar marcado con cinta roja. Previsión inútil ya que confiábamos en que nadie saldría de su casa. Y así fue. Después de los 15 minutos de intermedio continuamos la labor. El segundo tiempo fue más intenso. La tensión empezaba a ser palpable. El barrio de la señora Martina se estaba quedando sin tierra. Nos llevamos incluso árboles, arbustos y flores, siempre con el mismo sistema. Pero algunos empezaron a dudar, a sentirse culpables. En ese punto recién tomábamos consciencia de la magnitud de lo que estábamos haciendo, ya no era solo un plan utópico creado entre cervezas. Era un acto político que, en caso de ser descubiertos, tendría severas consecuencias legales. Un fuerte grito nos paralizó. Pensamos que habíamos sido descubiertos, pero al parecer alguien había fallado un penal.

Continuamos trabajando en silencio, quedaban 15 minutos de partido. En 5 minutos nos iríamos y nadie se daría cuenta de que estuvimos ahí. El partido seguía empatado en cero. La señora Martina, en el momento de mayor tensión futbolística, apagó su televisor resignada al empate. Salí a fumarse un cigarrillo. Nadie había previsto que, por indicación de su médico, la señora Martina debía evitar situaciones de alto estrés. Pero se llevó una tremenda sorpresa al ver su jardín vacío y a 45 enmascarados con picos y palas. Gritó con verdadero pánico: -¡Volviéron los terroristas!-

Y empezó el tiroteo.

En un barrio como ese, lleno de políticos, policías, empresarios y militares retirados, una alerta de terrorismo era lo único que podía distraer su atención de un clásico así de importante. Abrieron los cajones de sus mesas de noche, desempolvaron sus uniformes, cargaron sus viejas escopetas y revólveres, y empezaron a disparar a diestra y siniestra con un sadismo largamente contenido.

Las balas brillaban bajo el sol del medio día. Todo el mundo corría alborotado



sin saber qué hacer. Juano había previsto un posible descubrimiento, teníamos establecido un protocolo de retirada veloz para desaparecer antes de que llegue la policía, pero nadie habría podido prever ese nivel de salvajismo defensivo en el apacible barrio de las flores, de la señora Martina y su limonada con hielo.

Nos dispersamos, nos escondimos como pudimos. Varios cayeron heridos. La tierra de los costales agujereados se dispersaba sobre las flores amarillas de las aceras y el olor a jazmines y rosas se mezclaba ahora con sangre.

Y entonces ocurrió el milagro que lo cambió todo. La ciudad entera retumbó con un grito desgarrador. El equipo visitante había metido un gol en el último minuto. Los señores de las escopetas y los revólveres corrieron a sus teles a ver la repetición. Todos con el mismo pensamiento: -No pasa nada si solo me voy yo, los demás se encargarán de los terrucos-.

Juano, con una sorprendente lucidez, dió en ese instante el grito de retirada. Este resonó solo un poco más bajo que el estruendo del gol. Fue una orden directa que nos cayó como un baldazo de agua fría. Aplicando el protocolo preestablecido desaparecimos en menos de 30 segundos. Los más fuerte cargando a los heridos y abandonando en el camino palas, picos, costales, árboles, flores y tierra.

Mi hermano se quedó atrás asegurando que todos salieran de la zona de peligro, logró salvarnos como el gran líder que era, pero pagó el precio.

La señora Martina que antes nos preparaba deliciosas limonada con hielo, disparó su pequeña pistola y le dió, como por suerte, directo al corazón. Juano murió al instante. Sin últimas palabras ni discurso romántico para recordarlo como un héroe. Ni siquiera pudimos recoger su cuerpo, la lluvia de balas había vuelto a iniciar una vez definido el final del partido.

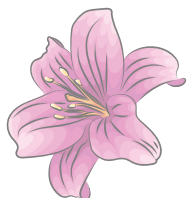
Con todo, esa fue la única baja entre nuestra gente, el plan fue un éxito. Nadie nunca supo que fuimos nosotros quienes nos robamos la tierra. La señora Martina,

que ya estaba bastante estresada, murió de un infarto al reconocer que había asesinado a su silencioso jardinero.

En pocos años nuestro cerro seco se transformó en un refrescante bosque. Crecieron Ficus, cipreses, palmeras, pinos y algunos robles. Empezó a oler a rosas y jazmines. Mi hermano es recordado por todo el barrio como un héroe, por eso la avenida central lleva su nombre.

Por mi parte, aún lloro cuando camino solo bajo la sombra nocturna de los jacarandás. Me tomo una cerveza e imagino que aún conversamos banalidades. Triste porque nunca pudo ver su sueño hecho realidad.

-Salmón Asao





Categoría
POESÍA

El arcoiris me queda chico / La B. vulgaris.

I.

cargo un caparazón
como si fuera una tortuga
cargo el caparazón
como si fuera un cerro entero
subo ese cerro
cargando ocho piedras
o más ya no recuerdo
porque siempre las pierdo
o me las roban
cargo un arma
por si me asaltan de nuevo
nadie sabe que solo
dispara agua
cargo conmigo
y con el pueblo entero
cargo este pesado lápiz
su ligero trazo
lo quema todo

II.

los maestros del amor hacen ríos y jardines con las piedras secas
ellos cantan al cuerpo más azul con su vino pincel
y la noche florece vergel sobre el concreto al oír su voz de dinamita

un sonido mecánico me desplaza

la semana sueña se abotona el viernes la noche se embriaga en el tráfico los claxones
se maceran en el aire y yo sigo sin saber dónde bajarme

quería jurar nuestro amor sobre el cemento
poderte decir corazón par diástole que bebe de mi sístole rosas todas claro que sí
pero la sabiduría nunca ha sido el camino de ganarme la vida y te mentí

a dónde ir si el cielo se abre
si del hueco en el cielo caen piedras
a dónde mi psicodelia de vaca flaca
mi ser pescado en el desierto



III.

a esta hora las luciérnagas nos indican por donde caminar
los semáforos susurran:
este camino ya te dio la espalda

botellas en una esquina
apiladas tiernamente
un periodico muy viejo
esconde una muerte empolvada

las tuberías hablan
tras mi paso

aca la calaca cae enana
descalza
baila la cumbia pa los migrantes
los supra altos
petroleros

aca el sol de negro
traje invade la noche
y las estrellas son botones
hogareños del desierto

gustavito- van
tuktuk/ tuktuk
cojeando su vejez
en la avenida
a pata de palo
a pata de pa

dos autos graban
cara a cara
la velocidad coqueta
de sus luces

pronuncie tu nombre
y los postes
se incendiaron

IV.

voy a clavar mi espada clavel sobre esta piedra
que el mesero me traiga la suerte en un trago
hay beatas a patas calatas
y diablos grises vigilan mi merienda
soy el hogareño más triste cuando hurgo en la juergas
cuando los colores jueves me quiero escapar por la cornisa
pero solo la risa del lenguado frente al reflejo del caracol
y su orejuela perfilando la noche
carita de oro le pone precio a la noche
para ocultar su pepita de ocre y soberbia
y sabes también quiero hablarte de mis miedos pero el color de este jueves me lo impide.

volví a no entenderme
volví al reemplazo de las constelaciones
unas orejas me miran
tomo la pildora la daga ese licor
q aprieta q solo soy un alterno me dice
y la verdad estoy...
dónde estás, llegas tarde
putamadre toca enfriarme en la puerta
la esposa serpiente la diabla usa bata
me golpea el culo con la parte trasera de la hebilla
me duele la metafísica espalda del karma
hubo un día tan rico el año pasado
sí, mano, y la verdad...



5.

papá me regaló unos chimpunes dorados
por mil noventa y cinco nuevos soles
podría ser el mejor jugador de la cantera

yo cantaba en la tribuna mirando la tarola y el bombo
casi nunca miraba el partido

papá quería ser futbolista y tenía dos baquetas viejas en su cuarto
nunca me compró una batería
los chimpunes me sacaban ampollas

ahora
yo conozco músicos
los músicos invitan a mis novias a sus fiestas
pero no conozco futbolistas
y tengo una hernia en la espalda

VI.

looking for that something else

el angel
solo se te aparece una vez, chibolo
y el precio de una navajita maldita
son quince ramos de flores silenciosas

es que estos policías apestan y no te respetan ni el webito
ni ninguno de los otros sentidos
y me ordenan
como no son humanos ni animales
me ordenan
devorarme el cadáver de un viejo mal nacido
devorarme la ciudad hasta quedarme sin mandíbula

nada es una pérdida de tiempo,
Jave, me voy a mover como una serpiente
porque algo me ha salido mal
y lo tengo que arreglar

ellos justifican su trabajo como una religión
no sueñan: tienen gas lacrimógeno
no aman: tienen gas lacrimógeno
ojala mueran en la calle como perros asustados por las piedras invisibles
como peones de ajedrez que se mienten a sí mismos

porque mis ojos son puertas
y las larvas fuman mármol al borde del desagüe
donde la esposa del sapo
amamanta a estos zombies perdidos para un brujo
que desenrosca como un foco la luna desde su ventana
porque mis ojos son puertas
y he visto que las larvas poseen las llaves extintas de la noche

i am looking for that something else

i am looking for that



17.

quiero al escribir atravesar el lomo fino de tu cueva santa la travesura
de nuestros cuerpos arrechos cuando todo el cuerpo somos labio
ese rico perfume que recuerdo quiero cremas papas fritas después del sexo

atoro de perlas el eco en mi garganta el hoyo vivo en este espacio de hoyos pares
cuerpos vivos de nadie sabe cuerpos de yo tampoco

todas las fracciones de mi alma que orbitan las estrellas
se amontonan junto a las piedras que lloro junto a las piedras que escribo
yo barnizo las piedras con el destilado de mi alma
y una por una formo una torre donde todos se dan la mano hasta hacer el amor

entonces ya nadie discute con sus piedras y los lunares en mi cuerpo titilan para todos
los lunares de todos los cuerpos
para ti mi picaflor de oro en el rosedal mi avecilla aplastada contra el pavimento

lamo tu piedra hasta hacerla un diamante
y nos sumergimos en estas avenidas con mis dedos de lagarto
yo te tomo de la mano y te digo
mira cómo mi brazo se estira mira
cómo a pesar de la distancia te sigo agarrando de la mano

no podría atravesarme una espada sino es tu voz
así sea condenado de por vida a escalar torres para buscar tu alma
así sea condenado de por vida a masticar almas para nunca soltarte de la mano
no podría atravesarme una espada sino es tu sola voz sobre mi cuerpo celeste
rompiendo nubes torres pieles lunares
la orgia que es mi fiesta el bacanal zafiro de esta peste
y te amo y eso está en alguna parte del universo y no se mueve
y te amé y eso crea como un ano crea
y te amo con la eternidad de los ángeles que curan las heridas
y te amaré como una rana que custodia un pantano
pero ya no te amo y aquí es preciso detenerse
dejar de escribir para salir a contemplar
la viscosidad tornasolada de la calle
responder a la llamada de los pájaros sin suerte
y quemarlo todo para que no nos falte nada

Remanente.

esta ciudad es tan grande
que solo nos tiene a nosotros
no confundamos un diablo con el diablo
estás llorando lo claro y lo visible

una piedra que se siente ligera
no sabe que carga
el equilibrio del contorno

creo que ya no hay acá
la esperanza que he soñado
el hecho que te sostenga una invasión

avanzo sin llegar a ningún lado
para otros dejo el amarillo
las serpientes se paran en mi cuerpo
el cuerpo no tranza con su sujetador

soy una estrella esmeralda
una tortuga y una cerveza
uno
durante la sensación que hacer hoy

pregunta quién y lo veras crudo

miel de angel
manejas saqueos deliciosos
tú siempre me hablas con imágenes
a lo bus me voy contigo

cuando despierten las lágrimas huyamos cerca de ti y yo
mientras estoy cazando al punto de no retorno
me siento como princesa enjaulada
desde que me diste este sol para divertirme
saca la mano que te baja la mano
su opinión, bolsa de años
que recibirme con la soga al cuello
que mis piernas pudieran levantarse mejor

ponla vomitando mi cara por favor

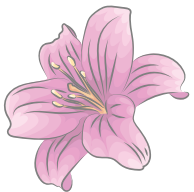


esa pieza de pastel de mierda
dos leches y un recreo
para ella es un sol.

Por eso dejé por primera vez mis poemas en el estómago
y el ruido
siguió siendo ruido.

.

- Ludo Cortez



Sobre mis miedos

1

PRONTO SERÉ DEL PASTO

Querer dejar la vida sin pensar en lo más mínimamente grande grandísimo y pequeñísimo como las letras de esta hoja y como las letras de mi teclado y como mi pared, como mi mundo, y querer dejar. A veces yo escucho y me escucho un poco trastornada, pero luego recuerdo “solo somos parte de una creación” y me oculto.

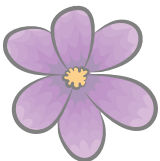
Creo estar destinada a la tristeza, tal vez pareciera que no. Ya no aguanto y ya me cansé. Mi cuerpo ya no tiene forma. Mi mente ya no camina y mi corazón solo sangra. —Hay muchas cosas que hacer, pero ni el calendario me sirve— Pocas ganas de vivir, pocas ganas de decir ¿qué pasaría? ¿qué pasaría? ¿qué pasaría? Temo al pasto, pero aquí estoy tocando las hojas. Mis amigas. Lamento recostarme de vez en cuando. Ya no quiero intentarlo.

En el fondo de la gaveta tengo a la enemiga, pero yo? no me reconozco hoy entre mis cosas. Entre mis enemigas estoy ¿qué pasaría? ¿qué pasaría? ¿qué pasaría si...

2

ORUGA

debajo de mí
espero encontrar
además de
 mis patas
un poco de valor
soy una simple oruga
y mi propósito
no está en la tierra
tal vez si miro
 más arriba
pueda algún día volar
 ¿qué se sentirá ser libre?
alzar los brazos y sentir
el aire borrarle los dolores
cantar desde el cielo
que estoy bien



3

Así de imperceptible como el arroz
dijo un día la ciencia
que cuando estás en Casa
pensando y sola
tiritita el corazón a 60 latidos por minuto

4

LA JAULA YA NO EXISTE

a Alejandra Pizarnik

señor
la jaula ya no existe
y tengo miedo
qué haré con él

la jaula de la que te hablaba
que encerraba
se ha ido
no sé qué hacer o qué sentir
ya no sé gritarle a la muerte
cuando se posa sobre mi sombra
ahora le aúllo
y la muerte me sonríe,
le sonríe a mi locura

tengo miedo
tengo miedo y no sé qué hacer

el aire que viene
me castiga y me lastima
este aire me mata
y se come mi sangre

es la hora del vacío que ya no es vacío
llegó la hora de transformarme frente a esta libertad
contemplar las creaciones
que ha tenido mi nombre
llegó el final de lo que soy



5

ya no seré la de antes

el miedo que tengo me destruye
como todo lo que he construido
todo continuará igual
el vacío siempre será vacío

pero mis brazos
aferrándose al mundo
que yo desgraciadamente soy capaz de conocer

arroja mis partes muertas
así como las flores morían en mis manos
ahora muero yo sobre mí misma

recuerdo mi niñez
como si fuera ayer
me resigno

señor
la jaula ya no está
y ya no tengo esperanzas
he perdido

señor
la jaula ya no existe
tengo miedo
qué haré con él

6

me quise matar y mamá comenzó a peinarme.
por cada cabello trenzado se me secaba una lágrima.
por cada cabello suelto se me soltaba una lágrima.
Me quise matar y ahora llevo una trenza.

Autora: Lesla



Manifesto

Difusión

Una cadena de sucesos

puede acontecer

entre murallas (in)visibles

entre líneas trazadas

immaginarmente

entre un punto y otro

de algún plano

entre la materia compartida

y las ideas sobre ella
erigidas

entre cuerpos 交换 información

(sin/con) tacto

entre discursos

que aceleran

s u t r a n s m i s i ó n virulenta

entre virus

que aceleran

s u t r a n s m i s i ó n discursiva

por y/o al aire

entre organismxs enfrentadxs

sin distinción de tamaño

entre individus enfrentadxs

por su condición

individual.

Desasosiego

Ahora supóngase la identificación del problema

enmarcada EN UN GRAN

TITULAR

no un plan de trabajo concreto

sino un circuito de palabras

que en los espacios susceptibles de dubitación

imprime su

hhhhhhhhhhhorroooooooooooooorrrrrrrrrr aaaaaaalllll vvvvvvvvaaaaaaccccclliiiooooooooo

replicando letras

replicando a través de palabras

el sonido prolongado de una alarma inquieta:

ensordece

genera disturbo

incita la toma de medidas inmediatas

ante un fin del mundo inminente

que exige medicar al cuerpx (el ánimo).



Desesperación

Una vecina observa todo el proceso
en la portada de dos mil diecinueve diarios
they are announcing
el alza de los precios
de enseres
que almacenaba
en una bodega alquilada

Siente su primer picor en la
garganta

traspasa saliva

mientras realiza un cálculo
mental

Resta: la esperanza de vida – su edad actual
Obtiene: un estimado del tiempo que le queda para actuar
Raciona: 4/5 para superar sus condiciones materiales
1/5 para ejercer su voluntad

Ajusta su presupuesto
hasta que reabierturen la vía pública
y si experimenta incertidumbre
se refugia y espera
porque
Ya va a venir el día.

Depresión

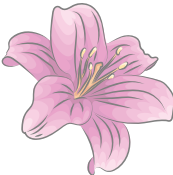
En su casa
una hija espera una
hija aguarda
la máxima duración
de la PC a cuotas

Y cada mes transcurrido
representa un provecho
desde la inversión

Y cada mes transcurrido
representa un desgaste
del medio

En su casa
una hija le pregunta a la máquina: dónde están los otros
habría que buscar a los otros
habría que interpelar el más allá
de la imagen

En su casa
una hija con el culo aplastado contra el
asiento le pregunta a la máquina:
si conoce el dolor
habría que buscar la cura
habría que saber si existo.



Desvarío

el Estado de las cosas está alterado

la hija con el cabello greñudo la madre con la mirada cansada
atuendo igual al del año anterior de piel marchita y agitada
redacta su CV en LinkedIn decide soltarse
en el cruzan
pasadizo se
las dos
(im)pacientes
por que el reloj marque la 6 pm
que se oscurezca el cielo
y se enciendan sus linternas
que se trasgreden las normas
y se devuelvan los abrazos pendientes
que se retorne a saberse en el mundo
y, en lugar de sobrevivir, se viva

Tic Tac Tic-

el reloj que suena apremiante
el vigilante que por la calle constriñe

la Alteración de las cosas es el estado

Desandado

A las 11 del día posterior
musphanchis
 la luz del sol por la ventana nos enceguece
 los rayos queman más fuerte
 una mujer a mi lado
 me abraza
 como quien no abraza a su madre
 desde hace dos años
 porque sabe que no volverá
 cuán fuerte es su presión
 la presión
 de quien regresa
 sobre eventos pasados
 porque intenta hacer sentido
 de las cosas
 aun cuando por fin tiene las puertas abiertas
 del mundo por delante
 la extrañeza de lo cotidiano es más fuerte
 y ahora nos preguntamos
 entre nosotras
 si nos conocemos
 y comenzó todo ¿cuándo/dónde?

Seudónimo: Ingravidad



Des-demia

Manifiesto

I

Un poema que no se escribe desde la degeneración o el vicio
cae en un vacío:
un vacío material

"MUERTE

A

LOS

POETAS HIGIÉNICOS"

Victoria Guerrero

La única forma de escribir un poema
es ensuciando la hoja en blanco
tanto como se hace con el papel higiénico.

II

Como el cuerpo perfeccionado
propongo una nueva exploración
de la poética confesional;

una que no tenga tapujos en la boca,
tal vez alguna verga
tal vez miles de diferentes vergas

y que esta boca escupa,
escupa todo el semen viscoso
y construya

su poética desde tal degradación
que cree el asco,
que cree el terror de los padres.

Propongo una nueva poética confesional
como el cuerpo perfeccionado
antes de una orgía.

III

Como la puta que sodomiza a su cliente,
la Poesía toma de mí
la escritura
mal llamada libertad.

Se hace necesario abandonar el lenguaje ejemplar,
estas bellas letras,
por un lenguaje que haga llorar a mi madre.

Como un proceso de des-politización / des-identificación
la Poesía solo se puede escribir en el leisure time
aun cuando trabajar cansa.

Casi aburguesada,
la Poesía se vuelve un lujo que ha de ser ensuciado.
Casi tan sucio
como la mente de la puta que soy,
esta,
que me obliga a desechar en la hoja

Poética.

TODOS MIS años de preparación
de una familia mojigata
a un colegio católico
me llevaron a esto:

Perder la virginidad a los 15 años
con la vergüenza que solo el placer puede otorgar.

La sodomía dista de ser un arte
pero mira a los cuerpos
pegarse sudorosos como animales;

sentir placer dista de ser un arte
pero cuando el pene ingresa en el ano
con un poco de lubricante
sientes como tu cuerpo ha sido moldeado perfectamente para esto.

La suciedad de tu cuerpo
se beneficia del placer:

aquí todo se goza
desde el sudor hasta la lengua que lo lame
desde la mierda hasta el pene que se embarra en ella.



TENER 20 AÑOS no cambia nada
salvo asistir mensualmente al psiquiatra
por pastillas
que calmen los impulsos sexuales

salvo asistir cada tres meses a la clínica
por pruebas gratuitas
de VIH y Sífilis.

Me encuentro en las calles,
casi como un demonio suelto.
Lima y su asquerosa libertad destruye a sus hombres /
su hambre voraz
me obliga a devorarlos hasta dejarlos todos muertos.

HOTELES de Lima
en ellos la ciudad se pulveriza mediante el silencio
Carmen Ollé

60 soles por 3 horas
con un hombre que acabo de conocer
me parece un intercambio justo un intercambio digno
para pulverizar las perversiones.

A veces ni me desvisto por completo,
el trabajo ha de completarse rápido y sin mediar palabra.
Me bajo el pantalón lo suficiente como para mostrar las nalgas,
espero que el hombre se ponga el condón
y rompa el sachet de lubricante de 3 soles.

Es una imagen de revista:
el cuerpo suspendido
y siendo cogido por las manos del otro
el pene entrando por el ano,
bocas abiertas reproduciendo gemidos

(¿de placer o dolor?),
el vaivén del choque de los cuerpos,

casi uno puede creer que gozo en este acto.

La cuestión es esta: nunca es suficiente,
aun así se lo haga creer al hombre
con discursos suciamente clichés,
su cuerpo no es suficiente.

Tengo que dejar volar mi imaginación,
cerrar los ojos fuertemente
para imaginar cuerpos que no me tocarían
cuerpos como el de mi padre o mis terapistas,
ahí es cuando gozo.

Se debe sacar el placer de la neurosis.
Veo a este hombre — que ni puedo llamar amante —
sudar como un puerco,
gemir como un puerco en el matadero,
y lo veo morirse encima mío.

En deseos sádicos
me quedo viendo al hombre tirar el condón usado y manchado al suelo
rascarse el pubis,
recoger sus ropas—
lo mataría,
pero en la debilidad masculina se haya la compasión.

Descender las escaleras del hotel
y que las cosas vuelvan a su antiguo espesor.
Mariela Dreyfus

Espero en las escaleras a que desaparezca este hombre,
él mira a los lados como si alguien lo espiara,



como si hubiera alguien esperándolo a media cuadra,
su esposa, sus hijos;

yo salgo, me despido del portero,
y busco
al siguiente hombre.

El deseo controla el cuerpo como la burguesía hace con la democracia liberal

Hoy orinaba en un baño universitario
y mientras miraba a los lados
encontré un vello púbico negro en el urinario

Sin resistirme,
pase mi dedo índice por ese vello,
lo capturé
lo miré fijamente
imaginándome de quién podría ser;

¿será del decano de mi facultad?
¿será de mi profesor de Teoría Literaria II?
¿será de mi colega de la especialidad de Humanidades?

Mire a los lados y no había nadie,
nadie ni nada que me dé una pista
a quién se le hubiera caído de su pubis,
a quién podría devolvérselo.

Lo huelo,
tal vez aún huele a semen seco
tal vez aún huele a orina
o tal vez huele a sudor luego de una exposición.

De quién será este vello...
sin respuesta alguna,
me lo metí a la boca
y al sentirlo húmedo,
lo tragué.



LE HE PEDIDO a D que orine en mi boca para reproducir comportamientos coloniales camuflados en un comportamiento vicioso y sucio que hará que él goce de placer y yo en intelectualidad.

Me pregunto cuántos negros e indios han sido orinados por hombres blancos, y cómo la historia ha vomitado dichos actos hasta llegar a mí y mi deseo perverso. Según ciertos artículos sociológicos e históricos, los hombres colonizadores sodomizaban a sus esclavos como una forma de mostrar su poder y de bajar la calidad de ser-Hombre de los esclavos. Claro, una lectura feminista también podría hablar sobre la feminización del cuerpo negro o indio a partir de esta misma sodomización.

(El deseo de ser una Alteridad sumisa invade la página; la censura y tentación a bajar el tono del texto se encuentra alrededor mío, pero abstenerme a seguir relatando el acto hace que me contradiga con el manifiesto; acto que me parecería higiénico)

Me pregunto en qué quedará mi militancia comunista después de este acto de rendirme a la orina de un hombre blanco europeo. Tantos años de nombrarme como fuerza revolucionaria, reactiva a la opresión, sintiendo mis cadenas; para que yo pida que me chorreen unas cuantas más...

Quiero ser un perro, un animal, me pondré en esa figura mientras espero el chorro. Una bestia.

Gabriela Wiener en un artículo mencionaba cómo llamaba a su amante blanca "folla-indias" para trabajar en su descolonización; tal vez, el acto que estoy a punto de realizar es lo mismo que llamar folla-indio a mi amante; tal vez Wiener debió pedirle a su amante que le orine encima para entender de verdad el rito de la descolonización.

Lo veo sonreír. Quisiera que me abofetee para sentirme como un ancestro mío luchando por las tierras contra el gamonal.

Me postro como un perro en espera de la orina, con la lengua afuera y me siento como un porn-star. Me dice que por los nervios no puede orinarme, que siente mucha presión, que necesita de concentración y cierra los ojos para no verme. Me he conseguido a un blanco domado y pasivo. Uno que no puede ejercer su labor como la historia lo obliga.

Apenas siento el chorro caer por mis mejillas, sonrío y cierro los ojos.

Hay una calidad sucia en este acto que se debe más allá de la orina en sí, sino a los códigos impuestos que nos rodean. Qué hay de diferencia entre un chorro de agua y un chorro de orina, más que la carga simbólica que carga uno y lo otro.

Que un hombre blanco pueda producir un símbolo sucio también entra en contradicción histórica. Aquí el proceso de descolonización. He transformado el cuerpo idóneo de mi amante y lo he convertido en nada más que un productor de suciedad, casi como el negro significa en la sociedad.

Esto me devuelve el poder que por mi color de piel se me ha negado, he invertido la estructura. Tragar la orina como si fuera agua es mi victoria. Soy yo quien ha convertido a este hombre blanco en sucio.



Conversación con el psicoanalista a partir de los poemas

— *Sonríes.*

*Parece como si te encantara o satisficiera
contar tus fantasías.*

Lo hace. Claro que lo hace.

Creo que eso es lo que me separa del resto.

“De mis contemporáneos me alejan las dificultades de no ser trivial”,
decía un verso de Carmen Ollé.

Se me dificulta, pues, poder adecuarme
o mejor dicho, adecuar mis fantasías, los procesos de mi mente
estas maquinaciones
al status quo.

— *¿Podrías elaborar?*

Vivimos en una sociedad altamente sexualizada,
pero esta sexualidad
solo es permitida mientras no roce los tabúes existentes
esos impuestos por la normativa burguesa anti-sexual.

No hablaré del conservadurismo,
del movimiento religioso reaccionario que se ha fortalecido,
me parecería una redundancia y pérdida de tiempo hacerlo.

Esta vez iré en contra de quienes se dicen progresistas:
Esta sexualidad “libre” alimentada por un feminismo liberal
que hace que mis amigas cercanas puedan compartirme
sus “locuras” sexuales.

Obligan a sus hombres a tener sexo a todas horas,
se autoproclaman adictas,
pero apenas yo abro la boca
y cuento mis experiencias sexuales

sea con taxistas o los sheriffs de PUCP,
se alteran, no me lo aceptan.

— *¿No crees que se encuentra el factor de clase?*

Claro que sí,
ellas son aburguesadas,
tirarse a un taxista o guardia les daría asco,
entonces, ¿dónde se encuentra su adicción al sexo?

Seré un poco más malvado,
no es solo con taxistas,
si les cuento mis experiencias de sexo grupal en Europa
les molesta les da asco,
no les gusta que yo haya tenido sexo con más de diez personas en una noche.
Sin importar que estos hombres hayan sido
blancos europeos colonizadores.

Su liberación sexual parte de una monogamia estandarizada,
claro,
ellas son adictas al sexo
siempre y cuando repliquen el tipo de pareja
que llevan sus padres blanco-burgueses.

Aquí otro ejemplo,
cuando ellas cuentan sus fantasías,
se llaman locas enfermas,
pero ¿sabes cuál son esas fantasías?
que sus hombres las ahorquen,
las escupan,
las nalgueen,
las abofeteen.

Simplemente eso.
Cuando yo les digo que eso no es la gran cosa,



que M me ha pateado en las partes un par de veces antes de follar,
se quedan mudas.
Ni pensar contarles que me bebí la orina de D.

Las perversiones que tengo en mente,
las que alimentan los poemas,
son demasiado para ellas.

Nunca soportaron la idea que
cuando me violaron
una parte en mí gozo de eso,
una parte en mí quería que sucediera eso,
una parte en mí había fantaseado que él me tomara,
no por nada escribí en mi diario un poema
que iba así:
«una persona es sentenciada a volver a casa
y masturbarse
luego de ser violada».

Claro, hubo una gran parte en mí que hubiera deseado que eso no sucediera,
por eso lloré y supliqué a mi amante que pare
y lloré más cuando él no lo hizo,
pero ¿por qué no hablar de esa pequeña parte
esa pequeña voz?

Creo que la poesía debe darle voz a esa personita que me habita,
esa personita que aún se masturba
recordando detalladamente el acto.

Toda mi poesía ha sido construida así,
para irrumpir con el status quo burgués de la sexualidad.

Muchas veces no puedo cumplir las fantasías, claro,
pero por eso no debería desecharlas.
Varias veces he escrito sobre querer tirarme a mi padre,
posiblemente nunca lo haré,

¿eso me inhabilita de escribir sobre el acto?

—¿Crees que haces la revolución desde tu escritura?

Hace años dejé esa utopía de lado.
Lo hago para molestar más que para mover el mundo.

Perdí varios amigos por esa utopía.
Me peleé con todo un Centro Federado por esa utopía.
Decían que era muy radical...

No creo que haya nada revolucionario en mi poesía,
simplemente se encuentra mi filosofía de vida.

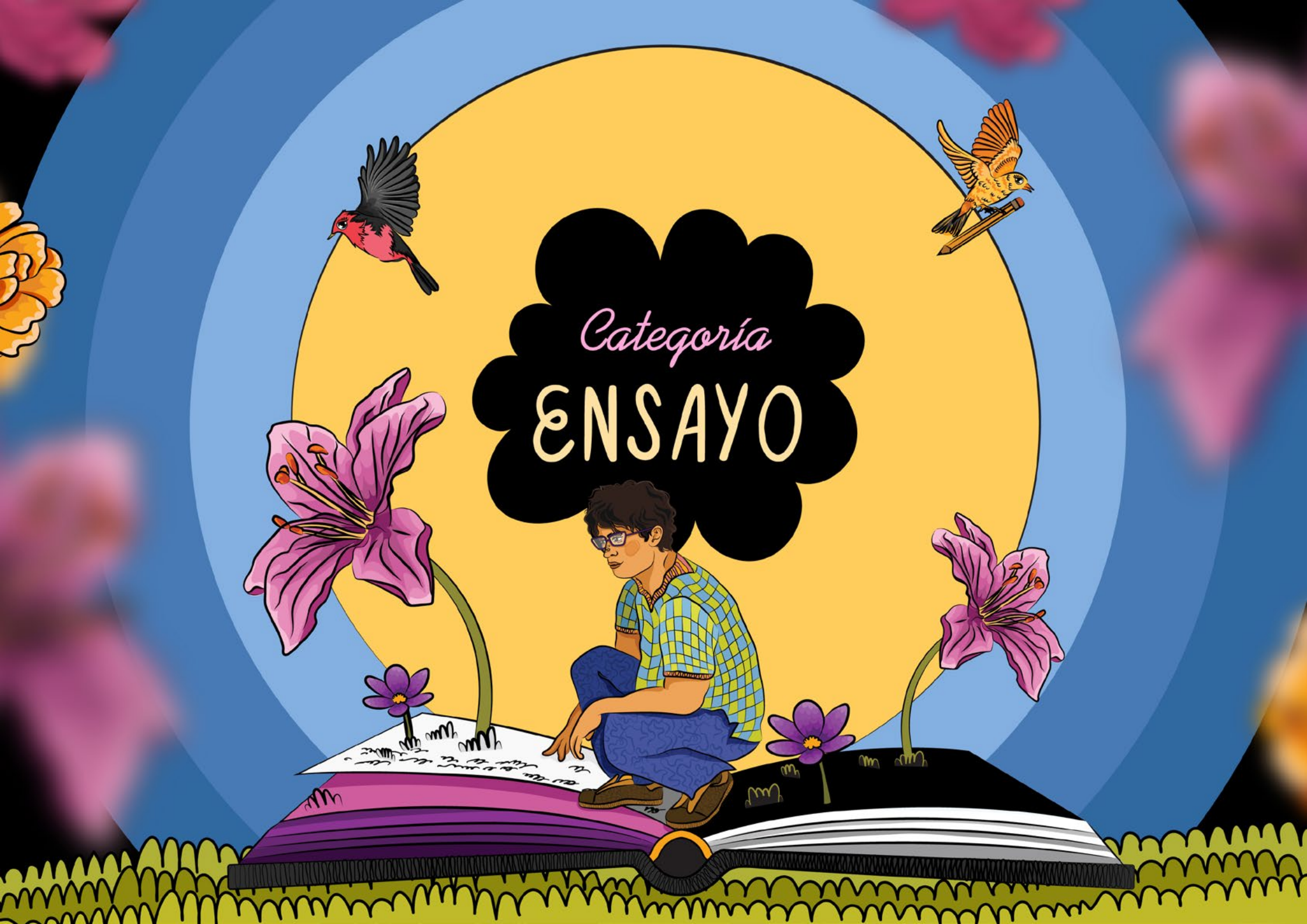
La poesía solo se puede escribir desde el vicio,
de lo contrario, no mueve nada,
nada de nada, ni siquiera el papel en que se encuentra.

Qué malgaste de tinta y tiempo por un poema banal;
poesía banal,
claro, esa poesía
tal vez gane un concurso,
un Copé o un Watanabe o alguno de los Juegos Florales Universitarios,

pero está muerta,
estática, sin luz, sin color,
muerta
y qué extraña manera de estarlo.

Seudónimo: San Jeanne Lemebel





Categoría
ENSAYO

“Del sentimiento de lo absurdo a la alienación: una ruptura del vínculo entre el yo y el mundo”

En la mitología griega, Sísifo –rey de Corinto que intentó burlar la muerte– fue condenado por los dioses a realizar eternamente un castigo absurdo: debía cargar una pesada roca sobre sus hombros hasta la cima de una montaña desde donde la roca volvía a caer y este bajaba para volver a empezar. Sin duda, se trataba de un castigo inútil que suprimía toda esperanza de un porvenir más elevado.

Con el fin de graficar la absurdidad que impera en el mundo de los hombres, el filósofo y novelista franco-argelino, Albert Camus, se vale de este mito griego para postular desde una filosofía existencialista el problema de lo absurdo. De este ensayo parte toda su filosofía y literatura posterior sobre el absurdo. El absurdismo se entiende como la postura filosófica que niega un sentido intrínseco a la existencia humana o un propósito trascendente de su pasar por el mundo. Ya en el siglo XIX y XX algunos filósofos como Søren Kierkegaard y Lev Chestov se han referido a lo absurdo; sin embargo, han optado por aparentes salidas o superaciones que se depositan en lo que trasciende al ser humano. Por el lado contrario, Albert Camus afirma que el absurdo es un asunto únicamente humano, pues es el espíritu del hombre consciente aquel que lo detecta y, a su vez, aquel que queda condenado por este hasta encontrar una salida propia.

Al parecer, al autor no le interesa tanto el Sísifo que empuja la piedra cuesta arriba como el hombre que ve caer la roca al punto de inicio y mientras baja para repetir su cometido, se pregunta si tal castigo, en el que su vida se ha convertido, merece realmente la pena de continuar. En el momento en el que Sísifo se encuentra bajando por la montaña camino a su roca, se activa en él una conciencia que advierte la futilidad de su existencia, la banalidad de permanecer cargando la misma roca día a día hasta su muerte. “Si este mito es trágico lo es porque su protagonista tiene conciencia”, son las palabras de Camus a este respecto (2023, p. 139).

El propósito del presente ensayo es examinar detalladamente lo que Albert Camus postuló como *sentimiento de lo absurdo* en su ensayo filosófico *El Mito de Sísifo*, para que, una vez clarificado, se pueda establecer la relación entre este sentimiento y el concepto de alienación de Harmut Rosa. Para construir esta relación, es necesario esclarecer el significado de esta primera cuestión. Por lo que, como primer punto, se explicará el sentimiento de lo absurdo tal como lo presenta Camus en el mito; seguidamente, se explicará el sentimiento de lo absurdo desde un análisis teórico-filosófico que lo define como una ruptura del vínculo entre el yo y el mundo; y para concluir

este primer punto, serán presentadas las evasiones a las que Camus hace mención para referirse a las salidas o huidas más comunes de este problema. El segundo punto intentará establecer una relación directa entre lo absurdo y el concepto de alienación de Harmut Rosa; esto con fines de enmarcar el sentimiento de lo absurdo como uno de los problemas predominantes en el contexto de la modernidad tardía. Al recurrir a este concepto, proponemos establecer una relación entre la insatisfacción generada por la vaciedad o ausencia de sentido del sujeto alienado y el sentimiento de lo absurdo que Camus nos presenta en su ensayo.

El sentimiento de lo absurdo en el Mito de Sísifo

El sentimiento de lo absurdo suele confundirse con el concepto o la noción de lo absurdo, que va más allá del clima y evoca un universo completo y una consiguiente superación. No es el caso de este ensayo, que pretende analizar únicamente aquella contradicción que detecta el espíritu humano al activar su conciencia. Como anticipa el autor: “Aquí sólo se encontrará la descripción, en estado puro, de un mal espiritual. Ninguna metafísica, ninguna creencia interviene en ello por el momento” (Camus, 2023, p. 12).

Si surge en Sísifo un sentimiento de insatisfacción e inutilidad es porque posee un espíritu humano capaz de advertir tal incoherencia. Si este hombre fuese el mismo parte de la roca, si el automatismo que implica su castigo nunca le permitiese detenerse a pensar, no habría problema alguno. Sin embargo, por suerte o por desgracia, la distancia figurativa que se crea entre la cima y la roca, que ha caído por su propio peso al inicio del trayecto, le permite a Sísifo interrumpir la mecánica de este circuito eterno y sentir la absurdidad en todo su esplendor.

Al introducir el mito griego, la semejanza con cualquier individuo contemporáneo es más que evidente. Es por ello que el propio Camus (2023), al reflexionar sobre Sísifo, comenta que “el obrero actual trabaja durante todos los días de su vida en las mismas tareas y ese destino no es menos absurdo”. Añade también, que esta infinita e inútil labor no sería trágica si el sujeto no tuviera esos momentos de conciencia en los que siente el clima absurdo (p. 139). A continuación, Quesada (1982), en su artículo para la revista *Teorema*, cuya parte inicial relaciona la roca de Sísifo con el eterno retorno nietzscheano y la voluntad de poder, se refiere al momento exacto de la aparición del sentimiento de lo absurdo en el mito griego de la siguiente manera:

¿Cómo toma «conciencia» de la tragedia?: quien levanta la Roca - sin fin causal ni temporal- no es el mismo, escribe Camus, que quien «se dirige hacia la roca» tras haberla echado a rodar inútilmente. En ese ir «hacia la roca» emerge la conciencia del Individuo que se contempla condenado al Absurdo. Se establece entonces algo fundamental: en ese momento Sísifo ya no es la Roca, no es el «objeto» sin más en manos de los dioses porque esa conciencia lo encamina ya hacia el «desprezio» y le



sirve de inapreciable «catalizador» para su rebeldía (Quesada, 1982, p. 213).

Esto quiere decir que, cuando la actividad maquina se detiene, la objetificación del sujeto llega a su fin. De esta forma, el sujeto, que había sido despojado de su subjetividad, vuelve en sí para contemplarse a sí mismo como sujeto capaz de autopsarse. El hombre deja de ser una pieza más del circuito para reactivar su conciencia y discernir sobre su presente.

En el ensayo completo de Camus, el protagonista de esta historia pasa de sentir la opresiva incoherencia o contradicción a, finalmente, aceptarla y encarnarla él mismo. Sin embargo, por el momento no nos interesa profundizar en la superación de ese sentimiento, sino analizar cómo surge esta sensación, en qué formas se presenta y qué consecuencias acarrea. La mitología, por ahora, cumple la función de ilustrar la contradicción resultante de una actividad sin sentido. Por tal razón, habiendo llegado a este punto, es pertinente explicar el sentimiento de lo absurdo en sí.

El divorcio entre el yo y el mundo

El sentimiento o la sensación de lo absurdo puede entenderse como lo que resulta de la interacción entre el sujeto y el mundo. Entre el llamado humano que exige respuestas y el mutismo del mundo que, con su irracionalidad, solo agranda estas dudas, el absurdo aparece como el divorcio de dos partes incapaces de converger. El propio autor lo explica de la siguiente manera: “Lo absurdo nace de esta confrontación entre el llamamiento humano y el silencio irrazonable del mundo” (Camus, 2023, p. 36). Por lo tanto, el absurdo se explica como la fractura entre el hombre y el mundo en el que habita. Esta distancia que separa al sujeto del mundo se hace notoria por su propia conciencia, sin esta no existiría tal contradicción.

Cabe resaltar que lo absurdo no recae en alguno de los dos términos de la interacción: no ocurre que el llamado humano es absurdo en sí mismo o que el mundo en el que este vive sea absurdo de por sí. Ninguno de los términos es absurdo per se; absurdo es el resultado de este desencuentro, y el sentimiento de lo absurdo es la primera manifestación de la contradicción captada por el sujeto en cuanto se detiene a observar el panorama completo. De hecho, Camus (2023) menciona que la primera de las características de esta singular trinidad es que no puede ser dividida. En este sentido, afirma: “Destruir uno de sus términos es destruirla por completo” (p. 40). Al descomponer esta trinidad, concluye que “no puede haber absurdo fuera del espíritu humano”; es por ello que “lo absurdo termina, como todas las cosas, con la muerte”; de igual forma, “tampoco puede haber absurdo fuera de este mundo” (2023, p. 40). Podemos comprender esto como una construcción lógica que necesita de ciertos requisitos previos para establecer su conclusión última. Por un lado, está la necesidad propiamente humana de claridad y de racionalización de la realidad. Por otro lado, está un escenario –mundo– que parece poner obstáculos para la satisfacción de esta necesidad humana; sin

embargo, este gran obstáculo no es otra cosa que su inhumanidad, incomunicación y mutismo. En otras palabras, el absurdo surge porque el hombre es *hombre* y el mundo es *mundo*, pero el hombre no está acostumbrado a aceptarlo. Sobre esta relación, Camus (2023) comenta lo siguiente:

Todo lo que puedo decir es que este mundo, en sí mismo, no es razonable. Pero lo que resulta absurdo es la confrontación de ese irracional y ese deseo desenfrenado de claridad cuyo llamamiento resuena en lo más profundo del hombre. Lo absurdo depende tanto del hombre como del mundo. Es por el momento su único lazo (p. 30).

Al decir esto, el autor ha puesto de manifiesto la única certeza que tiene el hombre consciente por el momento, es decir, lo absurdo. Lo que procede a continuación es aprender a convivir con esa certidumbre, tarea que le resulta complicada por su misma naturaleza, que requiere constantemente de explicaciones antes que de renunciamentos. Las ansias del hombre racional por encontrarle explicaciones a un mundo irracional, en términos que el pensamiento humano pueda codificar y reproducir, han impulsado su obstinada búsqueda de respuestas que permitan saciar temporalmente sus grandes dudas. Debido a esa angustia que genera el desconocimiento, este sujeto ha aceptado como verdades las leyes naturales de la ciencia y otras herramientas que puedan convertir al mundo en un objeto medible, tangible y predecible. El sujeto del que habla Camus no es un escéptico radical que pone en duda la propia existencia del mundo; de hecho, manifiesta:

[...] ¿cómo negaría yo este mundo cuya potencia y cuyas fuerzas experimento? Sin embargo, toda la ciencia de esta tierra no me dará nada que pueda asegurarme que este mundo es mío. Me lo describís y me enseñáis a clasificarlo. Me enumeráis sus leyes y en mi sed de saber consiento en que sean ciertas. Desmontáis su mecanismo y mi esperanza aumenta (2023, p. 28).

El problema de este sujeto es que, al poseer una subjetividad propiamente humana, también intenta “humanizar” al mundo en el que habita. “Comprender es, ante todo, unificar. [...] Para un hombre, comprender el mundo es reducirlo a lo humano, marcarlo con su sello” (Camus, 2023, p. 25-26). Esto quiere decir que el sujeto racional aplica sus facultades mentales en explicar el mundo; pero, al hacerlo, le atribuye lógicas humanas y busca la uniformidad entre su funcionamiento y el del objeto de estudio en cuestión. Con el afán de satisfacer su nostalgia de unidad, bajo la cual se sentiría en familiaridad –como en casa– con el mundo, el hombre intenta humanizar un mundo inhumano. Justamente, uno de los errores del racionalismo, ampliamente criticado en nuestros tiempos, ha sido asumir que el objeto funciona como lo hacemos los humanos. Por dar un ejemplo, esto ha ocurrido en la historia moderna cuando el *meditador* en su *Tercera Meditación Metafísica* afirma la existencia de



Dios valiéndose del *principio de causalidad formal o eminente*¹ para demostrar que, si existe lo eterno y perfecto en el pensamiento de los hombres, es porque ello tuvo como causa un ente perfecto y eterno. Utilizo este pasaje tan solo para ejemplificar cómo, a lo largo de la historia —cuyo discurso se ha dedicado a narrar los hallazgos de la razón— el ser humano, en su afán de claridad, ha ignorado el hecho de que aquello que intenta explicar, ya sea el mundo o ya sea Dios, no es humano. Por lo tanto, al mundo, o como se le quiera llamar a cualquier objeto no humano, no se le puede atribuir estructuras del pensamiento humano como principios generales válidos para explicar su funcionamiento.

No obstante, el hombre no solo busca comprender el mundo que lo rodea y sus fenómenos, sino también el propósito o sentido de su propia existencia. Lo problemático resulta buscar esas respuestas en un mundo que parece no reaccionar ante tales demandas, es ahí donde hace aparición la sensación de absurdo. El sentimiento de lo absurdo surge a manera de una sensación de vacío incolmable frente al deseo desenfrenado de claridad, propio de la especie humana. El ser humano no puede suprimir de él su necesidad de explicarse los fenómenos que percibe. Este mismo deseo de claridad es el que lo conduce a una insoportable frustración al chocar con un universo que no puede proporcionarle las respuestas que reclama. Por ello, el autor reflexiona de la siguiente manera:

Comprendo que, si bien puedo, por medio de la ciencia, captar los fenómenos y enumerarlos, no puedo aprehender el mundo. Cuando haya seguido con el dedo todo su relieve no sabré más que ahora. [...] Extraño a mí mismo y a este mundo, armado únicamente con un pensamiento que se niega a sí mismo en cuanto afirma, ¿qué condición es ésta en la que no puedo conseguir la paz sino negándome a saber y a vivir, en la que el deseo de conquista choca con muchos que desafían sus asaltos? Querer es suscitar las paradojas. Todo está ordenado para que nazca esa paz emponzoñada que dan la indiferencia, el sueño del corazón o los renunciamientos mortales (Camus, 2023, p.19).

En efecto, esta negación del intelecto puede ser humillante para el sujeto racional y científico, parecería contranatural ordenarle al hombre que deje de perseguir la verdad o que suprima su deseo de dominación. Frente a estas contradicciones al hombre se le presentan caminos de evasión, los cuales prometen librarlo de la carga de una conciencia que ha detectado la absurdidad.

Las evasiones a lo absurdo

Luego de comprender la distancia entre el llamado humano y el mundo irracional, lo que queda en la conciencia es un sabor amargo de inutilidad. Ya que este resultado no es muy amigable

¹ Véase *El principio de causalidad formal o eminente en las perspectivas cartesianas sobre la interacción del alma y el cuerpo* de M. Menacho (2011).

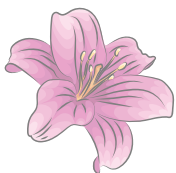
para el hombre en su primera presentación, el sujeto tiende a evadir para encontrar un lugar de aparente calma. El camino corto para enfrentar el absurdo parece ser la esperanza ciega o la aniquilación: la primera opción sugiere comodidad, aunque solo superficialmente, y la segunda es naturalmente indeseable. Camus considera estas alternativas como evasiones, siendo la primera de ellas el suicidio a secas y la segunda el *suicidio filosófico*. Camus (2023) define así este último concepto:

Me tomo la libertad de llamar aquí suicidio filosófico a la actitud existencial. [...] Es una manera cómoda de designar el movimiento por el cual un pensamiento se niega a sí mismo y tiende a superarse a sí mismo en lo que constituye su negación. (p. 51)

Refugiarse en esta actitud implica encomendar el dilema, que se debate entre el propósito intrínseco y la inutilidad de la existencia humana, a una realidad superior que sugiere una teleología. Esto quiere decir que, el sufrimiento humano será recompensado y sus dudas serán resueltas bajo la existencia de un destino divino al que se debe aspirar en vida, depositando una fe forzosa en algún tipo de divinidad o entidad inhumana y trascendente. Este camino lleva por nombre *suicidio filosófico* porque la duda e incompreensión humana es asesinada con un salto de fe a la aparente “tranquilidad”. El absurdo deja de ser un asunto humano y es depositado en lo divino para que cese de atormentar a la conciencia.

Respecto a las evasiones, primero se ha descartado el suicidio literal, que conduce al hombre a la muerte. Esto se debe a que tanto Sísifo como el ser humano tienen una tendencia natural a preferir la vida a pesar del sinsentido. Por algo, Camus nos dice en las primeras páginas que encontrar que la vida humana no tiene un sentido propio no significa directamente que valga la pena abandonarla. De hecho, al referirse a este dilema menciona que “no hay equivalencia forzosa alguna entre ambos juicios” (2023, p. 16). El hombre que se quita la vida está confesando a través de su acto que la vida no valía la pena de ser vivida; sin embargo, el absurdo por sí mismo no conlleva directamente al suicidio. El aniquilamiento no es la conclusión lógica resultante de esa certeza inicial, que es el absurdo. En segundo lugar, el problema del suicidio filosófico es que el hombre anula su propio pensamiento y, sobre todo en la sociedad postmoderna, el hombre no puede refugiarse en una esperanza que no tiene. Incluso para los cristianos, que optaron por este camino, ha sido imposible no volver a encontrarse con la absurdidad, porque la conciencia humana no se puede desactivar del todo.

Habiendo descartado las evasiones como posibles respuestas, el absurdo permanece como un asunto que solo el hombre puede resolver y el sentimiento de lo absurdo es un clima que solo al hombre puede angustiar. El salto de la detección del clima a la superación de lo absurdo no es inmediato. La sensación del clima de lo absurdo es un estado en el que la conciencia puede quedarse atrapada y hasta incluso desviarse, sin más, en rumbo hacia el automatismo inicial. No ocurre que el



hombre siente el clima de lo absurdo y en el siguiente instante lo acepta y supera. Cabe enfatizar que el sentimiento de lo absurdo es un estado en el que el espíritu se encuentra y sólo a él concierne superarlo.

El sentimiento de lo absurdo y el concepto de alienación

Antes de establecer la relación entre el concepto de alienación y el sentimiento de lo absurdo, es preciso aclarar la intención del autor sobre el comienzo de la insatisfacción que presupone la detección de lo absurdo. Cuando Camus describe este primer momento, que es el sentimiento de lo absurdo, lo hace sin afán de concluir en que acto seguido se logra la esperada superación. De hecho, Camus (2023), lo describe de la siguiente manera:

Suele suceder que los decorados se derrumben. Levantarse, coger el tranvía, cuatro horas de trabajo, la cena, el sueño, y lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado con el mismo ritmo es una ruta que se sigue fácilmente durante la mayor parte del tiempo. Pero un día surge el “por qué” y todo comienza con esa lasitud teñida de asombro. “Comienza”: esto es importante. La lasitud está al final de los actos de una vida maquina, pero inicia al mismo tiempo el movimiento de la conciencia (p. 21).

El hecho de que Camus haga referencia a un “comienzo” no equivale a que este comienzo sea tan solo un instante efímero. A partir de dicho momento, la conciencia ya ha sido activada; el hombre se hace consciente del absurdo, es decir, de la ausencia de un sentido intrínseco a su existencia, pero también de su insatisfacción y angustia resultantes de este descubrimiento. Sin embargo, sobre este último aspecto no tiene nada claro. Este estado de insatisfacción es comparable a un estado de alienación. La conciencia no ha llegado a sus últimos descubrimientos como para frenar los *por qué* constantes y no es poco común que se recurra nuevamente a evadir o al menos a asumir una postura de indiferencia involuntaria y reanudar el automatismo. Harmut Rosa, filósofo y sociólogo de la teoría crítica marxista vigente, encuentra en esta insatisfacción la evidencia empírica de que el sujeto moderno se encuentra alienado respecto a su mundo y a sí mismo. En cuanto a esta insatisfacción, Rosa (2016) comenta lo siguiente:

No es que el teórico social sepa misteriosamente cuáles son “nuestras” necesidades verdaderas, sino que es el/la consumidor/a mismo/a quien exhibe formas de insatisfacción y compensación que pueden ser analizadas, entre otros, por medio de la introspección atenta (p. 176).

El teórico social para Rosa cumple la misma función que el filósofo existencial para Camus al momento de diagnosticar este *mal espiritual*. No se trata pues, de concluir que el hombre no funciona

como debería, pues esto implica un paradigma del correcto funcionamiento humano previo al ser alienado. En ambos casos, solo se detecta y se analiza un fenómeno observable: la angustia e insatisfacción humana al sentir el clima de lo absurdo. Esto quiere decir que el hombre, al notar su propia futilidad, se siente frustrado y busca desesperadamente refugios temporales: en el caso de Camus, la esperanza de tipo religioso a través del salto de fe y en el caso de Rosa, la satisfacción instantánea producida por la adquisición de bienes y el consumo. Estos intentos de apagar la llama perpetua que el absurdo ha desencadenado hacen que el hombre se *autoaliene*.

Ahora bien, resulta interesante remarcar cómo Rosa y el existencialismo ateo de Camus convergen en la idea de un sujeto que ya no puede entregarse ciegamente al refugio que le proporcionaban los dioses. Retomando el concepto de suicidio filosófico ya antes explicado en *El Mito de Sísifo*, conviene complementar esta antigua forma de evasión con lo que postula Rosa. De esta manera, el descarte que propone Camus del camino que apuesta por el *suicidio filosófico* aterriza en un contexto contemporáneo, en el que Rosa (2016) puede afirmar lo siguiente:

[...] en contraste con otros tipos de regímenes socioculturales, como la Iglesia Católica, el escenario tardomoderno no brinda ideas ni instituciones que posibiliten una potencial “reconciliación”: todos los fracasos y carencias revierten directamente sobre los individuos. Es exclusivamente culpa nuestra si no somos felices o si no podemos mantenernos en la carrera (p. 177).

Desde luego, el sociólogo y el novelista coinciden en varios otros aspectos. Por ejemplo, Rosa también considera que el mundo es un escenario hostil para el llamado humano. De hecho, comenta que “para los sujetos en la modernidad tardía, el mundo (incluido el yo) se ha vuelto silencioso, frío, indiferente y hasta repulsivo” (p. 178). Cabe acotar que este mundo al que se hace referencia no es solo ese universo natural que por sí mismo es irrazonable, sino que se incluye la construcción humana del mundo, que ha instaurado prácticas y ha establecido estructuras que contribuyen al distanciamiento y la alienación del individuo respecto a los objetos. Reforzando esta última idea, el mundo no es concebido como la naturaleza en estado puro, aunque confieso que en algún momento pueda ocurrir esta confusión al leer *El Mito de Sísifo*. Sin embargo, tampoco es la intención de Camus plantearlo como una naturaleza pura y lejana, pues por momentos menciona un mundo en donde impera un automatismo creado por el hombre. Asimismo, Rosa (2016) describe de la siguiente manera el mutismo y distanciamiento del mundo al que Camus se refirió su ensayo:

[...] estoy convencido de que el “silenciamiento” del mundo, la “sordera” en la relación entre el yo y el mundo, es la preocupación más persistente y más amenazante en todos los diagnósticos de “patología” que hallamos en análisis sociales críticos de modernidad: la idea de que no podemos dejar de llamar al mundo y esperar una



respuesta que tal vez nunca recibamos, no solamente es la raíz de las crónicas existencialistas del absurdo, como decía Camus, sino que también se encuentra en el núcleo del concepto de alienación del primer Marx, la preocupación de Weber por el desencanto, el análisis de Durkheim sobre la anomia, la descripción de Lukács (y Marcuse, o Honneth) de la reificación y el temor de Adorno y Horkheimer ante la completa dominación de la razón instrumental (p. 179).

De lo aquí mencionado, es destacable que Rosa, además de incluir también como uno de los términos de interacción en la relación yo-mundo al llamado humano, añade, sobre todo, que la importancia está en la tendencia humana a *no poder dejar de llamar al mundo*. Aquí, el sentimiento de lo absurdo de Camus adopta la forma de *patología social*, concebida por la teoría crítica como un resultado del encuentro fallido entre el sujeto y el mundo; esta es, precisamente, la alienación. Dentro de esta secuencia de premisas, considero acertado establecer que el estado de alienación del yo es equiparable al sentimiento de lo absurdo de Sísifo y del hombre moderno; es su primera manifestación en el espíritu humano al detectar el clima de contradicción. Desde las nociones más antiguas del marxismo hasta la teoría crítica más reciente se ha acordado que la alienación –resultante del absurdo o del conjunto de prácticas sociales como el automatismo y la aceleración– es el obstáculo principal para la realización del concepto de una buena vida en la sociedad tardomoderna (Rosa, 2016, p. 11). Por lo que, podemos concluir que el sentimiento de lo absurdo es la constante manifestación de una insatisfacción que le impide al sujeto acceder a lo que entiende por vida buena.

Bibliografía

Camus, A. (2023). *El mito de Sísifo*. Caral Editores E.I.R.L.

<http://www.jstor.org/stable/j.ctv5vddf2.7>

Menacho, M. (27-29 de abril de 2011). *El principio de causalidad formal o eminente en las perspectivas cartesianas sobre la interacción del alma y el cuerpo*. VIII Jornadas de Investigación en Filosofía, La Plata, Argentina.

Quesada, J. (1982). El Mito De Sísifo (A. Camus) A La Luz De La Ontología Y La Política De F. Nietzsche. *Teorema: Revista Internacional de Filosofía*, 13(1/2), 213-223.
<https://www.jstor.org/stable/43047646>

Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración: Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz Editores



“Como una buena madre”: Un manual que toda mujer debe leer

¿Qué es primero: la mujer o la madre? La madre da a luz tanto al hijo como a ella misma.

Me encuentro en la sala de espera de una institución llamada Maternidad. Tanto adelante como atrás, hay solo mujeres con úteros fértiles y disponibles. Cada día miles de mujeres se unen a la fila; mientras unas entran, otras salen con bebés en brazos. Sus rostros irradian felicidad, esbozan una sonrisa, pero creo notar (o de repente solo es mi parecer) que varias de ellas se tatúan ese gesto que va de oreja a oreja. Raras veces las mujeres que ingresan a la sala de parto se cuestionan el requerimiento de su presencia en este lugar tan frío y solitario. Mi abuela me comentó que es parte de mi Naturaleza y que no debo indagar al respecto, tan solo resignarme a lo que mi cuerpo me indica.

Me pregunto cuándo será mi turno. Me pregunto en qué momento mi hermana se decidió, así como lo hizo mi madre. Escucho el llamado a la puerta y preguntan por Fernanda, mi otra hermana. Se acercan con tres cuestionamientos clásicos, que ya los había escuchado en el hogar de mi prima. ¿No crees que ya es hora? Se te va a pasar el tren ¿Para cuándo los hijos? Apenas Fernanda terminó su carrera profesional, esas preguntas la acecharon con frecuencia en la casa. Primero fueron susurros en forma de consejos, luego ecos de afirmación, y finalmente imperativos rotundos. La maternidad, lejos de plantearse como una elección libre, se posicionaba como una obligación impuesta por la sociedad. Mi hermana, finalmente, terminó por acceder. Entonces, ¿cuándo llegará mi turno en el juicio final?

Probablemente, al igual que mi hermana, ocurrirá cuando culmine los estudios académicos. En el siglo XXI, la mujer puede realizarse profesionalmente de la misma manera que lo hace el hombre; sin embargo, las aspiraciones de la mujer se detienen para realizar el proyecto que le ha sido adjudicado a su cuerpo. La trascendencia de este Sujeto es limitada, pues necesariamente se verá obligada a reproducir la Vida, caso contrario, se la hallará incompleta. En efecto, su realización en el ámbito público resulta insignificante hasta que se convierte en madre.

Como ya mencioné, mi hermana se convirtió en una de ellas. A partir de visualizar y ser parte de su maternidad, me cuestioné sobre las actividades que realiza en su vida cotidiana, las cuales están dedicadas exclusivamente a sus hijos y su esposo, y las que restan, que son pocas o casi nulas, para ella. De la misma manera, observé el caso de mi madre, que no es ajeno al género femenino, sino que todo lo anterior le resulta *normal*. Ella, como muchas otras, abandonó su profesión para cuidar de nosotros, sus hijos; pero mi padre no lo hizo jamás. De hecho, él continúa trabajando y durmiendo ocho horas, mientras que mi madre apenas descansa cinco. Mi madre nunca habla de sus sueños; solo menciona lo orgullosa que está de nosotros. Es como si su identidad hubiera desfallecido para constituirse únicamente como madre.

Ninguna menciona haberse arrepentido de su "decisión"¹, de repente porque no tuvieron otra alternativa. Para ejemplificar la situación de estas mujeres, y en general de todas las que son madres, es

¹Coloco el término decisión en comillas porque a medida que desarrolle el texto se evaluará si ésta es arbitraria o libre.

importante mencionar el trabajo de campo que llevó a cabo la socióloga Orna Donath (2015). Esta autora nunca quiso tener hijos y le advirtieron de que en algún momento se arrepentiría, pero, al entrevistar a un grupo de mujeres, estas le hablaron de un arrepentimiento totalmente desconocido: el de haber parido. Donath nos presenta un escenario inquietante: la existencia tan profundamente reprimida como el arrepentimiento maternal. La idea de que una mujer pueda sentir pesar por haber sido madre resulta tan atípica que roza lo monstruoso en el imaginario social.

En este sentido, los dramas que acechan a las madres son perfectos para ser representados por lo gótico, debido a que este género les da fondo, forma y lenguaje a las experiencias no idóneas que invisibilizan el papel de madre. El encanto de lo gótico radica en la arquitectura de los castillos abandonados, los paisajes salvajes y los personajes trastornados, siendo estas sus principales características. Poe, por su parte, relaciona lo gótico con la sensación de claustrofobia que experimenta el protagonista. En ambos casos, el confinamiento literal y metafórico personifican aquellos aspectos de la realidad que amenazan u obstaculizan el orden de las cosas, el caos moral y el orden natural; es decir, lo gótico representa un impedimento para el curso de la cultura hegemónica (Fortes, 2021). A través de la estética gótica, la maternidad revela esas ansiedades y miedos individuales y sociales frente a los discursos legitimados, en donde la luz y la oscuridad coexisten en una danza normalizada.

Este trabajo ejemplifica la otra cara, el rostro oculto de la maternidad a partir del cuento "Como una buena madre" de Maria Shua (2001). La elección del producto narrativo en este trabajo se fundamenta en la identificación de una aparente normalidad en la vida de una madre y sus hijos, la cual enmascara una serie de hechos perturbadores que recaen principalmente sobre la figura materna. Desde mi perspectiva, el texto sigue un esquema de pasos para conseguir ser una "buena madre"; sin embargo, ello se desconfigura en la medida que la protagonista no se identifica como buena madre, no porque no lo sea, sino por lo complejo que resulta serlo socialmente. En esta rutina que enfrentan muchas mujeres se fecunda la idea y se da a luz al tema que se tratará a continuación: la maternidad ominosa.

Resulta inevitable no pensar en la maternidad desde un cuerpo femenino. Este constructo social es asumido como un don para las mujeres que se inicia en su infancia. Desde pequeñas, las niñas aprenden de sus madres que la maternidad es el objetivo principal de una mujer, perpetuando así la idea de que "una mujer no está completa hasta tener hijos". Este pensamiento se radicaliza con la llegada de la muñeca de trapo, los bebés de juguetes y los enseres domésticos de plásticos, que a menudo son entregados en sus cumpleaños como símbolos de un destino materno: ser madre y atender el hogar.

Además, el cuerpo de la mujer acentúa la encadenación de ésta como madre, una condición inseparable, por el solo hecho de tener un útero. Su orden biológico posee la facultad de la procreación, lo que inminentemente ha determinado su función en la sociedad como la máquina de hacer hijos (Meruane, 2014). Entonces, el destino de una mujer se verá de alguna manera marcado desde el momento que el doctor revele el sexo y mencione que será mujer. Su cuerpo lleva en sí la materia más orgánica y pura para engendrar a un ser vivo, quien hará de su creadora la mujer más feliz que pueda existir en el mundo. Pero ¿la mujer designó a su cuerpo para ser madre?



El patriarcado hace uso del cuerpo femenino para definir a la mujer como Alteridad; es decir, la mujer se encuentra en la categoría de lo Otro únicamente por su cuerpo, jamás llega a ser el Otro o el Uno, ya que dentro de la sociedad la mujer es reducida a la categoría de particularidad dentro de una sociedad masculina (Beauvoir, 1949). Ser mujer escapa a la norma de ser considerada como un Sujeto, un *en sí*; en cambio sólo es pensada como una cosa, un *para sí*, en disponibilidad del hombre para satisfacer su deseo sexual y de posteridad. En efecto, su biología desencadena una serie de expectativas y roles sociales en la mujer, características que van a terminar por configurar a la mujer en el perfil de madre.

En este aspecto, *madre abnegada*, *madre sacrificial*, *madre incondicional*, *madre amorosa*, *madre cariñosa* y *madre para y por los hijos* son términos tradicionales asociados con la maternidad, en función de lo que el hombre ha determinado que es el cuerpo femenino. Estos conceptos engloban la dedicación absoluta al cuidado de los hijos, la cual se cree que se activa cuando una se convierte en madre; el clásico "amor maternal" proveniente de la naturaleza femenina. Entonces, ¿es el amor maternal, o también llamado *instinto de madre*, un comportamiento propio en la mujer al convertirse en madre?

En relación a la pregunta, la supuesta naturaleza del amor maternal no tendría cabida sin el sólido respaldo moral de la sociedad. Tanto Badinter como Rich coinciden en que la idea de un amor maternal innato y universal destinado al género femenino es una construcción social que sirve a intereses patriarcales. Badinter sostiene que "quienes definieron la *naturaleza femenina* tuvieron cuidado de hacerlo de tal manera que implicara todas las características de la buena madre" (1981, p. 198). Por su parte, Rich (1986) señala en la maternidad una institución que asegura el **potencial** femenino dentro del hogar. Si bien la maternidad implica una dimensión biológica, la sociedad patriarcal ha construido una narrativa que enfatiza su carácter inherente e idealiza su figura, con el objetivo de mantener a la mujer en un rol subordinado.

Algunos datos en la historia revelan el interés del hombre por confinar a la mujer en el hogar y, en consecuencia, como madre. La autoridad implícita de la maternidad en la mujer es impulsada por los miedos más profundos del varón (Rich, 1986). En la antigüedad, se pensaba que, si la mujer era la única que podía dar vida, entonces también tenía el poder de quitarlo. La madre era visualizada como una diosa por su carácter mágico de la procreación; para el hombre resultaba misterioso lo que sucedía al interior del cuerpo de la mujer. Sin embargo, el hombre empezó a desarrollarse como *Homo Faber* desde el instante en que hizo uso de herramientas para dominar el mundo. A partir de ese momento, se origina la Cultura y se deja atrás a la Naturaleza, encerrando a la mujer dentro de esta última, posicionando a la maternidad como propia de la mujer (Beauvoir, 1949).

De igual manera, sucedió en los comienzos del capitalismo al visualizar a la mujer en su componente maternal la subyugación, con la diferencia que la mujer ya no era vista como un ser mágico, sino como una bruja: mujer que atenta contra el nuevo sistema. La mujer de estos tiempos poseía una sabiduría mística, la cual se opone a la sabiduría racional que se propaga con la llegada de la Ilustración.

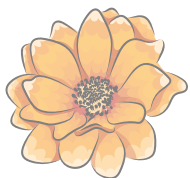
En efecto, cualquier mujer que hiciera uso de sus conocimientos era denominada como *bruja* y, por lo tanto, asesinada; de esta forma, la mujer terminó confinada al hogar para contribuir con la producción de mano de obra que exigía el sistema capitalista. A raíz de estos acontecimientos, el significado de mujer se estableció como madre.

En este sentido, los cimientos de las funciones tradicionales de la madre se hallan en las decisiones que ha establecido la sociedad para restringir la autonomía del cuerpo femenino y de las aptitudes que cada mujer posee. Entonces, ser madre es una imposición invisible que reside en el cuerpo de toda mujer, y ser buena madre es aceptar el instinto materno como si fuese natural. Sobre este panorama, se construye la romanización de la maternidad: la experiencia más dulce que toda mujer debe experimentar; es decir, la satisfacción y plenitud de una vida femenina.

No obstante, la situación de muchas madres (incluye el embarazo) se convierte en ajena cuando se produce el no-reconocimiento de la imagen materna con la de su ser, afectando así su salud física y emocional. La idealización de esta nueva etapa, que presupone un "paraíso", se impacta contra el significado oculto, e incluso perturbador, de la maternidad. Una vez que eres madre no hay vuelta atrás; es una decisión irrevocable que la perseguirá hasta el último instante de su existencia. Siendo así, ¿ser madre es una decisión libre o condicionada a expectativas sociales?

Para entender este cambio abrupto que invade a la mujer a partir de la imagen materna que se plantea y ser una madre, se debe hacer mención al concepto de *lo ominoso* acuñado por el reconocido psicoanalista Freud (1919). Este autor profundiza en "lo ominoso" a través de la traducción al alemán: *unheimlich*, que deviene de la aparente contradicción de lo *heimlich*. Freud no concibe *heimlich* y *unheimlich* como polos opuestos, sino como conceptos en constante tensión y transformación. Lo *heimlich*, aquello familiar y acogedor, puede dar un giro hacia lo *unheimlich*, lo inquietante y desconocido, continuando en el ámbito familiar, sin hacer alusión a un ente monstruoso. A partir de ello, el autor define a lo *unheimlich*: "todo lo que debía haber quedado oculto pero que se ha manifestado" (Freud, p.4). Se entiende que lo que fue familiar en algún momento ya no lo es más, pero conserva ciertos elementos que remiten a esa familiaridad perdida.

En la sombra de lo ominoso, la maternidad se revela como una experiencia a menudo dolorosa y solitaria, que muchas mujeres callan para mantener una imagen de felicidad y suficiencia. Una sombra ominosa que se cierne sobre ellas, alimentando una angustia que las desconecta de su entorno y de sí mismas. ¿Acaso las madres temen ser juzgadas o incomprendidas si confiesan las sombras que acechan detrás de la felicidad maternal? A través de lo ominoso, la angustia que suscita el rol materno adquiere un lenguaje en esa extrañeza inexplicable del cuerpo y mente de la madre, como si una fuerza oscura brotara de lo más íntimo de su ser. La maternidad, tal como se la construye socialmente, ejerce una violencia simbólica sobre la mujer, anulando por completo su subjetividad. Los temores reprimidos como "nunca quise ser madre" o "no soporto a mis hijos" son consecuencia de la romantización de la maternidad. En respuesta, la literatura gótica hace uso de estas ansiedades para revelar lo siniestro de la maternidad tradicional. De esta manera, se cuestiona el rol materno haciendo uso de situaciones



perturbadoras e incluso exageradas, convirtiendo a las madres en "malas madres" o monstrosas, ya sea de carácter metafórico o literal frente a los demás como para sí mismas; en el fondo, se revela una realidad apremiante que sugiere la vida de muchas mujeres y madres. En relación a lo ya mencionado, la esencia de la maternidad ominosa, la enajenación del cuerpo y la muerte del yo son conceptos que caracterizan al material literario que se propone a continuación.

El cuento "Como una buena madre" de María Shua (2001) narra la rutina de una madre junto a sus tres hijos dentro del seno del hogar. Es un día como otros; no hay nada de especial o sobrenatural que nos suscite a pensar la monstruosidad que se avecina. Al comienzo de la narración, se nos presenta a una madre que se está formando a las luces de una imagen ideal de lo que debe ser una *buena madre*; incluso, la protagonista se autocastiga con reproches cuando escapa al orden que implica ser una buena madre. A medida que el lector se sumerge en la historia, éste descubre lo destructivo que es ser madre dentro de una sociedad que exalta la maternidad. La madre terminará con graves lesiones tanto físicas como psicológicas provocadas por sus hijos, quienes en el cuento consumen a su progenitora hasta el punto de convertirla en "una buena madre que quiere a sus hijos". Sumida en la desesperación, no encuentra salida alguna a su situación.

Lo primero a destacar es el título. Desde el inicio, la autora nos anticipa una prescripción del rol materno: ¿Cómo ser una buena madre? Además, el título sugiere que la estructura del cuento es similar a una receta de cocina, un manual con instrucciones para alcanzar el éxito en la maternidad. No cualquiera puede llegar a serlo; debe cumplir una serie de requisitos, como la protagonista, quien será objeto para cumplir esta misión. En palabras de Alcalá, "la madre debe pensar en el futuro niño o niña, nunca en su propio placer; ello la convertirá en una *mala madre*. La mujer está en función del futuro" (como se citó en Hidalgo, 2024). Ante el lector, se alza la figura de una madre abnegada, silenciosa como una sombra, cuya sonrisa es una máscara que oculta un mundo de emociones reprimidas: **"Agradecía casi el dolor físico que le permitía evitar las sonrisas, hasta llorar un poco" (Shua, 2001, p.4).** En medio de la oscuridad, apenas se vislumbra un anhelo silencioso del yo, el cual será finiquitado en el desenlace del cuento: **"Necesitaba estar un momento, nada más que un momento, sola. Y en silencio. Pensar en la voz lejana, con ecos. Y llorar" (Shua, 2001, p.5).**

En su entrega incondicional, la madre se dedica a la ardua tarea de cuidar y proteger a los suyos frente a su propio bienestar. Sus quehaceres están en función de perfeccionar su labor maternal. En esta búsqueda incesante, jamás se mencionan sus sueños, aspiraciones e identidad; es más, carece de un nombre, es presentada solo como mamá. Incluso, el enfoque de la narración nos sumerge en la conciencia de una madre idealizada, cuya subjetividad ha sido completamente absorbida por el rol maternal, alejándola de sí misma. La madre es la *en sí* de sus hijos; su existencia está limitada al cuidado de ellos. Es una *cosa* que solo sirve para eso:

Mamá siempre leía libros acerca del cuidado y la educación de los niños. En esos libros, y también en las novelas, las madres (las buenas madres, las que realmente quieren a sus

hijos) eran capaces de adivinar las causas del llanto de un chico con sólo prestar atención a sus características (Shua, 2001, p.1).

Por otro lado, el escenario utilizado en el cuento refuerza la idea de opresión que sugiere a la madre. Ésta experimenta una sensación de claustrofobia física. En efecto, los hechos del cuento solamente transcurren en el hogar, o al menos lo suponemos por los espacios en donde los personajes se desenvuelven. Se hace mención a la cocina, al sanitario y a los cuartos de los niños y al de la madre. Es de suma importancia subrayar el contexto elegido por la autora, pues la casa es el lugar perfecto para que una mujer se eduque como una *buena* madre.

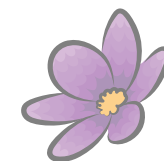
Además, se visualiza una enajenación del cuerpo en la protagonista; es decir, "en su cuerpo se perciben cambios irreversibles; su futuro como mujer ha sido marcado por el acontecimiento" (Rich, 1986, p.56). Su cuerpo se encuentra a la disponibilidad de las funciones reproductivas que dicta la maternidad; incluso éste le recuerda su conexión intrauterina con el niño.

Se filtraba ahora el llanto del bebé. Como una respuesta automática de su cuerpo, empezó a manar leche de su pecho izquierdo empapándole el corpiño y la parte delantera de la blusa (...), cuando se le prendía al pecho, ella sentía una sed repentina y violenta que le secaba la boca. Sentía también que una parte de ella misma se iba a través de los pezones. (Shua, 2001, p.2).

Los mensajes de la maternidad, tatuados en su cuerpo, la desvinculan de su esencia más profunda, reduciéndola únicamente a su labor maternal. Cuando el líquido lechoso empapaba su vestimenta, el rol materno se impone a la corporalidad de la madre: se origina una fusión entre estos componentes, dando como resultado la interiorización de las funciones maternas. La madre no tiene un cuerpo propio para su goce. Siempre está a la espera de los demás. Además, la referencia de la sed insaciable trasciende lo fisiológico y se posiciona en la transformación negativa de la madre, pues evoca en ella la sensación de pérdida en su vitalidad; mientras la madre da Vida al hijo, éste se la quita. En este sentido, la inquietud del niño se marca en el cuerpo de la madre como una huella, la cual funciona como un recordatorio constante de la interdependencia inherente a la relación madre-hijo, revelando la imposibilidad de una completa separación entre el yo y el otro.

Asimismo, la madre experimenta una sensación de claustrofobia psicológica provocada por los niños y el instinto materno. Continuamente, la protagonista se cuestiona cómo debe realizar sus actividades maternas, destinando la respuesta errónea como señal de *mala madre*. Atrapada en un laberinto de expectativas sociales, su conciencia transformada en su ser materno se ve constreñida a conformarse a un ideal inalcanzable, un arquetipo moldeado por las exigencias de una sociedad que la juzga y la define: **"Una buena madre no encarga el pedido: una madre que realmente quiere a sus hijos va personalmente a la verdulería y elige una por una las frutas y verduras con que los alimentará" (Shua, 2001, p.2).**

De este modo, la maternidad que experimenta nuestra protagonista es auto-condenatoria debido a la manera como ejerce la crianza de sus hijos. La madre se compara a otras madres, las cuales son consideradas como *buenas madres* por la protagonista, con la finalidad de mejorar su accionar en



relación al significado que conlleva ser buena madre. Específicamente, el cuento ha formulado una variedad de situaciones sobre el comportamiento correcto e incorrecto de una madre, justificando al primero como símbolo de amor entre madre e hijos. Estos son algunos ejemplos que Shua trata en su obra:

Levantaron el volumen hasta un nivel intolerable y se sentaron a medio metro de la pantalla. Una buena madre, una madre que realmente quiere a sus hijos, no lo hubiera permitido (...), una buena madre no encarga el pedido: una madre que realmente quiere a sus hijos va personalmente a la verdulería y elige una por una las frutas y verduras con que los alimentará (...), una buena madre, una madre que realmente quiere a sus hijos, ¿usaría, como ella, pañales descartables? Usaría pañales de tela, los lavaría con sus propias manos, con amor, con jabón de tocador (2001, pp. 1-3).

La escritora también hace uso de la ironía para enfatizar en lo monstruoso de la maternidad, ya que no es percibida como una fuente de felicidad y plenitud para la protagonista; al contrario, se convierte en una fuente de sufrimiento y conflicto. Sus hijos, en lugar de ser una razón de orgullo, se transforman en torturadores que escarban hasta las profundidades del alma de su madre para dañarla. La madre, por su parte, en lugar de establecer límites claros, se convierte en un objeto de manipulación para sus hijos, quienes se aprovechan de su bondad y miedo a ser juzgada como una mala madre. Por ejemplo, en esta escena, la madre, al tratar de evitar una caída generada por su hija, se apoya en un suelo lleno de vidrios, esparcidos por Thomas (hijo) al tirar un frasco:

Mira lo que le hiciste a mamá, Soledad -dijo mamá, mostrándole la herida. Pero después vio la carita asustada, los ojos grandes de Soledad, y pensó que había sido cruel. Una buena madre, una madre que realmente quiere a sus hijos, no los carga de innecesaria culpa. (Shua, 2001, p.4)

Resulta interesante mencionar que el destino de nuestra protagonista ya está escrito, mucho antes de que la autora lo termine de escribir. La madre siempre acciona de manera automática a la llamada de sus hijos; si éstos gritan, se acerca de inmediato para atender a su incomodidad; si éstos lloran, se acerca de inmediato para aliviar su pesar; y si éstos se accidentan, se acerca de inmediato para mitigar su sufrimiento: **"Mamá quiso correr a la velocidad que exigían los gritos enloquecidos de Soledad, se resbaló y se cayó torciéndose un tobillo de mala manera. Se levantó y siguió como pudo..." (Shua, 2001, p.5)** La creencia arraigada de que las mujeres están biológicamente programadas al cuidado de los hijos ha llevado a la idea errónea de que la maternidad debe ser una prioridad absoluta. De modo que el llamado "instinto materno" es un concepto que nuestra protagonista ha ido interiorizando a raíz de lo que hacen las *buenas madres*, lo cual ha terminado por asentarse en su psique como una característica innata a ella. Por esa razón, la madre está decidida a llegar a sus hijos sin importar su salud física, y cada vez que el hijo apriete el botón de instinto materno, automáticamente su madre irá a su encuentro.

A pesar de las torturas de sus hijos, ella logra estar sola por un instante; pero, al escuchar el llanto de su hijo menor (bebé), acude a su rescate y se encierra con él de nuevo en el baño. Esta escena simboliza el punto culminante, primero, de su proyección femenina y, segundo, la fusión entre madre e

hijo que elimina los límites individuales. La narrativa culmina con la reafirmación del rol materno como destino ineludible para la protagonista. Tanto la corporalidad como la autonomía de la madre esconden una realidad ominosa en donde la mujer solo es concebida únicamente como madre, no tiene identidad alguna, es un Sujeto convertido en Objeto. El bebé en sus brazos la lástima y el cuento finaliza: "El índice de la mano derecha del bebé entró en el ojo de mamá provocándole una profunda lesión en la córnea. El bebé sonrió con su sonrisa desdentada" (Shua, 2001, p.7).

En síntesis, la maternidad es una experiencia compleja que ha sido reducida a la absoluta felicidad; mientras que, en su interior, alberga vicisitudes, las cuales son categorizadas como nulas o enfermedades. En sí, no existe un manual objetivo que califique el desempeño de la madre; solo son imperativos que recaen en el cuerpo de la mujer por el simple hecho de ser mujer. Entonces, ¿ser madre es una decisión libre o arbitraria? Si una mujer decide ser madre, habría que indagar en los verdaderos motivos y si éstos no responden a un imperativo social; pero, si una mujer omite su maternidad, está destinada a ser catalogada como incompleta. Además, lo último resulta paradójico: la mujer-madre no coexiste; la segunda aniquila a la primera; a diferencia del hombre que no renuncia a su identidad en función de su paternidad, las excepciones son muy pocas.

En función al cuento, la literatura gótica acentúa situaciones normalizadas, en donde muchas madres pueden reconocerse con la protagonista. La narración ominosa es reflejo de las vidas cotidianas de las madres. Empieza con la enajenación de sus cuerpos y culmina con la alienación de sus identidades. Al igual que la protagonista, una madre se autocastiga cuando no protege a su hijo, ya que ello deviene que no lo quiere y, por lo tanto, infiere que es mala madre. Finalmente, hago un llamado a todas las mujeres, tanto a las madres como a las no-madres, sean lo que quieran ser, no un simple instinto maternal. Proyecta tu libertad sin apuntar a expectativas sociales. Eres mujer y no por ello eres madre. Tan solo eres mujer. Y ¿qué es ser mujer? Es una pregunta que cada una debe responder sin caer en características cosificantes.

Bibliografía

- Beauvoir, S. (1981). *El segundo sexo* (1949). Buenos Aires: Siglo XX.
- Fortes-Zalaquett, C. (2018). El horror de perder la vida nueva: gótico, maternidad y transgénicos en *Distancia de rescate* de Samanta Schweblin. *REVELL: Revista de Estudios Literarios da UEMS*, 3(20), 147-162.
- Freud, Sigmund (1919). "Lo Sinistro" ePUB.
- Hidalgo, D. (2024) *Dinámicas siniestras entre madres e hijas en dos novelas latinoamericanas contemporáneas: Mandíbula* (2018) de Mónica Ojeda y *La débil mental* (2014) de Ariana Harwicz. <https://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/handle/20.500.12404/27595>
- Meruane, L. (2018). *Contra los hijos*. Random House.
- Rich, A. (1996). *Nacemos de mujer: la maternidad como experiencia e institución*. Cátedra.
- Shua, Ana María (2001) "Como una buena madre" en *Como una buena madre*. Bs. Aires: Editorial Sudamericana.



“Are you a good witch or a bad witch?: La bruja como figura de amenaza y salvación en el cuento “Tela de araña” de Mariana Enríquez”

Mariana Enríquez se ha consolidado como una escritora representativa de la nueva narrativa argentina, especialmente en lo que se refiere a la literatura de terror. En sus obras hallamos una estética gótica clara, que sirve para canalizar preocupaciones y denuncias sociales a partir de la configuración de una oscuridad subyacente en lo cotidiano. Aparecen de forma recurrente los fantasmas de la dictadura, el abuso de poder y la violencia de género, mezclados con mitos populares argentinos y enmarcados (usualmente) en la ciudad. Al trabajar con personajes femeninos, Enríquez destaca por presentar un terror “que tiene muchas formas: terror a los poderosos que representan el patriarcado, al encierro, al desamparo, a la vida monacal, al matrimonio, y también tiene un común denominador: el asedio que sufren las mujeres” (Goicochea, 2019, p.2). Así, su narrativa muestra personajes oprimidos por instituciones patriarcales con las que entran en tensión, lo que hace que emerja la locura y lo fantasmal.

En esa línea, *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016), su segundo libro de cuentos, nos presenta relatos que retratan el miedo de ser mujer en el día a día, materializado en sucesos insólitos, espacios perturbadores y personajes siniestros. El gótico “proporciona la fórmula de encarnar y representar los temores más profundos” (Cobo, 2021, p.9) de los sujetos femeninos, pues el terror emana de las estructuras sociales que concentran y legitiman la violencia hacia ellos. En el cuento “Tela de araña” también aparecen estos elementos góticos. En esta obra, una protagonista sin nombre se encuentra atrapada en un matrimonio infeliz y opresivo con su esposo Juan Martín, pero comienza una paulatina liberación al pasar de la ciudad al espacio rural. Natalia, su prima bruja, es central en este proceso, pues representa una feminidad insubordinada que conecta con la protagonista y la impulsa al cambio.

Por ello, el presente ensayo se centra en analizar a la bruja como una figura que representa la amenaza al orden en el que vive la protagonista tanto como una posibilidad de salvación para sí misma. Como veremos, el uso del gótico y su característica ambivalencia de significados facilita un posicionamiento oscilante de lo monstruoso (Botting, 1996), lo que permite que el cuento revele lo siniestro dentro de Juan Martín y a la heroína en la bruja. Como señala Inés Ordiz (2019), la autora logra subvertir las figuras y esquemas tradicionales del Otro y de lo patriarcal. De esta manera, se transgreden los órdenes de sentido y se desestabiliza la dicotomía de lo bueno/malo propia de un sistema en donde las feminidades en apariencia más controladas contienen la potencialidad de su propia liberación.

La bruja amenazante y salvadora: la insubordinación femenina ante el otro masculino

La monstrosidad femenina ha estado tradicionalmente asociada a la usurpación de un poder que no se corresponde con su género. En el caso de las brujas, Silvia Federici (2010) identifica que constituyen un tipo específico de feminidad inherentemente amenazante, un peligro contra el orden patriarcal y capitalista que se basa en el control de los saberes, los cuerpos y la agencia femenina. El personaje de Natalia en “Tela de araña” es quien encarna esta figura y entra en conflicto con Juan Martín, representante del poder masculino hegemónico en el cuento. Esto lo vemos claramente cuando la protagonista explica que “A mi marido no le gustaba Natalia (...) él la despreciaba porque Natalia tiraba las cartas, sabía de remedios caseros y, sobre todo, se comunicaba con espíritus. Tu prima es una ignorante, me dijo Juan Martín” (Enríquez, 2016, p.95). Las prácticas mágicas y las creencias populares que hace circular Natalia le resultan atrasadas, y no duda en rechazarlas con el asco propio del discurso masculino, urbano y privilegiado que Juan Martín vehiculiza. Ante este, las capacidades de Natalia resultan subversivas no solo porque le garantizan independencia, sino porque le otorgan una posición especial en relación al entorno natural y espiritual, cuya fuerza podría usar a su favor de maneras incomprensibles al trabajo capitalista.

El desdén que Juan Martín muestra hacia ella no es recibido con pasividad, y es esta actitud contestataria, opuesta a la de la protagonista, la que vuelve a Natalia una feminidad indomable que lo hace sentir en desventaja. De esta manera, la bruja se configura como el gran enemigo del orden masculino y, en tanto esto lo desestabiliza, también como un agente que revela los rostros ocultos de aquellos que la rodean. Esto se ve primero en la manera en que Natalia deslegitima el poder patriarcal al reclamar el conocimiento y el poder que intenta acaparar Juan Martín:

—¡Me pasó una víbora por el pie! —gritó, y la voz se le quebró como si tuviera flema en la garganta. Natalia no quiso fingir más y se rio de él, golpeando el volante con los puños.

—Serás pelotudo —le dijo, y se secó las lágrimas de risa.

—¡Pelotudo! —gritó Juan Martín—. ¿Y si me muerde y es venenosa qué hacemos, eh? ¡Esto es el medio de la nada!

—No te va a morder nada, quedate tranquilo.

—Qué sabés vos.

—Más que vos sé. (Enríquez, 2016, p.105).



Natalia confronta a Juan Martín y la presunta superioridad que ha intentado desplegar desde que llegó a Corrientes, misma que no puede evitar resquebrajarse ante su ignorancia y su profundo miedo por la naturaleza no-controlada. Como indica Vázquez-Medina (2021), “Juan Martín’s ostensible contempt for the people, environment and culture of the north is only commensurate with his fear of the natural world around him (...) which constantly insinuate a potential change in the dynamics of power” (p.306). El temor muestra su imposibilidad de someter el espacio en el que se encuentra y de mantener el poder sobre su esposa, que atestigua sus constantes deslices y comportamientos ridículos. La lejanía con la capital y la invasión de la naturaleza en lo doméstico nos indican la existencia de un locus gótico que permite una visión diferente de las cosas y sus grietas. Tal como la bruja que lo habita, el espacio es transformador: ambos ponen de manifiesto las conductas violentas de Juan Martín al mismo tiempo que propician la liberación de la protagonista.

Así, a medida que se desarrolla el relato y sus personajes se van internando más en el espacio marginal del norte, Juan Martín y su actitud porteña van descolocándose y perfilándose como una amenaza para la integridad de todo el grupo, pero especialmente para las mujeres en él. Juan Martín desea resaltar sus virtudes “civilizadas” (en oposición al espacio en el que se encuentran) mediante muestras de desprecio hacia los comerciantes de la región, así como la defensa de una joven ante un grupo de militares. Los saberes de Juan Martín son radicalmente inadecuados y ridículos en la provincia, misma que tiene dinámicas propias que él ignora, pero que su esposa intuye y que Natalia domina: “como la salida no estaba señalizada, estaba obligado a seguirnos, a seguir a Natalia en realidad, y le vi en los ojos el disgusto y el resentimiento” (Enríquez, 2016, p.102). Esto tiene que ver con la manera en la que el gótico contemporáneo utiliza los personajes típicos del género para presentar una visión contraria a la convencional. El otro adquiere voz narrativa y, por tanto, lleva la monstruosidad de los sujetos marginales hasta el centro de la ficción (Ordiz, 2014, p.88). Son la bruja y la protagonista la que estructuran el relato alrededor de sus miedos y ansiedades, su agencia y saberes. Como consecuencia, el hombre es tratado como un sujeto otro, extraño e incompatible con la esfera femenina que forman Natalia y su prima.

La insubordinación de Natalia y su conocimiento del entorno tiene como efecto acrecentar el desprecio que siente la narradora hacia Juan Martín y sus ganas de librarse de él. De forma paralela y proporcional al rechazo contra su esposo, el sentimiento que guarda respecto a su prima deja de ser simple admiración, y se vuelve una envidia creciente hacia la libertad que ella posee. Esto es admitido cuando aparece el camionero rubio: “[Él] había prometido llamar

a Natalia y ella creía que iba a cumplir. Coge como los dioses, me dijo. Y es una dulzura de tipo. La envidié. Me tragué el café medio frío con las lágrimas y fui a buscar a Juan Martín” (Enríquez, 2016, p.114). La protagonista ve en ella un modelo o una posibilidad para sí misma que aún no logra seguir. Natalia la conecta con esa feminidad que no ha sido controlada y que ella quiere adoptar, pero que ha sido parcialmente dismantelada en ella por las reacciones verbalmente violentas de Juan Martín y sus características dominantes y controladoras. Como detalla Seifert (2021), Natalia “representa para la narradora un reflejo oscuro y tentador de lo que ella podría haber sido. Ir a la región es ir a encontrarse con una versión del yo liberada de las constricciones de la vida burguesa” (p.7). Así, el carácter transgresor de la bruja socava el poder que tiene sobre la protagonista, inevitablemente atraída hacia esa feminidad “otra”, y hace que surja en ella la oscura esperanza de arrebatarle el símbolo de su triunfo sobre el mandato patriarcal: su nueva pareja sexual. La dicotomía de rechazo/deseo que este tipo de figuras monstruosas generan en el gótico se expresa en la misma narradora, cuya imposibilidad de alcanzar una libertad como la de Natalia le causa resentimiento tanto como un profundo deseo de ser como ella.

Juan Martín responde a este distanciamiento intentando recuperar su posición superior mediante la humillación y el control, lo que desenmascara finalmente el nivel de violencia y opresión a la que tiene sujeta a la narradora, que al inicio del cuento desestimaba la gravedad de sus ataques por no ser físicos. La furia que el cambio de actitud de la protagonista le causa a Juan Martín explota en el hotel de Asunción donde pasarán una noche de viaje:

Juan Martín me gritó que ni una vez, ni una vez, te das cuenta, te pusiste de mi lado. En nada. En todo el día. Me gritó que Natalia era una puta, que se iba con el primero que se le cruzaba. Me gritó que yo era una puta también porque le había estado haciendo ojitos al rubio bruto ese (...) Vos me querés dejar, dijo, pero vas a ver que cuando volvamos a Buenos Aires mejoran las cosas. ¿Y si no mejoran?, le pregunté. A mí no me vas a dejar tan fácil, dijo (Enríquez, 2016, p.110).

Juan Martín utiliza la violencia verbal para intentar disciplinar a su esposa y romper el vínculo que esta tiene con su prima, degradándolas por el deseo extramatrimonial que sienten. La escena es un punto de quiebre en el que vemos que Juan Martín es capaz de amenazar y de ejercer violencia hacia ella en un nivel que no se había mostrado antes. Por ello, el terror que se genera es causado por el reconocimiento de que las cosas no eran precisamente como lo parecían en un inicio Botting (1996). Juan Martín se nos presentaba como alguien molesto, con tendencia a usar la palabra para empujarse a la narradora, pero no exactamente violento.



Ahora, por el contrario, la narradora se encuentra asediada por el temor de ser sometida de nuevo el peso de su matrimonio.

De esta manera, el personaje masculino se consolida como la principal amenaza para el bienestar y la felicidad de la protagonista, lo que da cuenta de cómo el mal “no viene por parte de un monstruo sobrenatural ni por parte de algo incomprensible, sino por parte de un mal principal bien reconocible: el hombre y su sociedad patriarcal” (Geijo, 2015, p.66). El gótico femenino permite poner de manifiesto estos miedos, y como parte de él pueden ser quebrados o subvertidos. En este caso, la protagonista también va revelando una monstruosidad propia, pasando de una repulsión resignada a deseos activos de asesinar y desaparecer a Juan Martín. Como explican Gilbert y Gubar (1998) “la mujer-monstruo, amenazando con reemplazar a su hermana angelical, encarna la autonomía femenina intransigente y, de este modo, representa (...) el misterioso poder del personaje que se niega a permanecer en su ‘lugar’” (p.43). El continuo entre la feminidad callada y resignada que exhibe la protagonista con la rebelde y poderosa de su prima se ve expresado en los deseos que tiene de acudir a ella y a sus prácticas para alcanzar su liberación de Juan Martín: “yo lo odié, pensé en llamar a Natalia y pedirle la receta de alguna de sus pociones, pensé en pedirle un veneno incluso” (Enríquez, 2016, p.95). La protagonista contempla la muerte de Juan Martín como una opción, aunque en ese momento se encuentre lejos de concretarla. Finalmente, es gracias a la ayuda de la bruja que los deseos de la narradora de dejar atrás a su esposo se vuelven realidad.

El plan de la protagonista resquebraja el poder patriarcal por rebelarse contra su representante y planear su eliminación, lo que le permite desarrollar una subjetividad activa. Como señala Gallego (2020), en las ficciones de gótico femenino el empoderamiento se vuelve posible “a partir de lo siniestro como proceso de subjetivación (...) las mujeres y las clases marginales, afantasmadas, devienen peligrosas y portadoras del terror, al ser las más vulnerables y castigadas”. Natalia se ofrece misteriosamente a arreglar la equivocación que cometió la narradora al momento de salir del mercado al que habían acudido buscando ñandutíes. Como detalla la narradora:

Mi prima me agarró de bracete y fingió que admiraba una pulsera de plata y lapislázuli que Juan Martín me había regalado durante nuestra luna de miel en Valparaíso.

—Errores cometemos todos —me dijo—. Lo importante es arreglarlos.

—¿Y cómo se arregla esto?

—Chamiga, lo único que no tiene solución es la muerte (Enríquez, 2016, p.102).

De esta manera, el acuerdo consolida a la bruja como la portadora de ayuda y salvación que la protagonista necesita para cortar sus ataduras y moverse a un nuevo estado, pues tiene los medios y la voluntad para ayudarla. Como explica Seifert (2021), “la alianza táctica y mágica entre mujeres para eliminar al marido de una de ellas (...) recupera para la hechicería una peligrosidad que había mantenido” (p.16). Es por esto que Natalia ya no es simplemente una oponente ideológica de Juan Martín que se limita a quebrar la dominación que ejerce sobre la protagonista, sino alguien que puede (y va) a erradicarlo. La capacidad mágica de Natalia para neutralizar el peligro hacia lo femenino termina de colocar a la bruja como el héroe. El cuento subvierte los esquemas normales de las ficciones góticas y coloca la otredad en lo masculino hegemónico, que es visto y representado como el monstruo real. Por ello, la sensación que deja su desaparición, aunque siniestra por su inexplicabilidad y el clima de tormenta que la acompaña, es de alivio por ver restaurado el orden femenino y la seguridad de las mujeres.

Conclusiones

En conclusión, podemos ver cómo en Natalia, la bruja, confluyen dos características que a primera vista son opuestas entre sí: es una figura de amenaza, también es una figura de salvación. Esto se puede ver, en un primer momento, en el hecho de que es un sujeto femenino que no se encuentra sujeta a las convenciones patriarcales de sumisión y recato sexual. Por el contrario, es una mujer independiente económica y sexualmente, con conocimientos propios que se oponen al sistema capitalista y científico, y con la capacidad de desestabilizar la autoridad de la figura masculina que es Juan Martín. La deslegitimación que sus cuestionamientos generan son una amenaza fundamental para el patriarcado, que en el cuento se expresa mediante la dominación y el abuso que el personaje masculino ejerce sobre la protagonistas.

Por estas mismas razones, mientras es una amenaza para Juan Martín, se erige como una salvadora para su prima. La creación de una comunidad femenina entre ambas posibilita el acceso a una ayuda sororal para la protagonista, quien halla en Natalia no solo una muestra de lo que ella podría llegar a ser si se libera de Juan Martín, sino capacidades que pueden ser puestas en acción para eliminar al causante del terror que se cierne sobre ella. De esta forma, la bruja se vuelve un personaje siniestro, que no se confronta con Juan Martín solamente en forma ideológica, sino que lo erradica de forma física y total, desapareciéndolo.

Como consecuencia, se puede ver que la bruja aparece como un agente desestabilizador que actúa en consonancia con el espacio que habita, en la medida en que ambos difuminan las



dicotomías de lo bueno/malo, de lo heroico y lo monstruoso. En el caso de Juan Martín, la violencia que puede generar en consonancia con la sociedad patriarcal, así como la que emana de él mismo, lo posiciona como el monstruo masculino del cual la comunidad femenina se debe librar para asegurar su sobrevivencia. Por su lado, Natalia, cuya identidad de bruja tradicionalmente la hubiera vuelto la villana de la historia, se convierte en una heroína, pero sin dejar de lado esa oscuridad propia de sus prácticas. Como ha resaltado Fred Botting (1996), “this play of terms, of oppositions, indeed, characterises the ambivalence of Gothic fiction: good depends on evil, light on dark, reason on irrationality, in order to define limits” (p.6). Así, ambas cualidades, la de amenaza y la de salvación, se muestran como interdependientes: no hay manera en que Natalia deje de concentrar un poder siniestro si se mantiene como una posibilidad de liberación de lo femenino ante el yugo patriarcal.

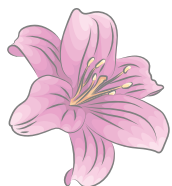
Bibliografía

- Botting, F. (1996). *Gothic*. Routledge.
- Cobo, B. (2021). *Los cuentos de terror de Mariana Enríquez. Propuesta didáctica para un aula de 4º de la ESO* [Tesis de Maestría]. Universidad de Valladolid.
- Enríquez, M. (2016). *Las cosas que perdimos en el fuego*. Anagrama.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Traficantes de sueños.
- Gallego, A. (2020). El feminismo gótico de Mariana Enríquez. *Latin American Literature Today*.
[https://www.researchgate.net/publication/346265772_El_feminismo_gotico_de Mariana Enríquez](https://www.researchgate.net/publication/346265772_El_feminismo_gotico_de_Mariana_Enriquez)
- Geijo, V. (2015). *Transculturaciones del género gótico: el gótico al sol* [Tesis doctoral]. Universidad de León.
- Gilbert, S., & Gubar, S. (1996). *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. Ediciones Cátedra.
- Goicochea, A. (2019). Mujer gótica. Lectoras, escritoras, personajes de la literatura al cine. *Revista Linds*, 17.
[https://revistalinds.com.ar/contenido/numero17/nro17_art GOICOCHEA.pdf](https://revistalinds.com.ar/contenido/numero17/nro17_art_GOICOCHEA.pdf)
- Ordiz, I. (2014). *Manifestaciones ficcionales del terror. El gótico contemporáneo de las Américas* [Tesis doctoral]. Universidad de León.

Ordiz, I. (2019). De brujas, mujeres libres y otras transgresiones: el gótico en las cosas que perdimos en el fuego de Mariana Enríquez. En N. Álvarez & A. Abello (Eds.), *Realidades fracturadas* (pp. 263-285). Visor libros.

Seifrt, M. (2021). El país de la selva: la bruja y el gótico mesopotámico en “Tela de araña” de Mariana Enríquez. *Cuadernos del CILHA*, 34, 1-21.
<https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/cilha/article/view/3781>

Vázquez-Medina, O. (2021). Ugly Feelings in Mariana Enríquez’s Short Fiction. *Bulletin of Spanish Studies*, XCVIII(2), 289-317.
<https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/14753820.2021.1891647>



“Wayllukuyki o amar en libertad”

«Lo que hay entre nosotros es un amor necesario: pero nos conviene también conocer amores contingentes»

Jean-Paul Sartre

«El amor no es más que una ocupación en la vida del hombre, mientras que, para la mujer, es la vida misma»

Simone de Beauvoir

Llega un momento en la vida que uno decide (libremente) compartirla con otra persona. A veces se dice tener enamorada, novia o esposa (confesión de parte que escribe un varón heterosexual). Actualmente me encuentro en una relación amorosa (o eso es en lo que se me ha socializado), pero siempre padezco profundas interpelaciones sobre el amar, el ser amado y el amor. Y tomando para mí una frase de la filósofa y precursora de la segunda ola del feminismo, Simone de Beauvoir, digo: queriendo hablar de mí, me di cuenta de que tenía que ensayar sobre el amor. Pero no sobre cualquier tipo de amor (sí es que hay muchos), sino sobre uno muy particular, pero que, para mí, tiende a ser el único libre, humano y universal: la relación entre Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. El filósofo y escritor francés resumió dicho contrato como un “amor necesario” infestado de “amores contingentes”; pero, la también filósofa y escritora francesa siempre nos recuerda la situación desventajosa de la mujer en dicha relación.

La relación amorosa entre Sartre y Beauvoir es harta conocida y estudiada. Se pueden leer titulares como “Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir: la legendaria historia de amor de dos grandes intelectuales del siglo XX” (BBC, 2024). En ellas se resalta que el pacto que tenían: eran el amor más esencial de sus vidas pero que, al mismo tiempo, tenían amantes. En una época bastante conservadora, una concepción del amor fuera del matrimonio y la monogamia rompió todos los moldes conocidos. Pero, al mismo tiempo, generó muchos admiradores (me incluyo) que veían en su relación un ideal del amor libre. Actualmente, el papel de aquellos intelectuales franceses ha quedado un poco relegado y en el olvido. Tanto así que no se pueden encontrar libros de los autores en librerías peruanas, prueba palpable de este letargo cultural. Pero, justamente hoy,

que las fuerzas reaccionarias del conservadurismo ganan terreno y pregonan un modelo de amor sumiso e infestado de violencia de género, resulta necesario volver a revisar alternativas de un amar libre.

Por el momento, es menester resaltar la primera parte de la cláusula contractual: el amor necesario. Es pues menester definir primero el amor, universal y localizado, para entender lo necesario y contingente, atravesado por la cuestión de género.

¡Ay, el amor! Que difícil comenzar con una definición de algo tan complejo y de amplia discusión. Pero, partamos con la definición en su rama occidental y latino, pues según la RAE (2024) el amor es un “sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser”. En ese sentido, nos queda algo claro sobre el amor: la relación con el otro. El amor es esencialmente una relación humana. El filósofo Erich Fromm, en su libro *El Arte de Amar*, justamente resalta una visión humanista y universal sobre el amor: amar a una persona implica amar al hombre como tal. A decir de Kant, amar es valorar a la persona, al otro, como un fin en sí mismo; puesto que quien “juzga a todos según su utilidad; es básicamente incapaz de amar” (Fromm, 1956). He ahí la definición del amor como una cualidad universal del ser humano. Pero, ahora toca explorar la parte contextual, así pues, aterrizando un poco en tierras andinas, debemos responder a qué se entiende por amor en la sociedad peruana. El antropólogo Alexander Huerta Mercado en su libro *Feliz Seré* no define propiamente que se entiende por amor en el Perú, pero remarca cómo la cultura popular ha construido y reproduce una forma de concepción del amor. El autor nos comenta que las telenovelas de la cultura popular, llenas de dramatismo, se han encargado de mantener vigente, al menos en ficción, la imagen del amor entregado, denotado, sufrido y comprometido (Huerta-Mercado, 2023). Esto es, una concepción particular del amor como algo demasiado meloso y trágico. Algo, que lamentablemente está detrás de los tantos casos de feminicidio y violencia de género en el país.

Pero no todo puede ser trágico, dado que está parada conceptual no podía terminar sin la otra vertiente de la definición de amor, una no occidental, sino indígena. En la cultura quechua, se cuenta con la palabra *waylluy* que significa “querer apasionado; querer tier-



no; amar con ternura y devoción; acariciar” (Aulex, 2024). Inmerso en la cosmovisión andina, hay mucho conocimiento ancestral acerca de lo comunitario, de lo amoroso y de lo afectivo; hay una afectividad de tocarse, de sentirse, de mirarse, de encontrarnos (Wiener en Reguero, 2020). Esto es, un amor recíproco: un dar y recibir constante. En el fondo, el amor se concibe como la relación con el otro, ya sea desde una concepción localizada o una concepción universal.

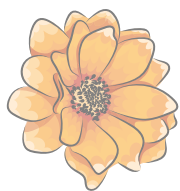
El ser humano está condenado a amar. Es decir, el amor es necesario. A modo de anécdota, en un debate de clase en la universidad, se planteó la cuestión de si el sexo era una necesidad básica del ser humano. Argumentos van y vienen, pero lo cierto es que el enfoque de capacidades de Martha Nussbaum si considera al amor como una capacidad básica. La autora resalta como una capacidad central las emociones: poder sentir apego por cosas y personas externas a nosotras y nosotros mismos; poder amar a quienes nos aman y se preocupan por nosotros, y sentir duelo por su ausencia; en general, poder amar, apenarse, sentir añoranza, gratitud e indignación justificada (Nussbaum, 2012). Pero más allá de lo concreto y real, está la cuestión de la existencia: el-ser-en-el-mundo. Aquí entran los protagonistas de esta historia: el amor de dos intelectuales existencialistas. El sustrato que sostenía la relación entre Sartre y Beauvoir partía de una premisa básica y elemental: amar en libertad. Pero – como bien me lo cuestionó mí también pareja intelectual–, ¿Qué es amar en libertad? ¿Por qué, Simone, a pesar de haber amado con “pasión loca” al cineasta Claude Lanzmann y decir que “nunca estuvo sexualmente satisfecha con Sartre, que no le excitaba”, seguía a su lado? ¿Qué era lo esencial, lo necesario que los mantuvo juntas hasta el fallecimiento del escritor?

En el fondo, la relación entre Sartre y Beauvoir era un idilio de escritores: un amor de intelectuales. Se amaron de una manera única, a fuerza de debate, de admiración, de complicidad y espacio (De Armas, 1987). Fieles a sus ideas plasmadas en la filosofía existencialista, se dedicaron también a practicarlo en sus propias vidas, a ser un ejemplo de libertad y responsabilidad individual, de análisis de la condición humana (El Español, 2018). He aquí el meollo del asunto: al elegirse mutuamente fueron conscientes de que elegían la libertad y la autenticidad. Y en misma medida, eran responsables de las consecuencias directas o indirectas de sus decisiones y pensamientos. En aquella época,

incluso en la actual, dicha elección iba en contra de los valores de la familia, la clase social y las leyes morales y religiosas. Por ello, su amor fue una experiencia revolucionaria. Así pues, en el fondo, lo necesario en el amor, o el amor necesario es la libertad. En términos del existencialismo: una existencia auténtica. La libertad se entiende en todas sus dimensiones: como autonomía, como opción moral y como creación colectiva (Giusti, 2019). En ese sentido, la autonomía del individuo en una relación amorosa es la capacidad de no estar limitado por nada y poder auto-normarse; pero al mismo, tener la posibilidad de construir un proyecto propio. Aquí se encuentra la esencia del amor necesario: en la posibilidad de la libertad.

Sin embargo, bajo el faro de la libertad se oculta un velo oscuro. Dado que el amor está inmerso dentro de una relación humana, en ella siempre están presentes las dinámicas de poder y dominación. En vistas de que nuestra pareja ideal practica una relación heterosexual, el amor esta atravesado por el género. El hombre, Sartre, termina por ejercer poder sobre la mujer, Beauvoir. La relación es mucho más compleja debido a la naturaleza escurridiza de la cuestión del género en las relaciones amorosas. Pero, en concreto, Sartre quería en su vida lo esencial y lo contingente: lo quería todo sin perderse un ápice de nada. Mientras que Beauvoir intentó sobrellevar lo mejor posible los ataques de celos y sus profundos sentimientos de amor por sus amantes (De Armas, 1987). De esta manera, empezamos con la segunda cláusula del contrato: los amores contingentes.

Vivimos en la constancia de la incertidumbre. El amor es contingencia: la posibilidad de que algo suceda o no suceda. Existen otras formas de llamarla: eventualidad, posibilidad, probabilidad, albur, azar, casualidad, riesgo, emergencia y/o peligro. Ahí viene la paradoja que postula Darío Sztajnszrajber en su obra *El amor es imposible*: dado que “para que haya amor debe haber un otro, pero ese otro nunca es accesible para mí”. Según el autor argentino, el amor es lo imposible porque es una forma de amor que excede, deconstruye, hace implotar toda forma conocida: una forma que ni siquiera es ni será forma (Sztajnszrajber, 2023). La incertidumbre absoluta, he ahí el amor. La contingencia hace perder lo esencial, pero al mismo tiempo, brinda libertad de decidir con quién compartir una experiencia sexual. Pero ¿es amor contingente o sexo contingente? Algo es claro: en nuestro historial amoroso compartimos y juramos amor



a muchas personas. Nadie se salva de esa verdad. En ese contexto, está el poliamor: un estado de compartir sentimientos con varias personas. Pero ¿el poliamor es acaso el amor contingente? ¿O todo amor es en el fondo un amor contingente, pasajero y líquido? En principio, la escritora peruana Gabriela Wiener, ha escrito y experimentado tanto sobre el poliamor y se expresa “quién ha dicho que el poliamor es fácil” (Yépez, 2022).

Sin embargo, aquí también se entiende a la contingencia como una cosa que puede cambiar, que no es de capital importancia. Pero tampoco llega ser el extremo de los amoríos o sexo a la carta. Anécdota aparte en una tienda de *sexshop*, una mujer adulta que acompaña a su amiga a un lugar como tal por primera vez, se expresa: cuánto hay por descubrir aquí, una también está cansada de la misma pinga. La contingencia pone de relieve el hartazgo, la necesidad del cambio, la llamada a los nuevo y a la aventura. La alborada de la ideología neoliberal. En filósofo Zygmunt Bauman ha planteado que la modernidad líquida, marcada por el consumismo y el deseo de satisfacer las necesidades de forma inmediata y en la que casi todo es desechable, se cocina un amor líquido: un amor superficial, pasajero, que surge, fluye y no queda retenido, simplemente pasa. ¿Es acaso el amor contingente un vínculo sentimental frágil, que puede romperse fácilmente y en el que lo que importa es el momento presente, sin ataduras, compromiso o proyecto de futuro? ¿es hoy el tiempo del amor contingente? Tal vez sí, pero esa fiesta liberal oculta sombrías relaciones de poder.

La mujer pierde en el amor contingente, a pesar de que es más libre. Tamara Tanenbaum ha planteado en su libro *El fin del amor: Querer y coger en el siglo XX* que, en el contexto de la predominancia de las apps de citas y el libertinaje sexual, el hombre sigue ejerciendo poder. La autora plantea que la masculinidad hoy se ejerce en el ámbito sexual, ya no a través de la violencia sino mediante ese pequeño gran poder que otorga la indiferencia. El desapego emocional el hombre podía ser visto como una metáfora de la autonomía masculina; frente a la sumisión de la mujer que siempre paga con su apego emocional.

Esto mismo se puede ver en la relación de Sartre y Beauvoir. Sartre siempre se sintió completo porque Simone fue su amante y fue su amiga. El escritor reconoció que “lo

maravilloso de Simone de Beauvoir es que posee la inteligencia de un hombre y la sensibilidad de una mujer. Es decir, que encontré en ella todo cuanto podía desear” (De Armas, 1987). ¿pero, y como estaba Simone? ¿Se sentía completa y realizada? Pues no, esos amores contingentes provocaban profundos sufrimientos a la filósofa. Y traslada la discusión al plano de la infidelidad y los celos en las relaciones amorosas. A sazón de la fuerte influencia de la monogamia, la exclusividad en una relación de pareja se mantiene como uno los pilares de la confianza y el acuerdo amoroso. Pero, a pesar de ello, es ineludible que, a pesar de aceptar las consecuencias de un amor libre, sea omitido el carácter diferenciador del género en las relaciones amorosas. En cuanto a nuestros protagonistas, Sartre comentaba a Beauvoir «te he sido fiel a mi manera», cuando le contaba su último flirteo, o le hablaba de su lígüe de turno, que tuvo un montón (De Armas, 1987). Al respecto, últimamente se ha resaltado como se sentía la mujer de la relación: Simone. Ella no podía quejarse de la actitud de él, ya que esto formaba parte del juego que ambos voluntariamente habían aceptado, pero ello no quita que en determinados momentos ella sufriera de mal de amores y de celos. Beauvoir intentó sobrellevar lo mejor posible, primero con el sobresalto de los celos, después con mayor calma, al comprobar que los «amores contingentes» no deterioraban su «amor esencial» (De Armas, 1987). Esta situación es aún más chocante cuando tenemos en cuenta que la mujer en esta relación es la precursora intelectual de la segunda ola del feminismo. La autora del *Segundo Sexo* y la frase “la mujer no nace, se hace”. Esto solo nos recuerda lo complejo que son las relaciones amorosas, y el gran reto que tenemos todos para construir relaciones con equidad.

En el fondo, el amor contingente o la contingencia del amor, es la igualdad. La posibilidad de eliminar cualquier tipo de asimetría en la relación humana. No puede ser posible amar libremente, sino no se ama en condiciones de igualdad.

Tras una reflexión teórica, queda la pregunta práctica: ¿se puede practicar el amor en libertad? Yo siempre he creído que es posible amar a una persona en libertad. Desde mi primer impulso amoroso a los 14 años, yo tuve un ideal: una mujer libre. Inmerso en mis reflexiones académicas y filosóficas, mi ideal de pareja estaba profundamente marcado por los libros y las letras. En los últimos 5 años he tenido amores contingentes, chicas



que me atrajeron y pude construir una relación cercana, pero breve. El hecho es que no pude hallar en esas relaciones la experiencia de lo necesario en el amor: la libertad. Hoy, tengo la certeza de estar con la persona correcta, la mujer libre y liberada, dueña de mis sueños y anhelos. Hace más de un año empezó la aventura y siempre está en constante construcción, pero algo queda claro: tengo la libertad de amar. La conversación sobre el tema del amor libre se las he planteado a todas las chicas que he conocido, y ha sido una sorpresa su reacción de horror. Pero, con mi lechucita, ha sido muy diferente: cuando aún éramos amigos empezamos conversando libre y sosegadamente sobre el amor libre. La reproducción de una conversación en WhatsApp detalla la conexión única existente para poder pensar y sentir lo mismo. Una sensación, nacida en la soledad del pensamiento, que encuentra hoy correspondencia en uno y una. Pero, en nuestra relación, nos cruzamos siempre con lo comercial y capitalista del amor, una donde la mercancía del “Te Amo” destruye todo intento de construir algo auténtico. En nuestra resistencia, decidimos llamar a nuestro amor wayllukuyki: una versión muy nuestra del amor. De la misma forma, cada relación amorosa, en su libertad y consciencia, debería ver la manera de construir una relación auténtica.

Sin embargo, el reto de abrir la relación a un amor libre es muy complejo. Pero estoy seguro de que, con confianza, comunicación constante y respeto, estaremos en el camino de amar en libertad. Soy un joven amante, pero maduro intelectualmente para pensar y deconstruir constantemente mis relaciones. Soy consciente de las relaciones de poder y el peso del género en mi relación heterosexual. Pero, también leo y me educo constantemente para deconstruir toda expresión de machismo o dominación. Estoy en búsqueda de esa anhelada igualdad y libertad en el amar.

En el fondo, la posibilidad concreta del amor libre solo se puede saber en la práctica. El amor es una sensación vívida, tan real y concreta. Amar, ser amado y el amor se respiran en el aire; y es bonito a veces, salir a las nubes, para pensar y reflexionar un poquito. He ahí el amor, tan necesario y contingente.

Bibliografía

- Aulex (2024). Waylluy. Diccionario Quechua.
- Bauman, Z. (2003). Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos.
- BBC (2024). Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir: la legendaria historia de amor de dos grandes intelectuales del siglo XX. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-47330594>
- Beauvoir, S. (1949). El Segundo Sexo.
- Beauvoir, S. (1958). Memorias de una joven formal. Sudamericana.
- Beauvoir, S. (1960). La plenitud de la vida. Sudamericana.
- De Armas, I. (1987). Simone de Beauvoir: amar sin ataduras. Cuadernos hispano-americanos, (449), 35-56.
- El Español (2018). El amor libre de Simone de Beauvoir: “Sartre no me excita”. https://www.lespanol.com/cultura/20180122/amor-libre-simone-beauvoir-sartre-no-excita/279222503_0.html
- El Español (2024). Simone de Beauvoir, la feminista que escandalizó a Francia con sus ideas sobre el amor libre y el aborto. https://www.lespanol.com/el-cultural/letras/20240409/simone-beauvoir-feminista-escandalizo-francia-ideas-amor-libre-aborto/846165431_0.html
- Fromm, E. (1956). El arte de amar.
- Giusti, M. (2021). La travesía de la libertad. Ensayos sobre Hegel. Adaba
- Huerta-Mercado, A. (2023). Feliz seré. Chisme, humor y lágrimas en la cultura popular. Fondo Editorial PUCP.
- Nussbaum, M. (2012) Crear capacidades. Propuesta para el desarrollo humano. Paidós.
- RAE (2024). Amor. Diccionario Español.
- Reguero, P. (2020). Gabriela, Rocío y Jaime: “Una relación poliamorosa requiere mucha imaginación”. El Salto. <https://www.elsaltodiario.com/teatro/gabriela-rocio-jaime-locura-enamorarme-poliamor->
- Sartre, J. (1946). El existencialismo es un humanismo.
- Tenenbaum, T. (2019). El fin del amor: Querer y coger en el siglo XXI. Ariel.
- Wiener, G. (2018). Sexografías.
- Yépez, D. (2022). Quién ha dicho que el poliamor es fácil. MundoDinerss. <https://revistamundodinerss.com/quien-ha-dicho-que-el-poliamor-es-facil>





Categoría
FOTOENSAYO

Ino Korin (Corazón Verde)

- ¿Cómo construimos nuestras historias de vida?

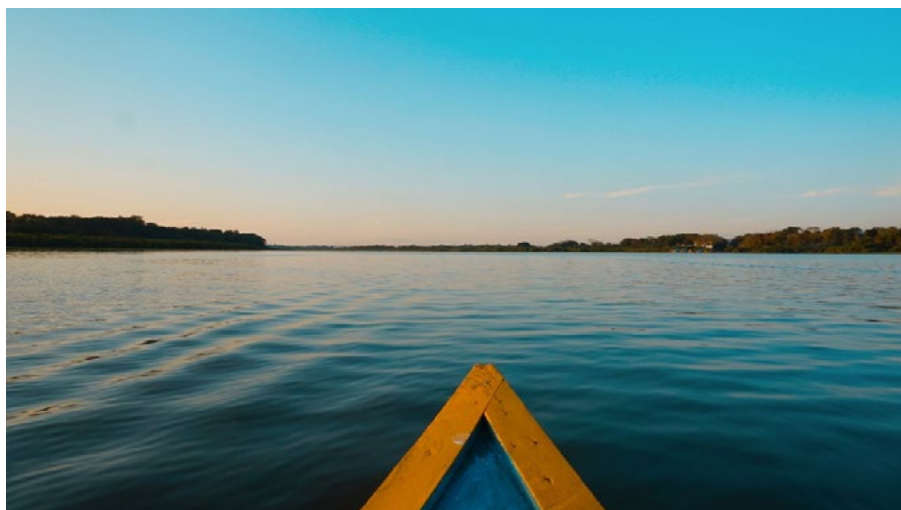
Construimos nuestras historias de vida a través de una serie de experiencias y simbolismos que reflejan diversas etapas y aspectos de nuestra existencia. Por ello, imágenes como el “CHACARERO” destaca la importancia del trabajo agrícola en Pucallpa y los desafíos actuales del chacarero debido a la “sojización” y la depredación del bosque. “Baicuschi” en Shipibo Konibo refleja la vida diaria y el arte de conducir embarcaciones en el Lago Yarinacocha un trabajo nada fácil que conlleva despertarse temprano y tener la destreza para sortear los peligros de la navegación. “Vino de los espíritus” representa el Ayahuasca, un ritual ancestral transformando el dolor en sabiduría y promoviendo un reencuentro sanador con uno mismo a través de la creatividad y la sensibilidad.

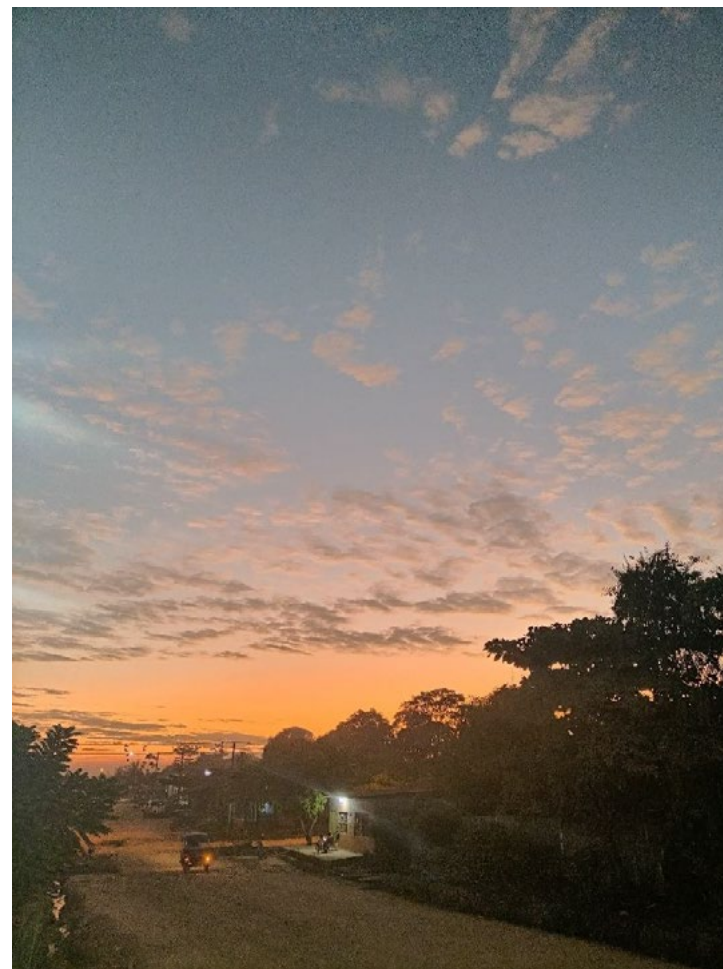
Estos ilustran la vida como un camino difícil o un río caudaloso, destacando las dificultades superadas y las lecciones aprendidas. Las conexiones personales a través de la flora y fauna interconectada, reflejando cómo las relaciones moldean nuestras vidas. Momentos de introspección con un lugar tranquilo, evocando la reflexión personal. Los logros y el crecimiento representados con una cumbre o paisaje alto, subrayando los éxitos alcanzados. Finalmente, el legado y la continuidad se ilustran con la carga de platanos, representando el arduo trabajo de los pobladores y el impacto de nuestras acciones en las futuras generaciones.

- Autor@: XRivers









De Pucallpa a la PUCP: Un Viaje de Crecimiento

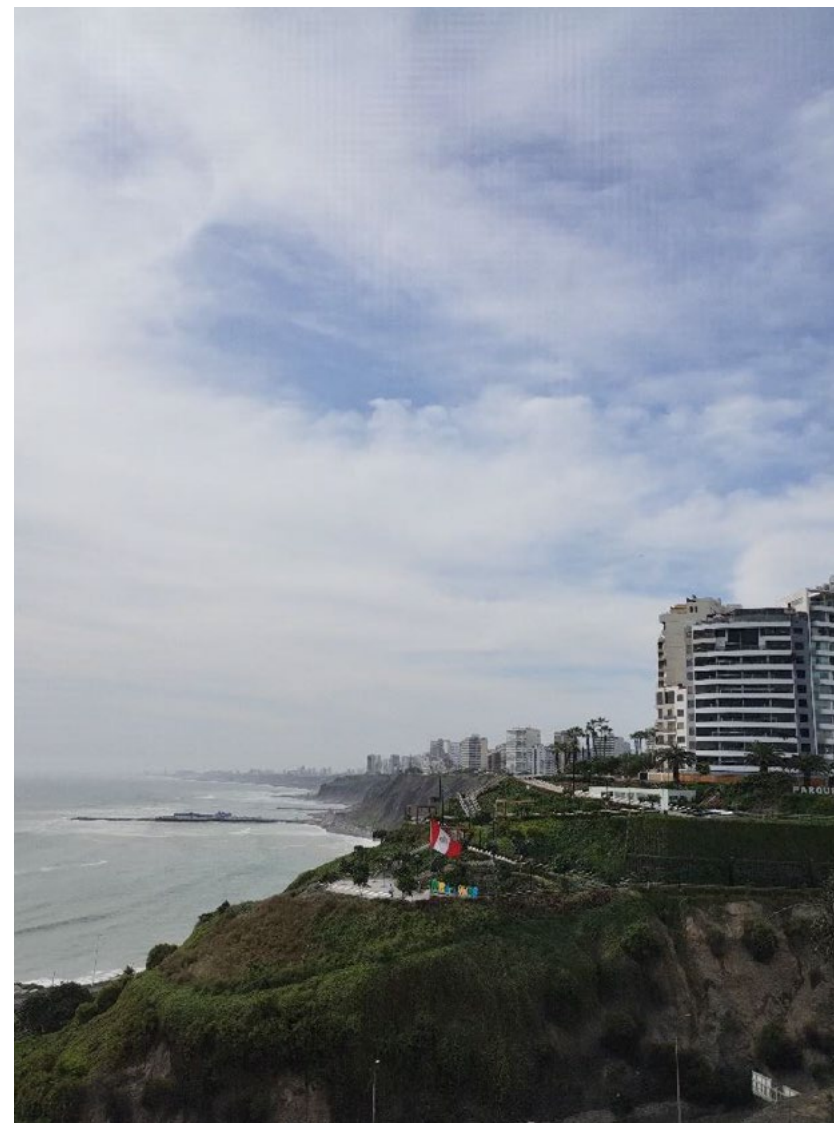
Del calor y el verdor de la selva en Pucallpa, nació en mí un sueño profundo de poder avanzar y construir un futuro mejor. Mi hogar, lleno de naturaleza y simplicidad, fue el terreno fértil que nutrió mis aspiraciones. Sin embargo, sabía que para alcanzar mis metas debía aventurarme más allá, tomar la decisión más difícil de mi vida, dejar mi ciudad y emprender el viaje hacia Lima.

El camino hacia la capital no fue solo un desplazamiento geográfico; fue un viaje interno de superación. Con cada kilómetro recorrido, dejaba atrás no solo un lugar, sino también la seguridad de lo conocido, abrazando la incertidumbre y las oportunidades que me aguardaban. Mi equipaje no solo cargaba ropa y pertenencias, sino también sueños, miedos y la determinación de no fallar.

Hoy, caminar por los pasillos de la PUCP es el resultado de ese sacrificio. Haber ganado una beca en la mejor universidad del Perú no solo es un logro académico, sino la prueba de que, con esfuerzo y dedicación, cualquier obstáculo puede ser superado. Mi viaje aún continúa, pero sé que cada desafío superado es un paso más hacia el futuro que estoy construyendo.

Totty







¿Qué es de nosotros los vivos después de la muerte?

Me preguntaba qué haría sin ti, cuando no estés, cuando tu inocencia sea eterna. Tendría un plan minuciosamente detallado de cómo llorarte, cómo extrañarte, qué decir. Perderte se volvería mi normalidad y no dudaría en extrañarte, pero lo que amerite. Uno, dos, siete días o incluso, si me sentía muy melancólica, un mes completo.

Ahora que no estás, que no te tengo en mis brazos, que tu peso no lo siente mi cuerpo, que ya no somos uno. Ahora que perdí tu ruido y sólo te huelo en algún rincón de mi memoria, ese plan minucioso se ha desvanecido.

He perdido la cordura del duelo. Las fuerzas que requería en cargarte todas las mañanas, ya son nulas, insignificantes. Grito tu nombre sin hacer un solo sonido, esperando y añorando el magnetismo de tu alma.

Devuélveme lo que te has llevado, las memorias no sirven de nada si habitan en un solo recipiente mental. Déjame sostenerte una vez más, sentirte una vez más. No olvides que el duelo es de los vivos. El sufrimiento lo cargamos quienes sobrevivimos a la muerte, y ya no nos queda más a lo que aferrarnos cuando tu cuerpo desaparezca.

mandarina sin pepa









Idas y Vueltas, Más la Cámara Cargada Siempre

En este trabajo para el concurso, elegí la temática de la introspección. Desde que volvimos a la presencialidad, se me han abierto varios mundos y experiencias que nunca imaginé, menos aún en plena pandemia. He vivido momentos únicos, con compañeros, en premiaciones y eventos, y al recorrer lugares donde la creatividad, la innovación y la inspiración están por todas partes, tanto en Lima como en el Callao.

Todo eso me ha llevado a reflexionar sobre cómo estas vivencias me han influido. Lo que veo y siento en estos espacios me inspira a trabajar en mis propios proyectos, a crear en mi estudio con más ganas y nuevas ideas. Al final, todo este proceso ha sido una motivación constante para seguir explorando y creciendo tanto a nivel personal como profesional.

ZDX – some_normal_stuff

¿Cómo construimos nuestras historias de vida? A través de la perspectiva introspectiva



Fotografía 1: Del Sapo al Escenario.



Fotografía 2: Para Tiempo, Señor! Toca La Qumba!



Fotografía 3: Observa y Las Catacumbas se Llenan.

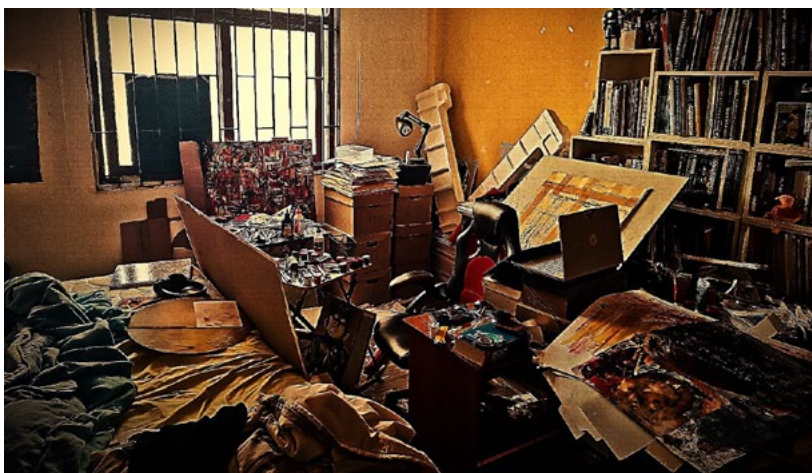


Fotografía 4: Casa De Flores y Encuentros.



Fotografía 5: Acontece El Nuevo Día y Pregunto, Seguirá Así?

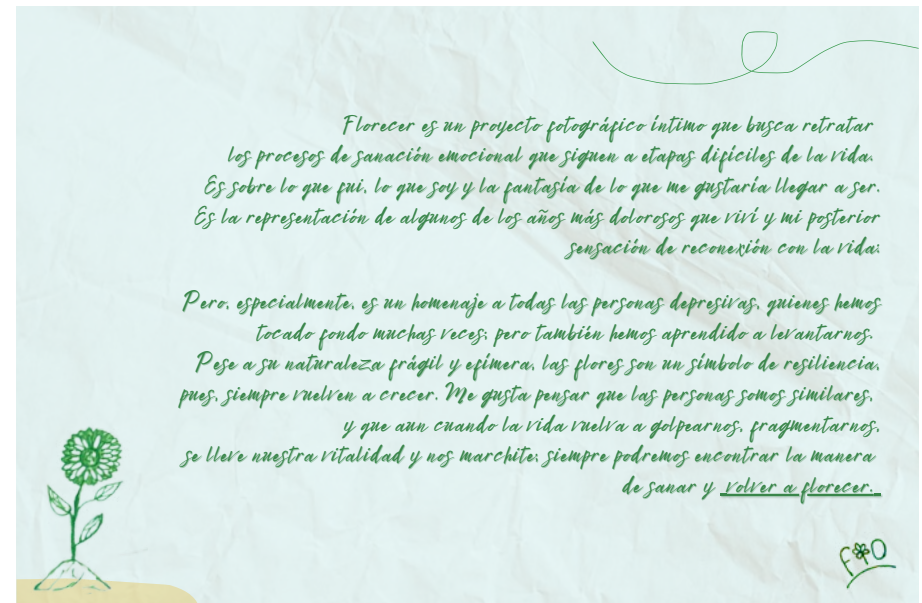
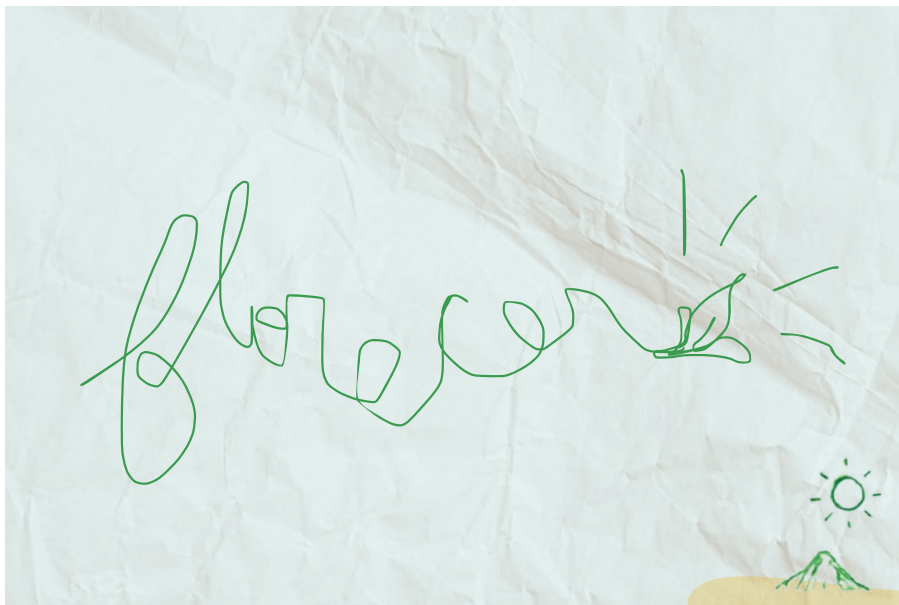
Fotoensayo:



Fotografía 6: Bueno, Desayuna y Luego Sumérgete.



Florecer



Florece es un proyecto fotográfico íntimo que busca retratar los procesos de sanación emocional que siguen a etapas difíciles de la vida. Es sobre lo que fui, lo que soy y la fantasía de lo que me gustaría llegar a ser. Es la representación de algunos de los años más dolorosos que viví y mi posterior sensación de reconexión con la vida.

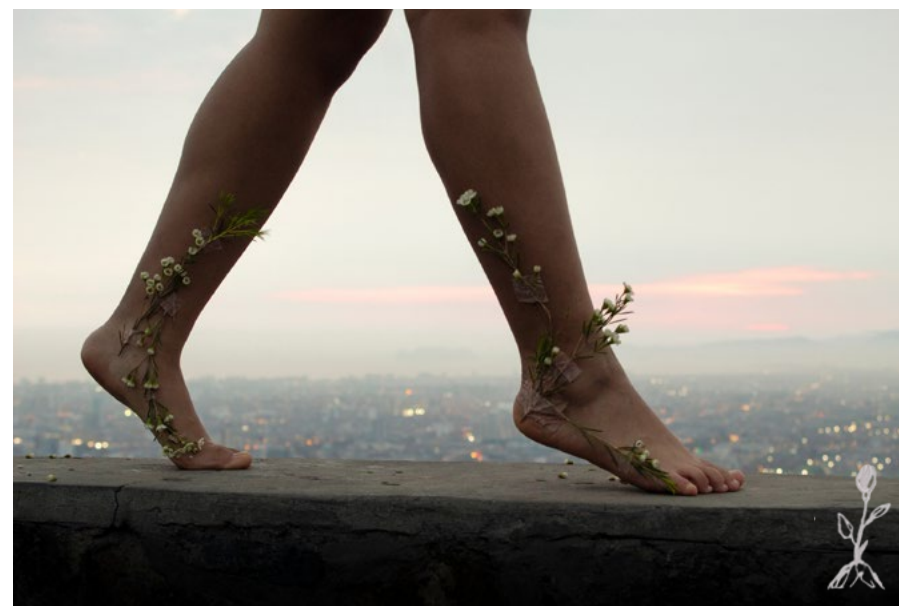
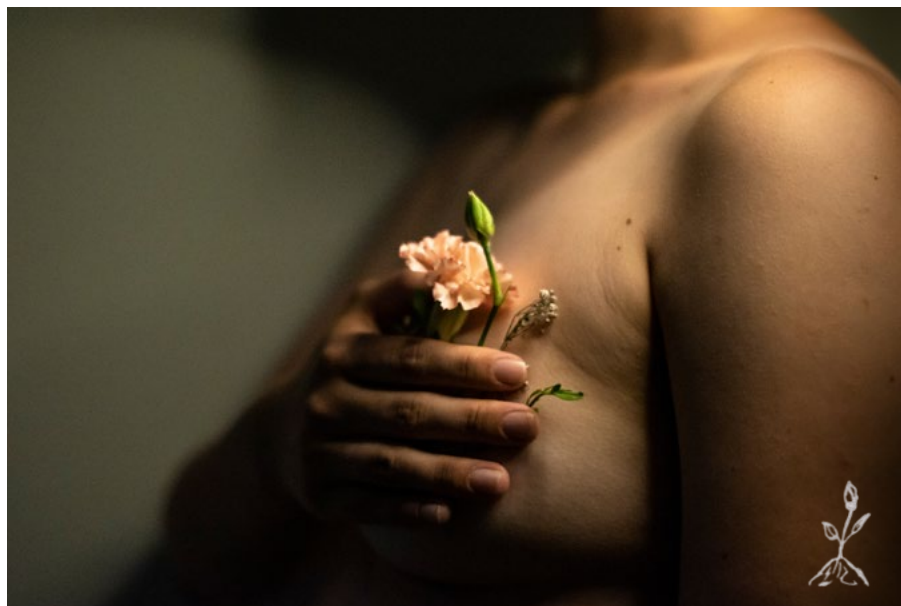
Pero, especialmente, es un homenaje a todas las personas depresivas, quienes hemos tocado fondo muchas veces; pero también hemos aprendido a levantarnos.

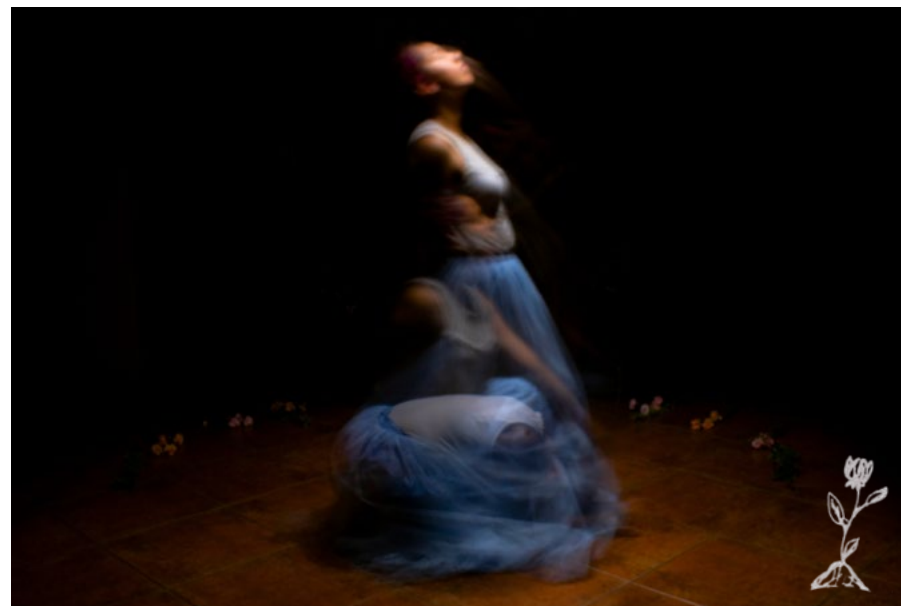
Pese a su naturaleza frágil y efímera, las flores son un símbolo de resiliencia, pues, siempre vuelven a crecer. Me gusta pensar que las personas somos similares,

y que aun cuando la vida vuelva a golpearnos, fragmentarnos, se lleve nuestra vitalidad y nos marchite; siempre podremos encontrar la manera de sanar y volver a florecer.

*F*O*







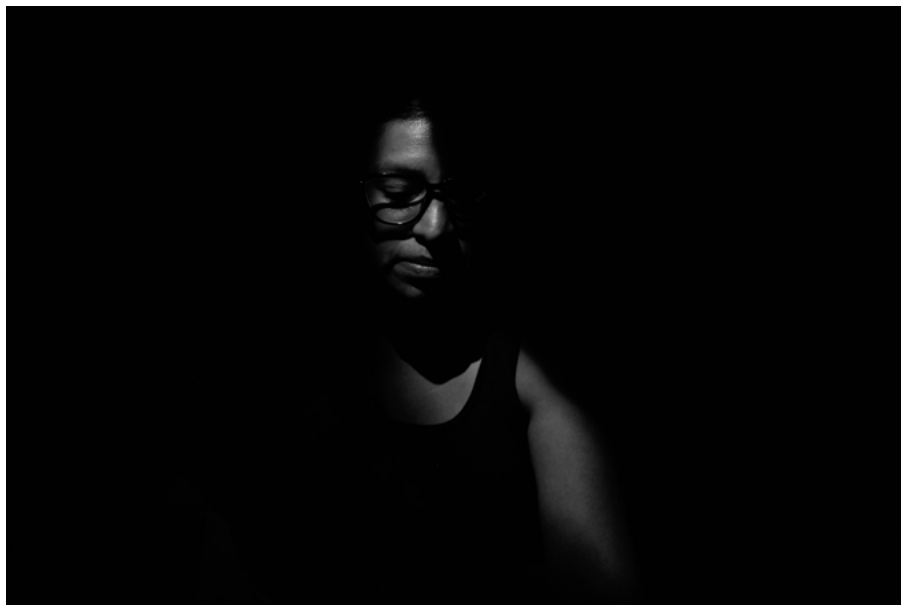
Ella entre Luz y Sombra

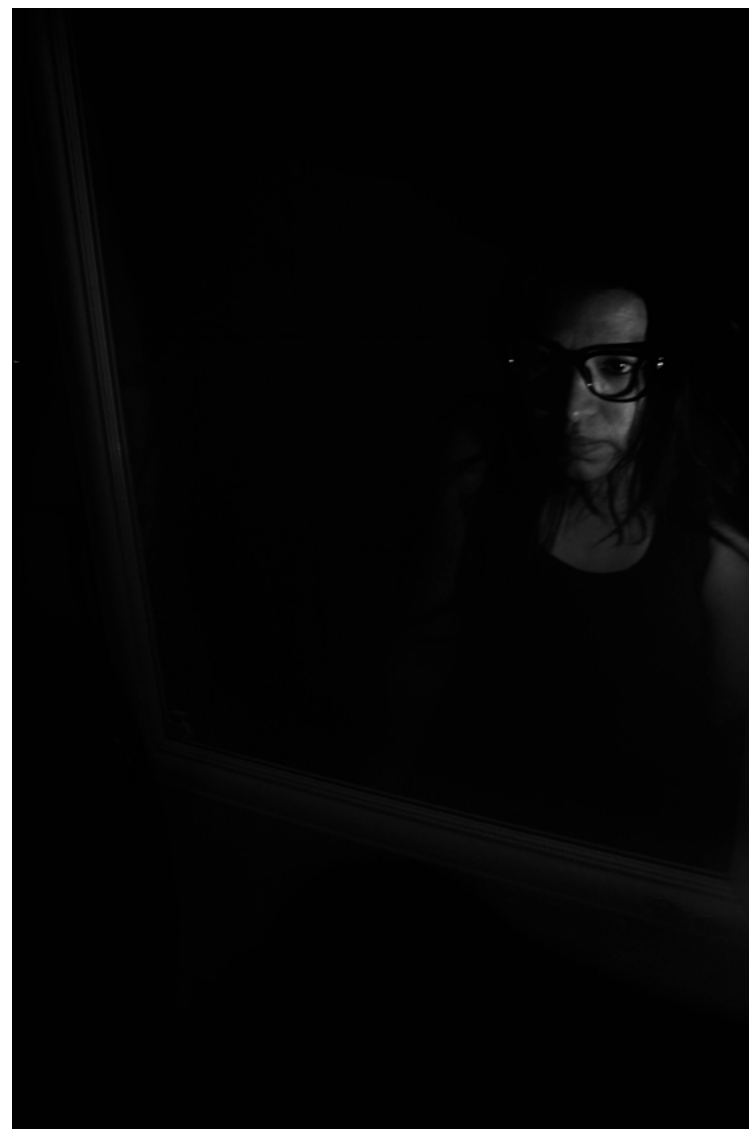
Nuestras historias de vida se construyen en una constante tensión entre los roles que asumimos y la búsqueda de nuestra identidad personal. Para una madre, esta dualidad es especialmente intensa: su vida se escribe en los actos cotidianos de entrega hacia sus hijos, pero también en los momentos silenciosos en los que intenta reconectar consigo misma.

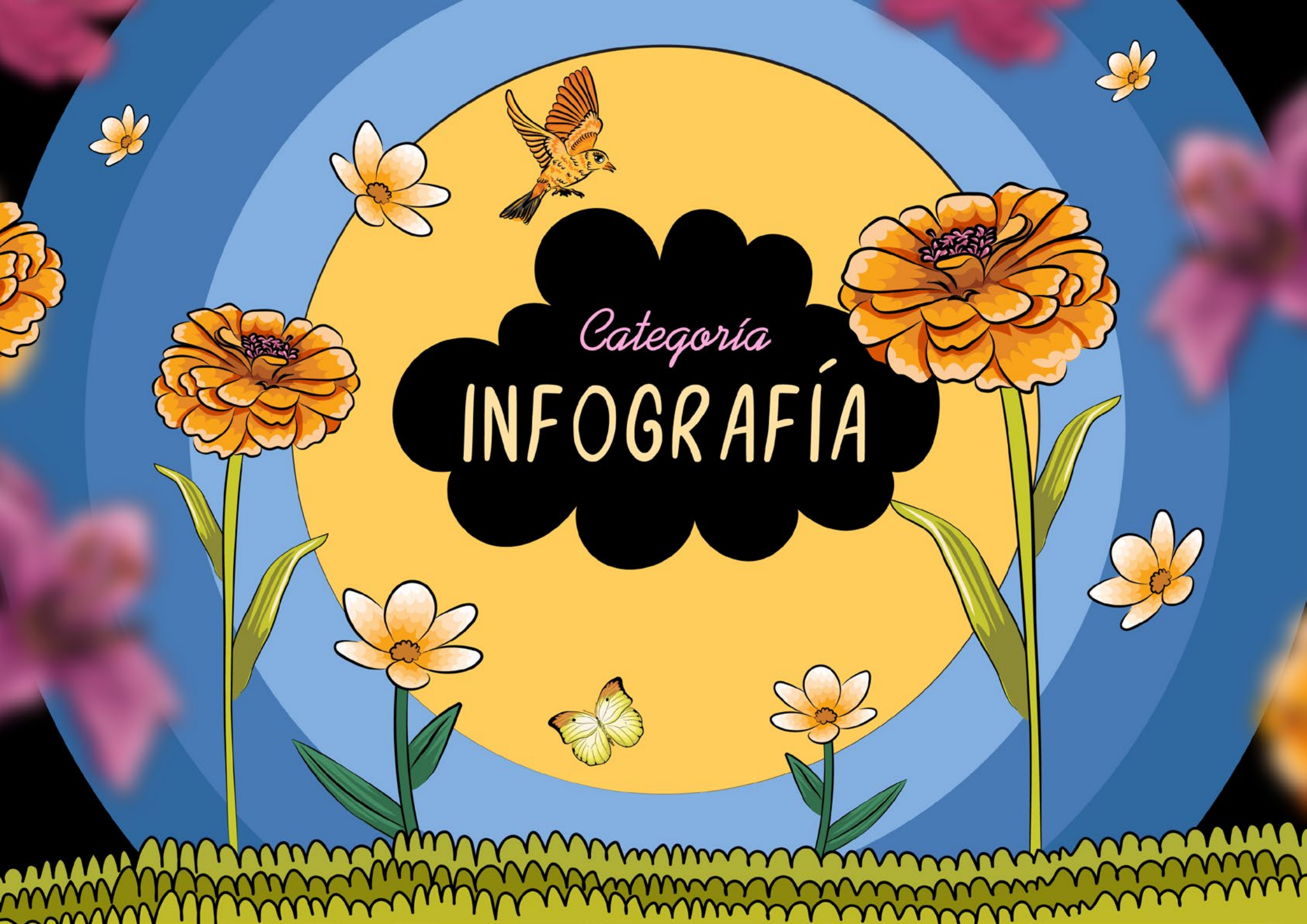
La construcción de la vida como madre, llena dedicación y responsabilidad, puede a veces eclipsar la búsqueda de su propio ser. El peso de la maternidad tiende a absorber toda su energía y atención, haciendo que su historia personal quede en segundo plano. Sin embargo, esa historia no desaparece, sino que se teje de forma paralela, silenciosa y a menudo invisible, esperando un espacio para emerger.

Y cuando ese espacio aparece, es tenue, como una luz que apenas roza el borde de su conciencia. Es ahí donde ella se encuentra, en los márgenes, en las pausas. Su vida no es un grito, sino un murmullo que insiste en existir, en recordarle que, aunque difusa, su historia sigue trazándose, palabra por palabra, aun cuando todo alrededor la invita a olvidarse.









Categoría
INFOGRAFÍA

AIDSESEP

La Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana es una organización que representa a las comunidades indígenas de la Amazonía peruana. Fundada en 1980, trabaja en la defensa de los derechos territoriales, ambientales y culturales de más de 1,800 comunidades. A través de la protección del territorio y la promoción del desarrollo sostenible, AIDSESEP busca asegurar un futuro en el que los pueblos indígenas puedan vivir en armonía con sus tierras ancestrales."

DEFENDIENDO LOS DERECHOS DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS AMAZÓNICOS

AIDSESEP se enfoca en varias actividades clave:

- DEFENSA TERRITORIAL
- INCIDENCIA POLÍTICA
- DESARROLLO SOSTENIBLE
- EDUCACIÓN Y CAPACITACIÓN
- SALUD INTERCULTURAL
- ECONOMÍA INDÍGENA
- PARTICIPACIÓN FEMENINA

Logros

- AIDSESEP ha defendido más de 20 millones de hectáreas de territorio amazónico, protegiendo los derechos de las comunidades indígenas y la biodiversidad de la región.
- Han implementado más de 50 proyectos de desarrollo sostenible, que incluyen programas de reforestación, gestión de recursos naturales, y educación comunitaria.
- AIDSESEP ha representado a los pueblos indígenas en más de 10 conferencias internacionales sobre cambio climático y derechos humanos.

Retos Actuales

- La expansión de actividades mineras y petroleras sigue siendo una amenaza constante para los territorios indígenas.
- Las comunidades enfrentan los efectos adversos del cambio climático, que afectan sus medios de vida y territorios.
- AIDSESEP enfrenta limitaciones financieras para ampliar sus proyectos y fortalecer su incidencia política.

Planes a Futuro

- Ampliar la defensa de más territorios indígenas frente a amenazas externas.
- Implementar más proyectos de desarrollo sostenible y educación.
- Aumentar la participación en foros internacionales y en la creación de políticas públicas favorables a los derechos indígenas.

AIDSESEP juega un papel crucial en la defensa de los derechos de los pueblos indígenas amazónicos y la protección de sus territorios. A través de su incansable trabajo, no solo han preservado vastas áreas de la Amazonía, sino que también han fortalecido la identidad y autonomía de las comunidades que representan.

Tu apoyo es vital para que AIDSESEP continúe su misión. Puedes contribuir haciendo donaciones, uniéndote como voluntario, o difundiendo su causa para que más personas conozcan y apoyen su valioso trabajo.

Para más información y formas de involucrarte, visita:

<https://aidesep.org.pe/>

PROTEJAMOS EL 80% DE LA AMAZONIA AL 2025
#80 al 25
#AmazoniaVivaHumanidadSegura

AESTHETIC

La moda "aesthetic" en la sociedad

Seudónimo: koki

En primer lugar, se debe definir el significado de aesthetic, el cual consiste en una percepción estética en relación al arte y naturaleza, también considerado fenómeno visual que produce placer a la vista. La moda "aesthetic" surgió de manera eventual en los años 80 y 90, por lo que ha sido de gran impacto en la sociedad para un estilo de vestimenta que influye actualmente en la juventud.

Las redes sociales han sido de gran importancia para la divulgación de este tipo de tendencias que logran inspirar a los jóvenes para encontrar su propia forma de vestir. Los artistas tanto en la música como el arte, son los principales autores de difundir diversos estilos de moda considerados "aesthetic" para la juventud en las plataformas digitales.

En consecuencia, se forman comunidades que comparten un mismo estilo propio, cada uno de ellos es una forma de expresión distinta, pero pertenecen al mismo estilo "aesthetic". Estas comunidades ayudan a las personas a interactuar y compartir los mismos gustos e intereses entre ellos. Por lo que, la moda "aesthetic" es un fenómeno social que impacta en nuestra sociedad, específicamente en la juventud que logra explorar la creatividad individual dentro de un marco colectivo.



Los usuarios con mayor alcance que publican fotos y videos encapsulan su estilo de vida creando comunidades en torno a estas identidades estéticas. Como se mencionó antes, el estilo "aesthetic" abarca diferentes estilos, como por ejemplo: Dark Academia, Cottagecore, Y2K, etc. Cada uno de ellos fomenta un sentido de pertenencia y una forma para explorar la creatividad individual dentro de un marco colectivo.

Los jóvenes son influenciados a su vez por los grupos sociales que los rodean, logrando formar comunidades selectivas que comparten un estilo en común, siendo para ellos mismos atractivo y así lograr conectarse entre ellos, compartir sus intereses y expresarse a través de la moda y la cultura contemporánea.

COMUNIDADES CON UN MISMO ESTILO

Los usuarios con mayor alcance que publican fotos y videos encapsulan su estilo de vida creando comunidades en torno a estas identidades estéticas. Como se mencionó antes, el estilo "aesthetic" abarca diferentes estilos, como por ejemplo: Dark Academia, Cottagecore, Y2K, etc. Cada uno de ellos fomenta un sentido de pertenencia y una forma para explorar la creatividad individual dentro de un marco colectivo.

Los jóvenes son influenciados a su vez por los grupos sociales que los rodean, logrando formar comunidades selectivas que comparten un estilo en común, siendo para ellos mismos atractivo y así lograr conectarse entre ellos, compartir sus intereses y expresarse a través de la moda y la cultura contemporánea.

¿ES IDENTIFICADO COMO UN FENÓMENO SOCIAL?

La moda aesthetic efectivamente es un fenómeno social que combina autoexpresión, cultura, comunidad y consumo. Este impacto de la moda "aesthetic" ocasiona que los jóvenes de la generación Z tengan la elección de expresar su identidad a través de su estilo de ropa, la cual ha sido influenciada culturalmente por el arte, música y entretenimiento, por lo que varía a lo largo del tiempo.

Por otro lado, las interacciones en las redes sociales fomenta la creación de colectivos que comparten un estilo "aesthetic" característico. Además, ha provocado una gran demanda en vestimentas específicas en el mercado. En conclusión, es una forma de expresión en base a la moda actual que impacta en nuestra sociedad, específicamente en la juventud de manera colectiva.



FUENTES

POR TRINIDAD ROJAS / COLLAGE: SOFÍA VALENZUELA & POR TRINIDAD ROJAS / COLLAGE: SOFÍA VALENZUELA 19 AGO 2022 09:57 AM TIEMPO DE LECTURA: 7 MINUTOS. (2022, AUGUST 19). EL AESTHETIC DE LA GENERACIÓN Z. LA TERCERA. [HTTPS://WWW.LATERCERA.COM/PAULA/EL-AESTHETIC-DE-LA-GENERACION-Z/](https://www.latercera.com/paula/el-aesthetic-de-la-generacion-z/)

¿QUÉ ES EL ESTILO AESTHETIC Y CÓMO LLEVARLO? (2024, SEPTEMBER 26). EL BLOG DE MODA & TENDENCIAS - LOOKIERO BLOG. [HTTPS://LOOKIERO.ES/BLOG/QUE-ES-ESTILO-AESTHETIC](https://lookiero.es/blog/que-es-estilo-aesthetic/)

STAFF, F. (2023, APRIL 24). ¿QUÉ ES LA MODA "AESTHETIC"? FORBES MÉXICO. [HTTPS://WWW.FORBES.COM.MX/FORBES-LIFE/TENDENCIAS-QUE-ES-LA-MODA-AESTHETIC/](https://www.forbes.com.mx/forbes-life/tendencias-que-es-la-moda-aesthetic/)



Categoría
VIDEOENSAYO

Bajo en SJL

Este videoensayo trata de esbozar sobre la pregunta: ¿cómo construimos nuestras historias de vida a través de un colectivo de personas? En este caso, este colectivo son estudiantes de la PUCP que son de SJL. Particularmente, me centré en sus opiniones, juicios de valor e interpretaciones que sostienen sobre los espacios que formaron parte de sus historias de vida. Comencé por sus opiniones íntimas, pero a medida que avanzaban las entrevistas aprecié los puntos de encuentros entre sus ideas. Como antesala del videoensayo, sostengo que una opinión tan íntima sobre algún lugar, puede encontrar resonancia al ser compartida con el colectivo en el que estemos inmersos, incluso, sin saberlo.

Aleju



Encuentra el videoensayo **aquí**



Galería
PREMIACIÓN













